

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15.

NUM. 178.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

OCTUBRE, 1903

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

SE PONE A LA BIBLIOTECA DEL
REY DON MARCELO

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

A N A

(NOVELA)

—

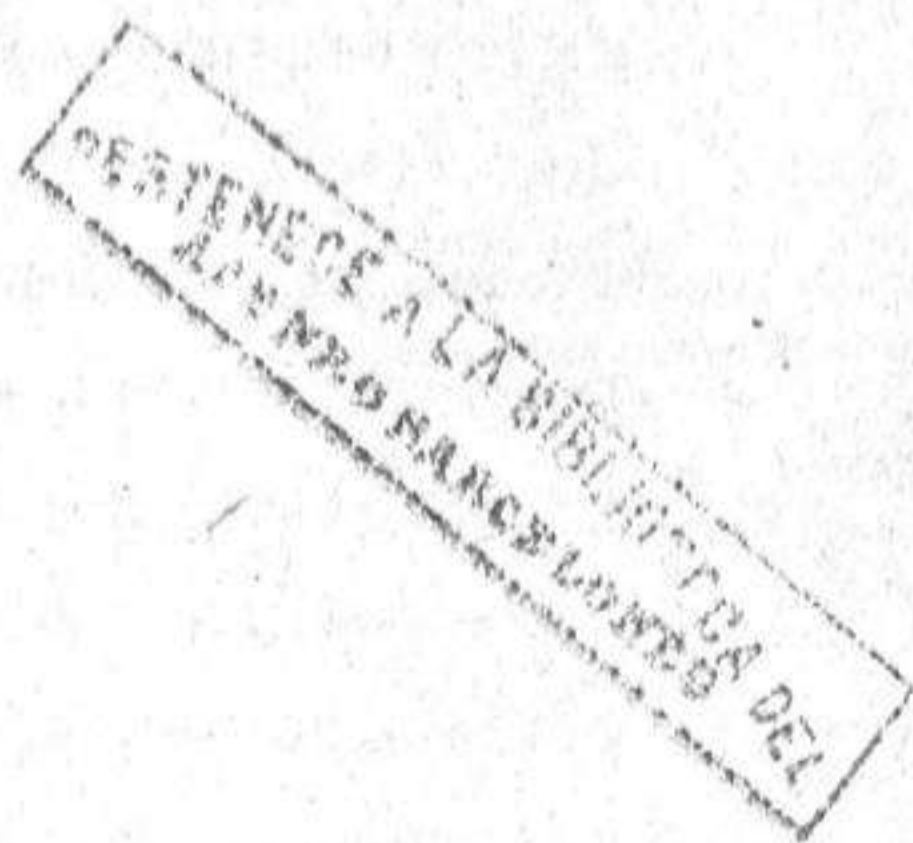
(CONTINUACIÓN)

VII

Después de semejantes emociones, puede imaginarse cómo pasé la noche. Mientras me desnudaba, me pregunté á mí mismo qué era ante todo lo que verdaderamente había ocurrido, y por qué había estado yo de tan mal humor todo el día. La respuesta era fácil: no había ocurrido nada; esto es, ni á Selim ni á Ana podía yo censurarles nada; no había sucedido nada que no pudiese ser explicado como cortesía amistosa, inocente, curiosidad y simpatía recíproca. Que Ana gustaba á Selim y éste á ella, nadie lo podía dudar. ¿Pero qué derecho tenía yo para encolerizarme y para turbar nuestra tranquila vida?

Ellos no tenían la culpa; yo era el que no tenía razón.

Este pensamiento, que debería haberme calmado, no lo hizo. Aunque me explicase claramente sus recíprocas relaciones; aunque me repitiera que no había ocurrido nada grave, y no pudiese desconocer que en aquel día les había ofendido á ambos sin razón, sentía algo amenazador, indeterminado, pero que no tomaba forma palpable, y que en manera alguna podía revestirlo con una censura justificada contra Ana y Selim; y precisamente por esto mi mal humor me hacía una impresión tanto más desagradable. Además de que me atormentaba la idea de que, aun cuando no tuviera ningún derecho á diri-



girles censuras, existían sin embargo suficientes motivos de inquietud.

Mi pensamiento se engolfaba en todas las observaciones posibles, en todas las posibles suposiciones y conjeturas.

En suma, me sentía tan fatigado y maltrecho como si hubiese realizado un largo viaje ó hubiera errado muchas horas por las tinieblas; y por añadidura, me atormentaba el pensamiento amargo, dolorosísimo, de que yo mismo, con mis corajinas, con mis celos, les arrojaba en brazos uno de otro: esto, no obstante mi falta de experiencia, lo comprendí desde luego: ¡semejantes cosas se dejan pronto adivinar! ¿Y ahora qué sucedería? Yo sabía que continuaría por ese camino aunque supiera que hacía mal, pero no para llegar adonde quería, sino adonde mis sentimientos y todas las otras circunstancias, en apariencia insignificantes, determinadas en el momento, me arrastraran; circunstancias que parecen insignificantes, pero que son de la mayor importancia, porque á menudo depende de ellas más adelante la felicidad ó la desgracia de toda la existencia.

Todos estos pensamientos me atormentaron durante largo rato, y hubieron de mantenerme despierto hasta una hora muy avanzada de la noche. Por fin caí en un sueño de plomo, letárgico, del que no me desperté hasta muy tarde.

A la mañana siguiente me percaté de que por dormir había perdido la hora del desayuno y también la ocasión de ver á Ana, la cual tenía lección hasta las dos con la francesa. En compensación, sin embargo, aquel sueño me había entonado y vigorizado de manera que ya no veía el mundo tan sombríamente como la noche anterior. Me propuse, pues, ser con Ana afable y bueno, y remediar mi torpeza del día antes; pero olvidaba que no solamente debía de haber desagradado á Ana con mis últimas palabras, sino que debía de haberla ofendido. Cuando ella entró en la sala con la señora de Ives, corrí á su encuentro; pero me detuve de pronto, como si me hubiesen echado por la cabeza un jarro de agua fría; hube de imponer

un «alto» á mi demasiado expansiva cordialidad, porque Ana medió, cortésmente, es verdad, los buenos días, pero de un modo tan desabrido, que se me quitaron repentinamente las ganas de entablar una conversación íntima con ella. Después se sentó al lado de la señora de Ives, y durante toda la comida no se ocupó para nada de mí, como si no existiese. Confieso que, en aquel momento, mi existencia me pareció absolutamente lamentable y vana, hasta el punto de no valer un céntimo ¿Pero qué debía hacer? El espíritu de contradicción me dominó y resolví pagar á Ana en la misma moneda; ¡extraña actitud para con una persona á la que se ama sobre todas las cosas!

Durante toda la comida no nos hablamos nunca directamente, sino siempre por mediación de una tercera persona.

Después me puse á pensar en cómo lo pasaríamos en Ustrya, adonde debíamos ir aquel mismo día. Me había propuesto dirigirla allí, en presencia de los extraños, una pregunta á la cual se hubiera visto obligada á contestar, y de este modo romper el hielo. Me prometía mucho de nuestra estancia en Ustrya.

Pero también Ana parecía haber pensado en esto, porque después de la comida, al traer una taza de café á mi padre, le besó la mano y dijo:

—Le pido permiso para no ir á Ustrya.

—¡Oh! ¡qué infamemente se porta la adorada Ana!—pensé.

Mi padre, que era un poco tardo de oído, no la entendió al pronto; besó en la frente á la muchacha, y preguntó:

—¿Qué quieres, querida mía?

—Tengo que rogarle una cosa.

—¿El qué?

—Que me permita quedarme en casa. No iría gustosa á Ustrya.

—¿Por qué no? ¿Te sientes mal?

Si hubiera dicho que se sentía mal, todo se hubiese perdido; tanto más, cuanto que mi padre estaba de buen humor. Pero Ana no solía mentir ni por necesidad; así, pues, respondió:

—No; estoy bien, pero no tengo deseos de ir.

—Siendo así, irás; tengo absoluta necesidad de que vayas. Ana se inclinó y no replicó una palabra. Momentos después me quedé solo con mi padre en la sala, y le pregunté por qué tenía empeño en que viniese con nosotros.

—Porque quiero—me respondió—que nuestros vecinos se acostumbren á considerar á Ana como á una persona de nuestra familia. ¿Comprendes?

¡Ya lo creo que había comprendido á mi buen padre! ¡Por aquella idea suya le hubiera dado mil besos!

A las cinco debíamos ponernos en camino. Para las señoras habían enganchado dos caballos al carruaje más ligero. Teníamos que recorrer milla y media para llegar á Ustrya, y con aquel tiempo magnífico constituía un agradabilísimo paseo. Ana se presentó vestida de negro, con un traje muy lindo, casi elegante, como deseaba mi padre. Ella, la reina de mi corazón, pasó á mi lado altanera y desdeñosa, sin dirigirme siquiera una mirada, aunque, para agradarla, me había yo puesto mis mejores prendas. Y verdaderamente Ana estaba contrariada, porque no solamente tenía intención de desagradarme al manifestar su intención de quedarse en casa, sino que tenía motivos para ello, como no tardé en conocer.

A las cinco en punto subieron las señoras al coche, y yo monté á caballo. Por el camino fui siempre al lado de Ana, y traté de atraerme su atención por varios medios. Solamente una vez, que se me encabritó el caballo, me miró de pies á cabeza. Hasta me parece que reprimió una ligera sonrisa, lo que me dió en seguida una nueva esperanza; pero inmediatamente se volvió hacia la francesa y comenzó con ella una conversación en la que me fue imposible tomar parte. Llegamos por fin á Ustrya, en donde encontramos á Selim. La señora no estaba en casa, y nos recibieron su marido y dos institutrices, una francesa y una alemana, y las dos hijas.

Lola, la hija mayor, tenía aproximadamente la edad de Ana: era una rubia graciosa, aunque algo fría; la menor era todavía una niña. Las señoras, después de los primeros salu-

dos, se fueron al jardín á coger flores, mientras el señor Ustrycki nos llevó á Selim y á mí á que viéramos sus nuevos fusiles y sus perros, que se había hecho traer de Breslavia para cazar jabalíes.

Ya he dicho que el señor Ustrycki era conocido en todo el país como un cazador apasionado, y además de esto era un hombre excelente, de buen corazón y tan bueno como rico. No tenía más que un defecto, pero tal, que me lo hacía enojoso: esto es, que siempre se estaba riendo; y por añadidura, en cuanto uno decía dos palabras, tenía el vicio de darse un golpecito en la panza, exclamando: «¡Buena broma! ¿Qué tal?»

A esto debía el apodo de «Buena broma» ó de «¿Qué tal?» con el que todos le designaban.

El «Buena broma» nos llevó, pues, á ver sus perros, sin pensar que nos hubiéramos quedado muchísimo más á gusto en el jardín con las señoras. Escuchamos, pues, un rato sus relaciones, hasta que, de repente, dije que tenía que dar un recado á la señora de Ives, y Selim añadió:

—Todo esto es muy bonito, señor; sus perros son magníficos, pero ¿qué le hemos de hacer si preferimos ir con las señoras?

El señor Ustrycki se dió el acostumbrado golpe en el vientre:

—¡Ah, buena broma! ¿Qué tal? Vayan, vayan; también voy yo.

Fuimos, pues, al jardín; pero pronto hube de comprender que había hecho mal: Ana, sin ocuparse de mí, comenzó á hablar exclusivamente con Selim, de suerte que no me quedó otra cosa sino dirigirme á Lola. No sé ni de qué hablamos, ni qué respondí á sus preguntas, pues no dejaba de observar á Selim y á Ana, para ver lo que decían. Selim no lo notó, pero sí Ana, la cual bajó la voz y comenzó á mirar á su compañero con cierta coquetería, que no pudo menos de halagar en alto grado á mi amigo.

Entonces, resueltamente, me dediqué de lleno á Lola, que

tenía por mí, me había olvidado de decirlo, una marcada preferencia, que no trataba de ocultar. Así, pues, mientras yo charlaba y reía y le hacía la corte, aunque me sintiese más cerca del llanto que de la risa, Lola me miraba radiante con sus bellos ojos azules. Pasó así una hora, hasta que estuvo dispuesta la merienda bajo un castaño cuyas ramas llegaban casi hasta el suelo y formaban sobre nuestras cabezas una especie de verde cúpula.

Entonces fue cuando hubé de comprender por qué Ana no había querido venir á Ustrya, no solamente por mí, sino por otros motivos más graves.

He aquí lo que pasaba: á la señora de Ives, que era oriunda de una antigua y noble familia, le parecía que era más que las institutrices francesa y alemana de Ustrya; y éstas, por su parte, se consideraban más elevadas que Ana, cuyo abuelo no había sido otra cosa que un criado. La señora de Ives, que había recibido una esmerada educación, no se daba por enterada; pero las otras dos lo demostraban abiertamente, mirando á Ana de alto á bajo. Aunque no se tratase más que de tonterías de mujeres, yo no podía consentir que Ana fuese víctima de ellas. Si hubiese estado en casa la señora, las cosas hubiesen sucedido de otro modo; pero las institutrices se aprovecharon de las circunstancias. En cuanto Selim se sentó al lado de Ana, aquellas dos comenzaron á murmurar entre sí y á hacer toda clase de alusiones. También tomó parte en ello Lola, que tenía envidia de Ana, á causa de su belleza. Yo respondía á todas las observaciones picantes de manera harto sarcástica, hasta que Selim, muy en contra de mi voluntad, asumió el papel de defensor. Agudo, ingenioso y batallador, como era, dirigió unas cuantas frases mortificantes á las institutrices, á las que yo hubiera pegado con gusto. Por fin, Lola, que no quería disgustarse conmigo, se mostró con Ana, aunque algo forzadamente, bastante amable. En una palabra, nuestra victoria fue completa; pero, con gran mortificación mía, tenía que confesar que también en aquella ocasión el mé-

rito principal era de Selim. Ana, que no obstante todo lo que se contenía pugnaba por no llorar, comenzó á considerar á Selim, emocionada y agradecida, como á su paladín.

Cuando nos levantamos de la mesa y volvimos á pasear por el jardín, oí que Ana, acercándose á Selim, le balbuceó con voz trémula:

—Señor Selim, cuanto le...

Y tuvo que interrumpirse, porque evidentemente temía estallar en llanto si continuaba hablando.

—No hablemos más de esto, señorita. No dé importancia á ciertas cosas... la ruego que no se aflija.

—No quería sino darle las gracias.

—Pero, ¿por qué, señorita, por qué? No puedo ver lágrimas en sus ojos, cuando gustosamente, por usted...

No pudo continuar, y se calló verdaderamente emocionado. Ana le miró con los ojos llenos de lágrimas, y esta vez no tuve necesidad de preguntarme lo que aquello significaba.

¡Lo sabía demasiado, ay de mí!

No, no necesitaba ya poner á contribución mis facultades de observación, y era inútil que me dejase mecer por vanas esperanzas y sutiles pensamientos. La realidad se imponía con toda la brutalidad de los hechos.

¿Qué podía yo hacer contra las leyes poderosas de la Naturaleza, contra aquella irresistible atracción que impulsaba á Ana y á Selim? El único pensamiento que se me presentaba claro era el de la muerte: solamente ésta podía librarme de la angustia que me dominaba, podía aportarme la tranquilidad y el reposo de la nada.

Me alejé. ¡Oh, cuánto sufría! Hasta mí llegaban alegres voces, gozosos acentos que se perdían bajo la inmensa y serena bóveda del cielo.

De repente me estremecí: se oyó á mi lado el roce de un vestido de mujer. Alcé los ojos y vi á Lola. Me miró llena de compasión... y tal vez en sus ojos se traslucía algo más que simple compasión. Estaba pálida.

En aquel momento me fue verdaderamente simpática.

—Es la única amiga—pensé—que se interesa por mí. Viene á consolarme.

—¿Sufre usted, acaso, Enrique?—me preguntó.—Tiene usted un aspecto tan triste...

—Sí—exclamé arrebatado por mi dolor.—Sí, ¡sufro mucho!

Y diciendo esto, la cogí una mano, la cubrí de besos y huí.

—¡Enrique!—gritó ella sorprendida.

En aquel momento aparecieron Selim y Ana. Habían visto mi apasionada acción, y sonrieron maliciosamente.

Llegó la hora del regreso. Lola, al despedirse de mí, me estrechó mucho la mano; pero yo no correspondí á su presión. Selim nos acompañó un poco de camino, y al dejarnos besó la mano de Ana; era la primera vez que se lo permitía.

La señora de Ives, mecida por el movimiento del coche, se quedó dormida. Miré á Ana: tenía los ojos abiertos y fijos, radiantes de felicidad.

Cuando estuvimos cerca de casa, me miró; y habiendo notado que estaba pensativo, me preguntó:

—¿En qué piensa? ¿Piensa en Lola?

No respondí una palabra; apreté los labios convulsivamente, y dije para mí:

—Destroza, si te place, mi pobre corazón; pero no lograrás arrancarme ni un suspiro ni un gemido.

Naturalmente, lo que menos pensaba Ana era en destrozar-me el corazón. Me hizo aquella pregunta porque tenía razón para hacérmela.

Extrañada por mi silencio, repitió la pregunta. De nuevo no respondí. Lo atribuyó al enfado de antes, y se calló ella también.

VIII

Algunos días después, los primeros rayos del sol me despertaron muy temprano. Poco rato después llamaron á la puerta de mi cuarto. Era el guardabosque.

—Los lobos están en el bosque de Posorowo. ¿Viene usted?—dijo.

—En seguida—respondí.

Me vestí, tomé el fusil y el cuchillo de monte, y salí. El guarda me esperaba con su escopeta de dos cañones, con la que nunca erraba un tiro. Teníamos preparado un cochecillo, en el que partimos. Cuando llegamos á la casita del guarda, nos apeamos y seguimos á pie el camino. Después de haber andado media hora, nos apostamos ocultos entre una masa de árboles. Estábamos en pleno bosque.

—Ahora, espalda contra espalda—dijo el guarda.

Nos colocamos así, y entonces añadió:

—¡Atención! Voy á empezar el reclamo.

Dicho esto, se metió dos dedos en la boca y lanzó un prolongado y particular aullido, que imitaba el de la loba cuando llama á los lobos.

—¡Atención!—Y aplicó el oído en el suelo húmedo.

Yo no sentí nada; pero el guarda se enderezó y me dijo:

—Responde, pero desde muy lejos: desde unas dos verstas (1).

El guarda esperó cerca de un cuarto de hora; después aulló de nuevo. Un sombrío y siniestro rumor llegó por el bosque hasta nosotros, y el eco lo propagó de pino en pino. El guarda volvió á aplicar el oído al suelo.

—¡Caramba! Todavía está á más de versta y media.

Entonces también yo oí un aullido lejano; tan lejano, que apenas podía ser oído; pero, de todos modos, no dejaba lugar á dudas.

—¿De qué parte viene?—le pregunté.

—De la suya.

El guarda lanzó el tercer aullido, y le fue contestado desde más cerca. Me apercibí á la espera, y ambos aguardábamos conteniendo hasta la respiración. En rededor nuestro rei-

(1) Una versta tiene 1.067 metros.

naba un profundo silencio, apenas interrumpido por el rumor de las hojas conmovidas por una ligera brisa. De repente, á unos trescientos pasos de nosotros, comenzaron á moverse unas matas, y por fin apareció una cabeza gris y triangular con las orejas enhiestas y los ojos lucientes. No podía disparar, porque todavía estaba demasiado lejos: esperé pacientemente, aunque palpitante el corazón, á que se acercase un poco más. Al poco rato salió completamente el lobo de entre las matas, y á saltos pequeños se acercó hacia el lugar en donde estábamos, olfateando en todas direcciones. A unos ciento cincuenta pasos de distancia se paró y aguzó las orejas, como si no todo le pareciese seguro. Sabiendo que ya no se acercaría más, apunté con cuidado y disparé. Al tiro respondió un doloroso aullido del animal. Entonces me lancé fuera, seguido por el guarda, pero el lobo había desaparecido. Examiné detenidamente el suelo y exclamé:

—¡Sangre!

En efecto: veíanse sobre la hierba algunas gotas de sangre.

—Está herido levemente, pero sangra; hay que perseguirle.

Comenzamos á buscar. Ibamos encontrando señales de hierba aplastada y manchas de sangre más extensas: era de creer que el lobo, herido, se parase de cuando en cuando para descansar. Durante dos horas enteras continuamos viendo manchas de sangre; mientras tanto, el sol estaba alto. Habíamos andado un buen rato sin poder descubrir nada más que huellas, y aun éstas, á veces, desaparecían por completo. Por último: la pista nos condujo á algunas verstas más allá, y después fué á perderse en las lagunas cubiertas de juncos y de hierbas. Sin perros no podíamos continuar nuestras pesquisas.

—Por ahora lo dejaremos, y mañana lo encontraremos— dijo el guarda.

Así, pues, nos pusimos en camino para regresar á casa. Poco después dejé de pensar en el lobo, en el guarda, en aquella cacería tan poco afortunada, para absorberme de

nuevo en mis atormentadores pensamientos. Mientras nos encaminábamos á la selva, saltó casi debajo de mis pies una liebre. Sacado así bruscamente de mis meditaciones, me estremecí, pero no tiré.

—Señor—exclamó asombrado el guarda,—¿en qué está usted pensando para haberla dejado escapar?

Sonreí, pero seguí callando; entramos por la senda llamada de las «Tías», que desembocaba en el camino principal de Corzelli; aquí observé las recientes huellas de los cascos de un caballo.

—¿De quién pueden ser estas huellas?—pregunté al guarda.

—Me parece que el señorito de Corzelli ha pasado en coche hacia la casa del amo—respondió el guarda.

—Entonces me voy yo á casa también. Adiós, guarda.

El guarda me rogó respetuosamente que entrase en su vivienda para refrescar. Aunque sabía que le ocasionaba un sentimiento con mi negativa, no quise entrar y le prometí hacerle una visita al día siguiente. Lo que pasaba era que yo no quería que Ana y Selim permaneciesen mucho tiempo juntos á solas. De los cinco días siguientes á nuestra excursión á Ustrya, no había pasado uno sin que Selim hubiera dejado de venir á nuestra casa. ¡Si ahora se llegase á formular entre ellos una declaración! Me estremecía solamente al pensarlo, como aquel á quien se le quita el último rayo de esperanza.

Yo consideraba tal desgracia como una irrevocable sentencia de muerte, cuya ejecución era segura, pero que el desgraciado trata de retrasarla á cualquier precio. Al llegar á casa, encontré al padre Luis en el patio.

—¿Está Selim?—le pregunté.

—Sí; ha llegado hace una media hora.

El corazón me latía con fuerza.

—¿En dónde está?

—Ha ido al jardín con Ana y Elvira—era una de mis hermanitas,—al estanque.

Corrí al jardín, y me dirigí al estanque, á la orilla en que

solían estar amarradas las barcas. Una de las mayores faltaba, en efecto; pero mis miradas se extendieron en vano por el lago: no se veía nada. Sospeché entonces que Selim habría remado á la derecha, hacia un lugar en que los altos juncos de las márgenes ocultaban á las embarcaciones. Salté á un esquife y me puse á remar. No tardé en verles.

La barca estaba inmóvil; los remos colgaban de los estribos. En un extremo estaba Elvira, de espaldas á Selim y Ana, que se encontraban sentados en el extremo opuesto. Elvira se inclinaba hacia el agua y jugaba sumergiendo sus manecitas; Selim y Ana estaban muy cerca uno de otro y parecían enteramente absortos en su coloquio.

Lo comprendía todo. Habían llevado á Elvira para salvar las apariencias y porque la niña no podía perturbarles ni comprender sus expresiones de amor.

—¡Todo ha concluído!—pensé.

Ha concluído, susurraban los juncos; ha concluído, murmuraba el agua en torno de mi barca. Se me nublaron los ojos, y fui presa al mismo tiempo de estremecimientos de frío y de sofocaciones; comprendía que debía estar pálido como un cadáver.

—¡La has perdido!—gritaban mil voces en torno mío, y me parecía que aquellas voces gritaban al cielo.

Después me pareció que esas mismas voces decían:

—¡Acércate! ¡Escóndete entre los juncos, y sabrás más!

Obedecí á las voces, y me acerqué remando despacio y sin hacer ruido. La distancia continuaba siendo demasiado grande para que hubiera podido oír su coloquio, pero les veía mejor.

Selim miraba á Ana en actitud suplicante, pero ella parecía inquieta. Veía que estaba confusa, veía que él la rogaba algo, y parecía rogarla de tal manera, que al fin ella volvió la cabeza. Entonces sus miradas se encontraron; Ana se inclinó hacia él, pero de pronto se lanzó al lado opuesto de la barca, como presa de repulsivo temor, y él, por miedo de que se pudiese caer al agua, la cogió una mano.

Observé que ya no la soltó; después no vi más: se me puso un velo delante de los ojos; el remo se me deslizó de la mano, y caí en el fondo del esquife.

—¡Dios tenga misericordia! ¡Están matando un alma humana!

Esto quería decir el gemido de mi corazón. Respiraba anhelosamente. ¡Ah! ¡Qué inmensamente la había amado y qué inmensamente desgraciado era!

Yacía en el fondo de mi barquilla, y sentía tan bien y tan amargamente mi desvanecimiento, que me parecía ser semejante á un atleta encadenado y reducido á la impotencia. Por lo demás, ¿qué es lo que hubiera podido hacer? Hubiera podido matarme ó matar á Selim; hubiera podido lanzarme sobre ellos y arrojarles al agua; pero ni podía arrancarla del corazón el amor hacia Selim, ni podía poseerla de esa manera.

¡Ah! Ese sentimiento de rabia impotente, esa certidumbre de que ya no era posible ninguna salvación, en aquel momento me era más difícil de soportar que todo lo demás. Hubo un tiempo en que me avergonzaba de llorar, y hasta cuando el dolor llenaba mis ojos de lágrimas procuraba á la fuerza contenerlas. Pero ahora, allí, en presencia de aquellos dos amantes, cuyas figuras se retrataban en el agua tranquila, bajo el cielo azul que se extendía sobre mí, ante los juncos susurran-tes que me rodeaban, solo y abandonado á mi dolor y á mi destino, rompí en sollozos. Yacía boca arriba, con las manos entrelazadas bajo la nuca, y lloraba fuerte, con inaudita angustia. Después quedé medio desvanecido, y se apoderó de mí como una rigidez de toda mi persona: los miembros me rehusaban sus servicios; sentí que se me empezaban á helar los pies y las manos, y que cada vez me ponía más débil. Con el último resto de conocimiento que tenía todavía, creí que se aproximaba la muerte para llevarme al eterno reposo.

—Esto es el fin—pensé.

Pero no era el fin. No puedo calcular el tiempo que permanecí de aquella manera. Me desperté como de un profundo

sueño, y miré en derredor. La barca con Ana y Selim había desaparecido. La voluptuosa calma y la absoluta paz en que reposaba la Naturaleza formaban singular contraste con el aturdimiento de que había salido. Poco á poco me fueron volviendo las fuerzas, hasta que estuve en disposición de empuñar los remos; era tarde, y en casa me debían estar esperando.

Mientras remaba traté de calmarme. Cuando llegué á casa estaban ya comiendo. Saludé fríamente á Selim, y me senté á la mesa sin decir palabra.

Mi padre me miró y me preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

—No, me encuentro muy bien; estoy un poco cansado solamente. Me he levantado á las tres.

—¿Para qué?

—He ido con el guarda á ver si cazábamos algún lobo. Me duele un poco la cabeza, probablemente porque también ayer me acosté tarde.

—Mírate al espejo. Estás pálido.

Ana dejó de comer y me miró con mayor atención.

—Tal vez la reciente visita á Ustrya le ha producido ese efecto—dijo ella.

La miré cara á cara y le pregunté casi imperiosamente:

—¿Qué quieres decir con eso?

Ana se quedó confusa y balbuceó algunas palabras ininteligibles; Selim acudió en su ayuda.

—Ciertamente, me parece muy natural: un enamorado se desmejora siempre.

Yo miré primero á Ana, después á Selim, y repliqué lentamente, recalcando las palabras:

—Pues ni tú ni Ana estáis desmejorados.

Se ruborizaron ambos, y siguió un momento de silencio embarazoso. Yo mismo creí haber llevado la cosa demasiado lejos. Afortunadamente, mi padre no había oído lo que yo dije, y el padre Luis tomó mis palabras como una de las bromas acostumbradas.

—¡No ha sido mala!—exclamó riendo y tomando un polvo de rapé.—Os ha reducido al silencio.

¡Ah! ¡qué poca alegría me proporcionó mi triunfo, y con cuánto gusto la hubiera cambiado por la confusión de Selim!

Cuando después de comer atravesé la habitación, dirigí una mirada al espejo. Tenía, en efecto, el aspecto de uno que ha oído leer la sentencia de muerte.

Busqué á Elvira, que con las otras hermanitas comía siempre un poco antes, y estaba en el jardín jugando. La niña, en cuanto me vió, vino hacia mí corriendo. La cogí en brazos y me la llevé á otra parte, porque me había propuesto interrogarla.

—¿Qué has hecho hoy, Elvira?

—He estado de paseo por el agua con Ana y con Selim.

—¿Has sido buena?

—Sí.

—Las niñas buenas están siempre atentas cuando las personas mayores hablan, para poder aprender algo. ¿Qué se decían Selim y Ana?

—No me acuerdo.

—Si lo piensas bien, podrás acordarte de algo.

—No me acuerdo.

—Eres fea. Acuérdate pronto; si no, no te quiero más.

La niña comenzó á hacer pucheros y volvió á contestar:

—No me acuerdo.

¿Y qué es lo que podía decirme la pobre chiquita? Me reconocí como bastante tonto, y se me quitaron las ganas de seguir atormentándola. La besé cariñosamente y la solté.

Por la noche me dijo Selim:

—No nos veremos durante una semana, porque me marchó.

—¿Adónde?—pregunté con indiferencia.

—Mi padre quiere que vaya á hacer una visita á mi tío en Schumwa, y me detendré por lo menos una semana.

Al oír esta noticia miré á Ana, pero su rostro no manifestó ninguna sorpresa: Selim debía ya haberla hablado del asunto.

Alzó la cabeza sonriendo, dirigió á Selim una mirada maliciosa, y le preguntó:

—¿Y va usted contento?

—Tan contento como un perro cuando van á ponerle la cadena—respondió rápidamente; pero se detuvo de repente, cuando vió que la señora de Ives, á la que no agradaban semejantes frases, había fruncido el ceño, y con más calma añadió:

—Perdone que me haya expresado así. Le quiero mucho á mi tío... pero aquí estoy más cerca de usted, señora, y me encuentro mucho más á gusto.

Y diciendo esto, la miró con ojos tan enamorados, que todos echaron á reír; la señora de Ives, que solía ofenderse fácilmente, pero que tenía debilidad por Selim, le cogió por una oreja y le dijo cariñosamente:

—Podría ser tu madre, niño.

Selim la besó la mano, y quedaron hechas las paces. Mientras tanto, yo pensaba en la diferencia que había entre Selim y yo. ¡Ah! Si mi amor por Ana hubiese sido correspondido, yo no habría podido hacer más que mirar al cielo; seguramente que no hubiera podido bromear. Él, al contrario, reía y bromeaba como si tal cosa: irradiaba felicidad y estaba alegre. Cuando partió me dijo:

—Verdaderamente, podrías venir en el coche conmigo.

—¡Ni pensarlo siquiera!

Selim comprendió harto bien la frialdad del tono de mi respuesta.

—¡Qué extraño estás!—me dijo.—No te conozco de algún tiempo á esta parte... ¡Habla de una vez! A los enamorados se les perdona todo.

—Excepto cuando se nos interponen en el camino—repliqué con voz sombría.

Selim me miró fijamente; su mirada parecía querer penetrar hasta el fondo de mi corazón.

—¿Qué has dicho?

—He dicho solamente que no quiero ir en coche contigo, y que no se puede perdonar todo.

Si á este cambio de palabras no hubiera estado presente tanta gente, Selim hubiera querido, seguramente, poner en claro aquello; yo, por mi parte, quería impedir toda ulterior explicación hasta no tener en mi poder pruebas irrecusables. Pero bien vi que mis últimas palabras habían inquietado á Selim y Ana. Él retrasó un poco más el salir, con un pretexto cualquiera; y cuando vió que no era observado, me murmuró al oído:

—Monta á caballo y acompáñame: necesito hablarte.

—Otra vez; hoy no me siento bien—le respondí en alta voz.

IX

Selim fué á casa de su tío y estuvo allí diez días. Este tiempo pasó muy triste para nosotros en Litwinow. Ana parecía como si me huyera y me observase con secreta aprensión. Yo no tenía en modo alguno la intención de hablar abiertamente con ella, porque mi orgullo me lo impedía; ella, por su parte, sabía combinar perfectamente las cosas para no encontrarse á solas conmigo. Además, parecía languidecer con la ausencia de Selim: se desmejoraba y tenía un color malo, cosas por las que yo, que le observaba todo, debía confesarme que el suyo no era un capricho pasajero, sino, por desgracia mía, una sincera y profunda pasión.

Mi padre, el padre Luis y la señora de Ives me preguntaban en vano qué es lo que yo tenía y si estaba enfermo; respondía que no, y sus solicitudes no hacían sino irritarme más. Pasaba días enteros á caballo en los bosques ó en barca por el lago. Una vez pasé toda la noche en el bosque con mi perro y mi fusil, junto á una hoguera que encendí yo mismo. A veces pasaba horas y horas en compañía de un pastor, que era un médico empírico medio salvaje en su soledad. Recogía toda

clase de hierbas, experimentaba sus virtudes curativas y me iniciaba en los milagros de sus experimentos. No se querrá creer, pero sin embargo es así: hubo momentos en que eché de menos á Selim y á los martirios de mi alma.

Un día me decidí á ir á hacer una visita al viejo Mirsa, en Corzelli. Fuí, y él me recibió con los brazos abiertos, sintiéndose halagado de que en ausencia de Selim hubiese ido á verle; pero yo, en verdad, había ido á otra cosa. Había experimentado el deseo de volver á ver el retrato de aquel viejo Mirsa de aspecto terrible, de aquel coronel de la guardia de tiempos de Sobieski. Al mirarlo ahora, lo comparaba con los retratos de mis antepasados, colgados en nuestra casa en la sala de recibir, cuyos rostros eran también severos y denotaban igual fuerza de voluntad. Bajo la influencia de estas y semejantes impresiones, caía en unas fantasías especialísimas.

La soledad, el silencio de la Naturaleza que me rodeaba, hubieran debido contribuir verdaderamente á tranquilizarme; pero era como si me hubiese lanzado en medio de ella, llevando en el corazón la flecha envenenada. Ciertos momentos me abandonaba por entero á mis sueños, cosa que no hacía más que empeorar mi estado. Tumbado en algún rincón solitario sobre el musgo de la floresta ó en la barca entre juncos, me imaginaba estar en el cuarto de Ana, á sus pies; que le besaba las manos y el vestido, y que ella me llamaba con los nombres más tiernos, me ponía las adoradas manos en la frente y me decía: «Has sufrido bastante. Olvidemos lo pasado. No ha sido más que un mal sueño. Enrique, te amo». Pero después volvía en mí, y no veía sino la realidad, más triste que nunca. ¡Ah! La idea de que había de vivir sin ella hasta el fin de mis días, me parecía una cosa horrible é insoportable. Cada vez estaba más sombrío: evitaba la compañía de mi padre, del padre Luis y de la señora de Ives. Mi hermano Casimiro, con la locuacidad propia de los muchachos, con su curiosidad, con sus carcajadas y con sus travesuras diarias, me era ahora insufrible. Sin embargo, todos trataban de consolarme y sufrían en secre-

to con mi estado, que no sabían explicarse. Ana, que estaba muy lejos de adivinar la verdadera razón de mi cambio de actitud, y que tenía plausibles motivos para creer que yo amaba á Lola Ustrycka, hacía lo posible por consolarme. Sin embargo, mostrábame yo siempre tan áspero con ella, que no podía evitar cierto temor cuando me hablaba. Mi padre, que era de ordinario tan rígido y poco sentimental, procuraba distraerme, atraer mi atención con algo, y al mismo tiempo descubrir la razón de mi malestar.

Él, á veces, contaba cosas que, en su opinión, hubieran debido interesarme.

Un día, después de comer, bajó conmigo al patio, y mirándome fijamente me dijo:

—¿No has sospechado nunca que Selim se ocupa de Ana más de lo necesario? Quería preguntártelo antes de...

Considerando nuestras relaciones, debía suponer que yo me hubiese turbado al decirme aquello así de repente; pero no dejé escapar el menor movimiento que acusara la impresión que sus palabras me habían causado, y respondí tranquilo:

—¡Ah! No, no creo...

Me desagradó que mi padre se mezclase en aquel asunto, en el cual, según mi modo de pensar, yo solo debía decidir y ocuparme, puesto que se trataba exclusivamente de mí.

—¿No es cierto?—me preguntó.

—Te aseguro que el objeto del amor de Selim está en Varsovia; es una colegiala.

—Como eres realmente el tutor de Ana, debías vigilarla un poco.

Me percaté fácilmente de que mi padre hablaba así para provocar mi amor propio, para despertar en mí un interés cualquiera que me sustrajese á los pensamientos que me oprimían, y contesté serio é indiferente:

—¿Cómo podría ser yo su tutor? Como tú no estabas, el viejo Mikolai me la recomendó; pero realmente su tutor efectivo no soy yo.

Mi padre frunció el ceño, y viendo que por aquel camino no sacaba nada, probó por otro.

Sonrió, me cogió por una oreja y me preguntó, medio en serio, medio en broma:

—Dime: ¿te habrá, acaso, Ana trastornado un poco la cabeza? Habla, di, ¿es esto?

—¿Ana... á mí? ¡Oh! Ni por sueño. Sería demasiado cómica la cosa.

Mentía descaradamente; pero me resultó mejor de lo que me hubiera imaginado.

—Entonces será Lola Ustrycka, ¿no?

—Lola Ustrycka es una coqueta.

Mi padre comenzó á perder la paciencia.

—En suma, ¿qué tienes? ¿Qué es lo que te pasa si no estás enamorado?

—No lo sé; no tengo nada.

Estos interrogatorios, que no cesaban de dirigirme ni mi padre, ni la señora de Ives, ni el padre Luis, me atormentaban y me hacían más intratable que nunca.

Mis relaciones con todos los de casa se habían hecho extremadamente desagradables: me había hecho irascible, impetuoso, y me ponía como una furia por nada. El sacerdote, que creía haber descubierto en esto los rasgos de un carácter despótico, que iba madurando con los años, miraba sonriendo á mi padre y decía: «¡Enfermedad de familia!» Sin embargo, también él perdía á veces la paciencia.

Entre mi padre y yo ocurrían á veces escenas desagradables. Una vez, en la mesa, habiéndose llegado á hablar de aristocracia y democracia, y habiendo yo llevado mi franqueza hasta declarar que hubiese preferido mil veces no pertenecer á la nobleza, mi padre me mandó que saliera de la habitación. Las mujeres lloraron, y por dos días todos estuvimos de pésimo humor. A decir verdad, en aquel tiempo yo no era ni aristócrata ni demócrata, sino sencillamente un enamorado infeliz. Principios, teorías, ideas sociales, no hacían mella en mí;

y cuando impugnaba una cosa ó defendía otra, no lo hacía más que por irascibilidad y despecho, que ni yo mismo sabía explicarme. Y mientras tanto, la tomaba también con el sacerdote, entablado discusiones sobre religión, las cuales terminaban, por lo general, con volvernos de espalda, dar un portazo y marcharnos enfurruñados.

En una palabra: no sólo me atormentaba á mí mismo, sino que amargaba la vida á cuantos estaban á mi lado; y apenas volvió Selim, fue como si cada uno de nosotros se hubiera quitado un peso de encima. Cuando llegó á nuestra casa no estaba yo; volví tarde de un largo paseo á caballo que había dado sin ningún objeto. Atravesé á caballo el patio, donde el mozo de cuadra, al recoger el caballo, me dijo que había llegado el señorito de Corzelli. En aquel momento mismo corrió Casimiro á darme la misma noticia.

—Lo sé—respondí;—¿dónde está Selim?

—Creo que está en el jardín, con Ana.

—Iré á buscarle.

Fuimos juntos al jardín. Casimiro corrió delante; yo le seguí despacio: de propósito no quería apresurarme á ir á saludar á Selim.

No había aún dado cincuenta pasos, cuando al tomar el recodo de un camino vi que mi hermano volvía hacia mí.

Casimiro, que era un burlón de primera, comenzó de lejos á hacer gestos y muecas como una mona; además, se tapaba la boca para contener la risa. Cuando estuvo á mi lado me dijo en voz baja:

—Enrique, Enrique, ¡pst, pst!

—¿Qué hay?—le pregunté.

—Ven á ver á Selim bajo el parral de los lúpulos, de rodillas á los pies de Ana.

Le agarré con ambas manos por los hombros con tal fuerza, que le incrusté los dedos.

—¡Silencio! ¡Quieto aquí! ¡No te menees! ¡Voy yo, pero calla! ¡No lo digas á nadie si quieres á la vida!

Casimiro, que de ordinario tomaba todo á broma, se espantó al ver la palidez de mi rostro, y se quedó allí sin saber lo que le pasaba, mientras me precipitaba yo en dirección del sitio indicado.

Me arrastré como una serpiente, ocultándome entre las matas cuando estuve cerca, y me coloqué en un sitio desde el que podía ver y oír. El papel de espía en aquel momento no me pareció nada indigno. Separé unas hojas con mucho cuidado y me puse á espiar.

—Viene alguien—murmuró Ana.

—No; son las hojas movidas por el viento—respondió él.

Selim no estaba ya de rodillas á los pies de Ana, sino sentado en un banco junto á ella. Ella estaba pálida y tenía los ojos cerrados. Él la tenía abrazada, y, lleno de amor y de voluptuosidad, la estrechaba contra sí.

—¡Te amo, Ana, te amo!—repetía con pasión, mientras sus labios buscaban los de ella.

Ella resistió algo, como si quisiera defenderse del beso; pero al fin los labios de ambos se encontraron y permanecieron unidos largo tiempo... ¡oh, me pareció una eternidad!...

Parecía que todo lo que tenían que decirse se lo comunicaban con besos porque un instinto de pudor les cerraba la boca. Tenían bastante valor para besarse, mas no para hablar.

En el silencio que reinaba en torno yo sentía la anhelosa respiración de ambos. Yo me sentía desvanecer, pero el deseo de no perder nada de la escena daba alientos á mi fuerza de voluntad. Hubo un silencio; después murmuró Ana:

—¡Basta, basta! No puedo ya mirarle á la cara; vaya, váyase pronto de aquí.

Volvió la cabeza hacia otro lado, y trató de desprenderse de los brazos que la sujetaban.

—¡Ana, qué feliz soy!—exclamó Selim.

—Váyase pronto... podrían sorprendernos.

Con los ojos brillantes, con las narices dilatadas, Selim se puso en pie.

—Que venga el mundo entero—replicó; —te amo, y lo diré á la faz de todos... Ni siquiera sé yo lo que ha pasado; he luchado mucho tiempo conmigo mismo, porque creía que Enrique te amaba y que tú le correspondías. Ahora ya no tengo ningún impedimento... Tú me quieres... luego se trata de tu felicidad... ¡Oh, Ana, Ana mía!

Oí otro beso, y después Ana dijo con voz tierna, casi desfalleciente:

—Lo creo, lo creo, Selim. Pero oiga, tengo que decirle algo. Me quieren enviar con la señora al extranjero. Ayer la señora de Ives habló de esto con el señor. La señora de Ives cree que yo soy la causa del lamentable estado del señorito Enrique. Creen que me quiere. Yo no sé verdaderamente si es así, pero á veces también á mí me lo parece. Tengo miedo de él; siento que él se interpondrá entre nosotros, que nos separará...—y concluyó la frase con un murmullo apenas perceptible;—y sin embargo, te quiero yo también tanto, ¡tanto!...

—Oye, Ana—replicó él:—no hay fuerza humana que pueda separarnos. Si Enrique me prohíbe el venir aquí, te escribiré: encontraré alguien que te entregue mis cartas. Además de esto, yo mismo puedo venir en coche á la otra parte del lago, y pasar de noche al jardín... ¡Pero tú no marcharás! Si quisieran mandarte fuera, tan cierto como hay un Dios en el cielo, no lo permitiré. No hay que hablar de esto, Ana: me pongo furioso. ¡Ah, querida mía, querida mía!

La cogió las manos y se las llevó apasionadamente á los labios. De repente, se puso en pie y exclamó:

—Oigo voces: alguien viene.

Salieron del emparrado, aunque no se oyese nada. Los rayos del sol poniente proyectaron sobre ellos su esplendor de oro, pero á mí aquella luz me pareció de color de sangre.

Lentamente me encaminé hacia la casa. En un recodo encontré á Casimiro, que me había esperado.

—Han salido. Los he visto—me murmuró.—Ahora dime qué es lo que yo debo hacer.

—¡Dispárale un tiro y mátales!—respondí ferozmente.

Casimiro se puso rojo como la grana, y sus ojos relampaguearon intensamente.

—¡Está bien!—respondió él.

—Estáte quieto, no hagas locuras. No hay que decir nada. No te mezcles en la cosa, y júrame por tu honor que callarás. Déjame hacer á mí. Si tengo necesidad de ti, te lo diré. Pero no digas una palabra á nadie, ¿eh?

—No hablaré, te lo juro, aunque me mataran.

Proseguimos el camino juntos y en silencio. Casimiro estaba profundamente imbuído de la gravedad del hecho, y le pareció terrible; su corazón, ávido de aventuras, saltaba de alegría; sus ojos despedían relámpagos.

—Enrique...—me dijo; hablábamos ambos en voz baja, aun cuando no hubiese nadie que pudiera oírnos.—¿Te batirás con Selim?

—Todavía no lo sé. Tal vez.

De repente, Casimiro se paró y me echó los brazos al cuello.

—Enrique, mi querido Enrique, mi queridísimo hermano: si quieres batirte con él, cédeme el puesto. Me despacharé bien pronto. ¡Permítemelo!

Soñaba tal vez, como suelen hacerlo los muchachos, con heroicidades y promesas; pero yo sentía que era un hermano digno de mí, y le estreché, como no lo había hecho nunca, contra mi corazón, diciendo:

—No sé todavía lo que pasará, querido Casimiro; pero en ningún caso podría acceder nunca á tu proposición. Repito que todavía no sé lo que sucederá. De todos modos, haz que me ensillen en seguida un caballo. Le alcanzaré, le detendré y le pediré una explicación. Mientras tanto tú vigílale, pero haz de manera que no vaya á comprender que tú sabes algo. Ahora, vete; haz que me ensillen un caballo... anda.

—¿Llevarás armas?

—No, Casimiro, él no las lleva: quiero solamente tener

una explicación con él. Estáte tranquilo, vé á hacer que me ensillen un caballo.

Corrió á cumplir mi orden, y yo volví lentamente á casa. Me sentía como si alguien me hubiera dado un golpe en la cabeza. En verdad podía decir que no sabía lo que me hacía ni lo que quería hacer. Lo que con más gusto que nada hubiera hecho era gritar.

La fatalidad había querido que yo apurase el cáliz del dolor hasta la última gota. Mi corazón estaba lleno de cólera y de amargura.

Habíase callado en mí la voz que me había exhortado un día á la abnegación, que me había dicho: «Renuncia á Ana por amor de su felicidad. ¡Sacrifícate!» Ahora esa voz callaba por completo. El ángel de la secreta tristeza, el ángel de la resignación, de la compasión, me había abandonado, se había ido lejos, muy lejos. Habían desaparecido de mí, en aquel instante, todos los sentimientos de benevolencia, de generosidad, de grandeza de ánimo, para no quedar más que el odio, la ira, el deseo de venganza. Esta nueva fuerza, la de la venganza, se había despertado en mi corazón, y con ella el naciente odio contra Selim y Ana. «Si yo pierdo la vida—pensaba,—pierdo con ella la última cosa que me queda por perder, pero sabré impedir la felicidad de ellos.» Me agarraba á este pensamiento como el que, estando próximo á la muerte, se atiene á un resto de esperanza.

Mis pensamientos, dispersos en todas direcciones, volvían poco á poco á su primitivo cauce, y se compendaban en un solo pensamiento, en un solo sentimiento, con toda la plenitud de su fuerza: en el odio contra Selim y Ana. Al llegar á casa había recobrado mi sangre fría, y estaba casi tranquilo. En la sala encontré sentados á la señora de Ives, al padre Luis, á Ana, á Selim y á Casimiro, que se había puesto al lado de los dos amantes.

—¿Está preparado el caballo para mí?—pregunté á Casimiro.

—Sí, ya tienes uno.

—¿Me acompañas?—preguntó Selim.

—¿Por qué no? Llegaré á dar un vistazo á Otogowo, para ver cómo va aquello... Casimiro, cédeme tu sitio.

Y me senté al lado de Selim y de Ana en un sofá que estaba cerca de la ventana.

Me acordé, sin querer, cómo no hacía mucho tiempo, á raíz de la muerte del viejo Mikolai, nos encontrábamos sentados en el mismo sitio, y que Selim nos había referido el cuento del sultán y de la hada Lala. Entonces la pequeña Ana, Anita, después de haber llorado tanto, había puesto su rubia cabeza en mi pecho y se había dormido. Ahora aquella misma Ana se aprovechaba de las sombras de la tarde, que reinaban en la sala, para estrechar furtivamente la mano de Selim. Entonces estábamos los tres unidos por el dulce vínculo de la amistad; hoy y mañana el amor y el odio debían luchar fieramente una contra otro. En la apariencia todo estaba tranquilo y en paz: los amantes se sonreían al mirarme; yo estaba más sereno que de ordinario, y ninguno presentía de qué clase era mi serenidad.

Poco después la señora de Ives rogó á Selim que tocara algo; él se levantó, se sentó al piano y comenzó una sonata de Chopín; Ana y yo nos habíamos quedado en el sofá. Vi que ella no apartaba los ojos de Selim, y que sobre las alas de la música se había dejado llevar al mundo de los sueños; y resolví despertarla á la tierra.

—¿No es verdad, Ana—dije,—que es casi increíble que Selim tenga tanto talento? Toca y canta igualmente bien. ¡Y qué arrogante es!... Mira qué hermoso está en este momento.

Ana siguió la dirección de mi mirada, y sus ojos revelaron su entusiasmo.

—¡Qué guapo es! ¿No es verdad, Ana?—repetí.

—¿Le quiere usted mucho?

—Eso á él le tendrá con poco cuidado; pero las mujeres, las mujeres le quieren. ¡Ah, cuánto le ha amado la pobre Josefina!

En la frente de Ana se acentuó un poco de inquietud.

—¿Y él?—preguntó ella tímidamente.

—¿Él? ¡Bah! Hoy ama á ésta, mañana á la otra. A una sola no puede quererla mucho tiempo... no está en su naturaleza. Si te dice un día que te ama, no se lo creas —y recalqué las palabras;—para él se trata de tus besos, no de tu corazón.

—¡Señor Enrique!

—Es lo cierto. ¿Pero qué estoy diciendo? Ya... á ti poco te importa. Eres tan tímida, que jamás besarías á un hombre, á un extraño. Perdóname, Ana: hasta la simple suposición debe ofenderte. Tú no te permitirías nunca una cosa semejante, ¿no es verdad, Ana? ¡Jamás!

Ana se puso en pie y fué á echar á andar; yo la cogí por una mano y la detuve con fuerza. Procuré conservar mi aparente calma, pero la ira me ahogaba en la garganta. Sentí que ya no era dueño de mí mismo.

—Responde—la dije con mal reprimida rabia,—¡responde! Si no, no te suelto.

—¿Qué quiere usted? ¿Qué dice?

—Digo solamente... te digo...—murmuré rechinando los dientes,—te digo que eres una muchacha sin pudor.

Ana, pálida y sin fuerzas, se dejó caer en el sofá. Pero la compasión hacia la mísera me había abandonado: la apreté la mano, estrujándola los dedos, y continué:

—Oye: yo me puse á tus pies, yo te he amado más que á nada en el mundo...

—Déjeme...

—¡Calla! ¡Lo he visto y oído todo! Eres una muchacha sin pudor; no lo tienes, como tampoco él.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!

—Sí, no tienes pudor. Yo no me he atrevido á tocarte la punta del vestido, y él ha besado tus labios, y tú misma se los has ofrecido. ¡Ana, te desprecio y te odio!

Yo estaba anhelante, me faltaba la respiración; estuve un momento sin poder hablar.

—¡Pero os separaré!...—continué después de una pausa.— Os separaré, aunque debiera perder la vida, aunque tuviese que matarte á ti, y matarle á él, y matarme á mí mismo. Él te ama y tal vez no te abandonará, pero ¡os separaré yo!

—¿De qué habláis tan vivamente?—preguntó de pronto la señora de Ives, que estaba sentada en el otro extremo de la habitación.

Al pronto experimenté un gran deseo de referirlo todo; pero me dominé á tiempo y me esforcé por responder con voz tranquila, si bien un poco sofocada:

—Disputábamos entre nosotros sobre cuál de los dos cenadores que hay en el jardín es más bonito, si el de las rosas ó el de los lúpulos.

Selim dejó en el acto de tocar, nos miró, y después, con la misma calma, dijo:

—A mí me gusta más el de los lúpulos.

—No tienes mal gusto—respondí;—pero Ana es de opinión contraria.

—¿Es cierto eso, señorita Ana?—preguntó él.

—Sí—murmuró con apagada voz la joven.

Comprendí que no podía prolongar por más tiempo semejante conversación. Veía anillos rojos que bailaban ante mis ojos; me puse en pie, y atravesando diversas habitaciones me dirigí al comedor; cogí una botella de agua que estaba sobre la mesa, y me la vertí por la cabeza; no sabía lo que me hacía; dejé caer la botella vacía en el suelo, donde se hizo mil pedazos, y salí de allí.

El caballo de Selim y el mío estaban ensillados y nos esperaban ante la puerta. Fui á mi cuarto á secarme la cabeza, y después volví á la sala, en donde encontré á Selim y al padre Luis solos y en la mayor consternación.

—¿Qué ha pasado?—pregunté.

—Ana no se encuentra bien: en cuanto tú has salido, ha prorrumpido en fuertes sollozos y ha sufrido un desvanecimiento. La señora de Ives se la ha llevado á su cuarto.

No dije nada, pero me dirigí corriendo al cuarto de la francesa.

En cuanto vi á Ana, á la que le había pasado ya el desvanecimiento, me olvidé de cuanto me rodeaba, me arrojé de rodillas ante el lecho en que se encontraba, y sin preocuparme de la presencia de la señora de Ives, grité:

—¡Ana, querida Ana, amadísima Ana! ¿Qué tienes?

—Nada, nada ya—respondió con débil voz y una lánguida tentativa de sonrisa;—no tengo nada.

Permanecí un cuarto de hora á su cabecera; después la besé la mano y salí. ¡Luego no era cierto que la odiaba! No, la amaba más que nunca. Pero en cuanto vi á Selim, sentí un gran deseo de estrangularlo. Le odiaba con toda la fuerza de mi alma.

El padre Luis y Selim corrieron á mi encuentro.

—¿Cómo está?

—No es nada; ya está bien.

Después me volví á Selim.

—Véte á casa; mañana nos encontraremos en la encrucijada de los caminos. No importa que no vuelvas más por aquí; nuestras relaciones deben cesar para siempre.

Selim se puso rojo.

—¿Qué significa esto?

—Te lo explicaré mañana. Hoy no tengo ganas... ¿comprendes?... hoy no tengo ninguna gana. Así, pues, mañana á las seis.

Dicho esto, volví al cuarto de la señora de Ives. Selim me siguió dos ó tres pasos y se detuvo en la puerta; algunos minutos después, le vi desde la ventana que se marchaba hacia su casa.

Permanecí cerca de una hora en la habitación contigua al cuarto de Ana. No podía entrar, porque ésta, cansada de llorar, se había adormecido.

A la hora del té, observé que mi padre, el sacerdote y la francesa tenían la cara seria, y no puedo negar que me sobre-



cogió una gran inquietud. ¿Habrían adivinado algo? Nada tendría de extraño.

—Hoy he recibido una carta de mamá—dijo mi padre.

—¿Cómo está?

—Perfectamente. Pero quiere volver, porque está inquieta por nosotros. Yo, sin embargo, no pienso consentirlo; debe permanecer, por lo menos, otros dos meses.

—¿Por qué está inquieta mamá?

—Ya sabes que en el pueblo reina la viruela, y yo cometí la imprudencia de escribírselo.

A decir verdad, nada sabía de semejante viruela.

—¿No te vas tú con mamá?—le pregunté.

—Necesito estar aquí algo más todavía; ya veremos.

—Ya hace un año que la excelente señora está en el extranjero—apuntó el padre Luis.

—Su salud lo exigía. En el próximo invierno estará con nosotros.—Después añadió mi padre, volviéndose hacia mí:—Después de tomar el té, ven á mi cuarto, porque necesito hablarte.

—Está bien, papá.

Me levanté, y fui con los demás á ver á Ana. Estaba despierta, y quería levantarse; pero mi padre no se lo permitió.

A eso de las diez llegó un coche: era el doctor Estanislao, que desde las doce del día estaba haciendo visitas por las viviendas de los campesinos de las cercanías. Después de haber visitado á Ana, declaró que no tenía nada de particular, pero que necesitaba distracción y reposo. La prohibió estudiar, y la recomendó que se divirtiera y estuviese alegre. Mi padre le preguntó si á consecuencia de la epidemia reinante deberían mis hermanas salir de la casa. El doctor le tranquilizó diciendo que no había ningún peligro, y escribió á mi madre para que estuviese tranquila. Después se fué á descansar, porque estaba muy fatigado; apenas podía tenerse en pie. También yo tenía un gran deseo de irme á la cama, porque los aconte-

cimientos del día me habían cansado mucho, cuando subió Francisco y dijo:

—Su señoría ilustrísima desea que vaya el señorito.

Fuí inmediatamente á la habitación de mi padre, en donde encontré también al padre Luis y á la señora de Ives. Me latía el corazón como un acusado que ha de presentarse en el tribunal ante sus jueces, porque estaba convencido de que sería interrogado á propósito de Ana. Pero mi padre comenzó á hablar de otras cosas. Me dijo que había resuelto mandar á mis hermanas, con la señora de Ives, á casa de mi tío en Koytphan, para tranquilizar así á mi madre. En este caso, Ana tendría que quedarse sola en casa, cosa que mi padre no quería en modo alguno. Al llegar á este punto, me declaró que sabía perfectamente que entre nosotros, los jóvenes, habían ocurrido cosas en las cuales no quería ahondar, pero que no por eso desaprobaba menos; esto no obstante, esperaba que la próxima marcha de Ana pondría fin á todo incidente.

Al decir estas palabras, todos me miraron y se extrañaron de que en vez de oponerme á la marcha de Ana, asintiera con alegría á ella. Y es que al punto se me había ocurrido que, marchándose Ana, quedarían rotas las relaciones con Selim.

Además, brillaba en mi corazón un rayo de esperanza al pensar que tal vez fuese yo mismo el que acompañase á Ana al lado de mi madre, porque mi padre, á causa de la recolección, que era inminente, no podía alejarse, y el padre Luis no hubiera ido al extranjero.

Pero esta esperanza se extinguió en seguida como un fuego fatuo, porque mi padre añadió que la señora de Ustrycka, que en aquellos días debía ir á baños, se había manifestado dispuesta á llevarse á Ana al lado de mi madre.

Dentro de dos días Ana debía estar ya en viaje. Esto me contrarió bastante, si he de decir verdad; pero de todos modos, prefería que se marchase sin mí á quedarse en casa. Además, preciso es que confiese que al pensar en la cara que pon-

dría Selim al recibir la noticia, que quería participarle yo mismo, me llenaba de maligna alegría.

* * *

A la mañana siguiente, á las seis en punto, me encontré en la encrucijada, en donde ya me esperaba Selim. Durante el camino me había propuesto permanecer grave y tranquilo.

—¿Qué tienes que decirme?—preguntó Selim.

—Quería decirte que sé que amas á Ana y que ella te ama á ti. Tú has obrado infamemente al hacer caer en la red el corazón de esa muchacha. Esto es lo que quería decirte ante todo.

Selim palideció; se comprendía que reprimía su cólera.

—¿Por qué infamemente? Mide mejor tus palabras.

—No hay otra; porque eres musulmán, y no puedes casarte con una cristiana.

—Cambiaré de religión.

—Tu padre no lo permitirá jamás.

—Me lo concederá; y por lo demás...

—Por lo demás, tendrás que superar otros obstáculos. Porque si tú abjurases, ni mi padre ni yo te daremos á Ana. ¿Has comprendido? ¡Jamás!

Selim se irguió en la silla y replicó acentuando cada sílaba:

—Ni yo os la pediré. ¿Has comprendido?

Me contuve, porque quería darle, por último, la noticia de la próxima marcha de Ana.

—No solamente no será tuya—repliqué acentuando cada palabra, como había hecho él,—sino que no la volverás á ver; sé que quieres escribirla; pero te declaro que estaré alerta y lo pasará mal el primer mensajero que caiga entre mis manos. Y tú no volverás á nuestra casa, ¡te lo prohibo!

—¡Lo veremos!—gritó con rabia.—Ahora deja que hable yo. Tú eres el que has obrado vilmente. Te pregunté si la querías; me respondiste que no. Quise retirarme cuando era tiempo, pero tú no aceptaste mi sacrificio. ¿Quién es, pues, el culpable? Mentiste cuando me dijiste que no la amabas. Por

amor propio, por egoísmo, por soberbia, te avergonzaste de confesar tu amor. Dios me es testigo de que me hubiera retirado. Ahora es demasiado tarde, y fíjate bien en lo que te digo. Podéis echarme de vuestra casa y secuestrar mis cartas; pero te juro que jamás abandonaré á Ana, que no renunciaré jamás á ella: la amaré eternamente, y sabré encontrarla donde quiera. Obraré como hombre honrado y leal, porque la amo sobre todas las cosas de este mundo, y este amor es mi vida; sin él moriría. No quiero, no, atraer la desgracia sobre vuestra casa; no te olvides de que vive en mí algo de que yo mismo tengo miedo, y que soy capaz de todo. ¡Oh, si infirieses la menor ofensa á Ana!...

El amor se había verdaderamente apoderado de él, de su alma ardiente, oriental, y brotaba como llamas de un volcán; pero yo respondí con calma y frialdad:

—No he venido aquí para oír tus confesiones. De tus amenazas me río, y te repito una vez más que Ana no será tuya.

—Escúchame—dijo Selim:—no quiero decirte cuánto la amo, porque ni podría expresarlo ni tú entenderme. Pero te puedo jurar que yo, á pesar de mi inmenso amor, tendría bastante magnanimidad para renunciar á Ana si ella te amase. Enrique, ante todo, debemos pensar en ella. Tú siempre has sido generoso; imítame, renuncia á ella, y después exige de mí lo que quieras, aunque sea la vida. Dame la mano, Enrique; ¡piensa en Ana!

Se me acercó con los brazos abiertos, pero yo hice recular el caballo.

—El cuidar de ella déjalo á mi padre y á mí. También nosotros pensamos en ella, y tengo el honor de participarte que mañana ó pasado Ana sale para el extranjero y no la volverás á ver... Y ahora, adiós.

—Pues bien, ¡lo veremos!

—¡Ya lo creo que lo veremos!

Volví grupas y puse al galope á mi caballo.

(Concluirá.)

ENRIQUE SIENKIEWICZ

MESONERO ROMANOS, COSTUMBRISTA

Se propuso la villa de Madrid celebrar este año con honras y festejos—ya que no grandes, á lo menos especiales—el primer centenario del nacimiento de *El Curioso Parlante*, é hizo bien, pues el culto de los que con arreglo á sus fuerzas contribuyeron á ensanchar la conciencia nacional es el deber más imprescindible de un gobierno digno de su misión educadora (1). No de otro modo procedió poco ha la República francesa al ensalzar el recuerdo de Quinet, que fué con Michelet el mayor apóstol laico del pasado siglo, y al que deben quedar para siempre agradecidos los verdaderos españoles, por haber hablado en *Mes Vacances en Espagne*, libro hasta hoy demasiado olvidado tras los montes, de la nación hermana en términos entusiastas y, si bien tristísimos á veces, jamás injustos, como otros tantos escritores que, tratando de cosas de España, trastruecan la realidad en el más grotesco cuadro chino, en el que se confunden las perspectivas y se mueven fantásticas sombras, á semejanza de las del *Voyage dans la Lune*, de Cirano de Bergerac. Gracias que aun son muy populares en su país las obras de D. Ramón, cuya memoria no se ha borrado todavía de la mente de muchos que le trataron con intimidación, pues murió en el 85 y se le puede considerar

(1) Bueno será apuntar en este lugar que el Ayuntamiento matritense acordó erigir á la memoria de Mesonero un monumento, aplazando este acto hasta Octubre. Es de esperar que el nuevo alcalde, señor marqués de Lema, á quien por más de un concepto no puede serle indiferente el nombre del insigne literato, hará cumplir tan justo acuerdo.

como contemporáneo. En cuanto á mí, jamás olvidaré la impresión que me produjo la vista del retrato del autor de las *Escenas*, cuando por primera vez lo contemplé en la galería del Ateneo. Aquel rostro apacible y sereno, de labios finos y chispeante mirada tras gruesas gafas, me recordó—y van á reirse mis lectores—algo de la olímpica placidez y superior ironía de nuestro Renán. Bien sé que entre ambos personajes hay un abismo infranqueable, y que ni las tendencias ni el fin perseguido ni el procedimiento estilístico tienen en uno y otro el menor parecido. Con eso y todo, se impuso á mi mente esa asociación de imágenes, y jamás puedo pensar en Mesonero Romanos sin que surja ante mis alucinados ojos la sombra grata del sabio de Tréguier. Pero dejémonos de juegos de niños, y entremos *in medias res*, que hartos miedos tengo de que se me achaque á mí también lo que formuló Gracián en la conocida frase: «Todo se les va á algunos en comenzar, y nada acaban; inventan, pero no prosiguen... impaciencia de ánimo, tacha de españoles». No sé, y hasta dudo mucho, si todos los que enaltecen los méritos de Mesonero tienen exacta idea de todo cuanto produjo y de lo mucho que valen sus escritos, y si han determinado con acierto el puesto que merece en la literatura española del siglo XIX, y asimismo lo que debió á la tradición de costumbres anterior á él. Escribiendo casi de improviso, en medio de las «imperiosas vacaciones» del estío, en una estación veraniega en la que no tengo á mano siquiera los libros más indispensables, no podré hacer alarde de esa erudición fácil que acopia citas y amontona referencias. Hoy me atenderé, pues, tan sólo al dicho de Giusti, citado en la *Vita di Manzoni*, que se publicó en uno de los tomitos, el noveno, si no yerro, de la *Biblioteca clásica económica* de Sonzogno, y que tomé de memoria hace ya bastantes años, pues me impresionó mucho: *ognuno ha di suo un come e un perchè: a che guastarlo ricominciando sul come e sul perchè d'un altro?* Expondré aquí mis juicios propios, los que formé en un estudio personal anterior muy detenido de las obras de Mesonero, y de lo

poco que acerca de él han escrito, desde el punto de vista crítico, sus contemporáneos, sobre todo Hartzenbusch y Larra, y modernos historiadores, tales como Friedrich Booch-Arkossy en su *Spanische Chrestomathie* (1), y el P. Blanco García en *La literatura española en el siglo XIX*, sin dejar de mentar también el excelente artículo del valioso aunque desigual *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, publicado por la casa barcelonesa de Montaner y Simón. Mi crítica no pasará de *impresionista*, según término usado entre nosotros, por el cual ha de entenderse que dicha crítica es el compendio, la quinta esencia de lo que en mi espíritu quedó—ideas ó sentimientos—después de meditada la obra total de Mesonero y comparados los juicios que me sugería con las opiniones de los precitados críticos.

Desde un principio me gustó muchísimo la tal obra, y de ella no excluyo ni aun el *Manual de Madrid, descripción de la corte y de la villa*, del que procede la *Memoria sobre el estado de la capital y los medios de mejorarla*, escrita á consecuencia de los viajes del autor por Francia, Bélgica é Inglaterra, y á la que creo se deben atribuir las mejoras que poco después de su publicación principiaron á realizarse en Madrid, así en materia de urbanización como en creación de establecimientos de instrucción y beneficencia; mejoras que han hecho de la coronada villa, y siguen haciendo de ella, una ciudad «de todo punto hermosa» (2), digan lo que quieran esos pesimistas por costumbre, á quienes me permito suplicar lean las consabidas páginas del *Manual* para convencerse de su estéril ceguedad. Y es que, estudiando al escritor, adiviné pronto al hombre, al ciudadano ferviente á quien hoy llamarían demócrata; al que organizó la *Sociedad económica matritense*, la *Sociedad de seguros de casas*; al partidario resuelto del esclarecimiento in-

(1) Leipzig: A. Brockhaus.

(2) Esa es la propia calificación de Baedeker, *jus et norma loquendi* en la materia, ó *io non so littere...*

telectual, columna del naciente Ateneo, del que en 1833 es nombrado secretario y luego bibliotecario; al fundador de *El Semanario pintoresco español* (1836-1853); al varón, por fin, que sin mezclarse jamás en las estériles y depresivas luchas políticas, trabajó más y mejor para dejar próspera á la patria, que otros muchísimos coetáneos suyos, cuyos nombres, tan sonados entonces, yacen hoy día en el merecido olvido del que nunca debieran salir. También le cobré afición á Mesonero por causa de su carácter. Raras dotes debía de tener, por cierto, aquel hombre que, siendo al fin y al cabo escritor satírico, nunca tuvo un enemigo; al contrario, se vió siempre rodeado de innumerables simpatías. Basta, con efecto, recorrer unos párrafos, y hasta los más salados, de las *Escenas matritenses*, para convencerse de que fué esencialmente bueno, no digo bonachón, bueno en el sentido más alto de la palabra, es decir, sabedor del fin imprescindible de todo escritor que no sea miserable saltimbanqui: *vitam impendere vero*, pues eligió un terreno en el que la verdad es más evidente que en otro cualquiera de las letras: el terreno del adelanto social, y suavizó la aspereza de tal misión con apariencias apacibles y verbo risueño: *castigat ridendo mores*. Piénsese en ese desdichado Fígaro, y se apreciará más al que supo formular, manteniéndose siempre fiel á ella como norma y pauta de su vida, esa máxima digna de un sabio de la Hélade: «quiero pasar la vida sin excitar lástima ni envidia». Esas palabras quisiera verlas grabadas en el pedestal del monumento que le debe su ciudad natal, la corte de España. Hay que insistir en ello: pocos, muy pocos de sus contemporáneos se igualaron en modestia y desinterés al que pudo dejar de sí tan ática autobiografía, cual vemos en el último de los *Cuadros de costumbres*, titulado la *Guía de forasteros*, al que, llevado de esa filosofía sosegada de los hombres maduros, y aunque de ningún modo creía en la perfección de la humanidad, ni perdía nunca, por consiguiente, ese leve y aéreo escepticismo que caracteriza al verdadero sabio, no desahuciaba, sin embargo, á su prójimo, ni lo juz-

gaba condenado á eterna perversidad, antes bien se dedicaba con igual empeño á instruir é ilustrar á sus semejantes, al par que se burlaba y hacía donaire de sus vicios y defectos. Grande, muy grande en mi concepto, es el que con la sinceridad de las convicciones, con la honradez del proceder, supo, si bien no dejó de tropezar á veces con escollos, granjearse el constante favor del público, premiándole éste, á trueque del placer que experimentaba leyendo sus obras, con el éxito y la estimación.

Siendo, pues, digno el hombre de todas las alabanzas, veamos ahora qué puesto ocupa el escritor en la literatura española del siglo XIX, qué tradición continúa, qué originalidad es la suya, y si es superior, igual ó inferior, desde el mero punto de vista del arte, á algunos de sus émulos ó continuadores. El género costumbrista, ó sea el que consiste en encerrar en cuadros cortos una pintura parecida y esmerada de la vida, de los caracteres y tipos contemporáneos, es tan antiguo como la literatura, es decir, el pensamiento escrito. Desde los *Proverbios* del hijo de David hasta las *revistas* de teatros de nuestros días se desarrolla hasta lo infinito, revistiendo, según pueblos y épocas, tal ó cual forma, ya cortísima y tosca, ya extensa y nítida. Mas no voy á enumerar aquí los muchos autores y las obras sin cuento de dicho género. A España me atengo, ya que sólo de España se trata. Ahora bien: se ha dicho muchas veces que los *Cuadros de costumbres*, cuyo cultivo se desarrolló en grande tras el Pirineo desde la primera mitad del pasado siglo, tuvieron su origen en Francia, como casi toda la literatura de aquella época. Por cierto que tocante á la forma, artículos de costumbres dados á luz en publicaciones periodísticas no habían de constituir nuevo género literario, sólo por ser las costumbres retratadas neta y genuinamente españolas, ya que el mismo Mesonero confiesa en *El aguinaldo* que se inspiró en el en su tiempo famoso M. de Jouy, un aventurero que acabó en la literatura publicando, por los años de 1812, á más de un sinnúmero de comedias y dramas hoy sumergidos en el negro pozo del olvido, una serie de libros en

los que, bajo el título general de *El ermitaño* (*El ermitaño de la Chaussée d'Antin*, *El ermitaño de la Guayana*, *El ermitaño en provincia*, etc.), pintaba con cierta galanura y elegancia, ya que no con exactitud y profundidad, las costumbres vigentes. Lo curioso del caso del pobre ermitaño es que muchos autorzuelos no se dieron por satisfechos con imitarle servilmente, sino que llegaron hasta á plagiarle con sin igual descaro, apropiándose de él trozos enteros sin comerse punto ni coma. Por lo que toca más de cerca á Mesonero, su profundo conocimiento de la literatura francesa, así como sus viajes por Inglaterra, le hicieron tener en cuenta otras obras relacionadas más ó menos con el género en que tan oportunamente iba á darse á conocer. Así es que leyó con detención á Mercier, el autor del *Tableau de Paris*, y á Pablo-Luis Courier, y no dejó de estudiar á José Addison y á Ricardo Steele, los dos jefes de los *ensayistas* ingleses, imitadores, después de Cowley y de Sir W. Temple, de nuestro Miguel de Montaigne, y cuyos bosquejos encierran una pintura acertadísima de la vida inglesa en tiempos de la reina Ana, en el siglo XVIII. Pero ya en España era antecesor de Mesonero el sacerdote D. Sebastián de Miñano y Bedoya, muerto á mediados del pasado siglo, y conocido autor de las *Cartas del pobrecito holgazán*, de las *Cartas de D. Justo Balanza* y de las *Cartas del madrileño*, en que hace una crítica bastante amarga y punzante del antiguo régimen, del poder absoluto, de la Inquisición, elogiando en cambio al gobierno revolucionario y al doceañismo con la labia propia de los liberales de aquel tiempo, á quienes ha retratado con mano maestra en muchos de sus *Episodios* el incomparable maestro Galdós. Hasta en las *Cartas españolas*, de Carnerero—única revista que por entonces existía, y en la que salió á 12 de Enero de 1832 la primera de las *Escenas matritenses*, *El retrato*,—habían sido publicados antes de dicha fecha varios capítulos de las *Escenas andaluzas*, de D. Serafín Estébanez de Calderón, *El Solitario*, uno de los pocos escritores entre la legión literaria de su época, á mi ver, que solían mantenerse origina-

les y no sacaban recursos de la literatura francesa, y cuyos cuadros, tan picantes y humorísticos, tienen el parecido de un lienzo de Goya, reflejando á lo vivo las costumbres y modo de vivir de aquel extraño pueblo andaluz con chiste y gracejo sin par, en lenguaje pintoresco y animado, siempre castizo y puro, si bien por el matiz arcaizante de su estilo y su color empalagosamente clásico, no alcanzó jamás tan excelente obra la popularidad que merecía. Con eso y todo, los amantes de las letras españolas experimentan verdadero goce en leer esos insuperables bosquejos que se titulan *Pulpete y Bulbeja*, *Los filósofos en el figón*, *La rifa andaluza*, *Gracias y donaires de la capa*, etc., que tanto descuellan al lado de los clarooscuros de Mesonero ó de las aguafuertes de Larra. Mas sería garrafal error suponer que el género costumbrista fuera cosa del siglo XIX en la literatura española, pues ya antes existía la cosa y sólo cambió la forma en nuestros tiempos. Hasta me atrevo á afirmar, y supongo que con harta razón, que es rasgo muy característico del genio de mis hermanos latinos en todas las épocas de su desenvolvimiento, aun y quizá precipuamente en las más remotas, la tendencia acentuada y vivísima á lo burlesco, á la sátira. Desde las *Cantigas de escarnio* y el *goliardo* clérigo de Fita acá, la sátira florece en España, y en su cultivo se explayan los más granados ingenios de la Península. Juan Ruiz—el Petronio ó, más bien, el Chaucer de la Edad Media castellana,—¿acaso no es, ante todo, un novelista reducho en el arte difícil de observar, ridiculizar y ponerlo todo en mofa? Sus judías, juglaresas, moriscas; la alcahueta Trota-Convencos; sus atildadas parroquianas todas: monjas livianas, taimadas hidalgas y bizarras serranas; Don Furón, prototipo del escudero hambriento en el *Lazarillo*, que observa con tanto escrúpulo el precepto de ayunar porque nada tiene que llevar á la boca; los dos perfectos amantes, Don Melón de la Uerta y Endrina de Calatayud, interpretados, ¡con qué bellaquería!, del fraile auvernés que se ocultó bajo el apelativo de Pámphilo Mauriliano, ¿no tienen un sabor que ni en *Calixto y Melibea*—

ese insuperable *Cuadro de costumbres*—se encuentra, cuando ninguna pretensión docente afecta el bueno del arcipreste, demasiado conocedor de que «es unal cosa el pecar», y que tiende tan sólo á dar á los que «quisieren usar del loco amor... algunas maneras para ello»?

Por cierto que no voy á pasar lista de cuantos ingenios han dado en la tendencia satírica, que sería apurar el catálogo de los mejores escritores castellanos. Hasta en la *Comedia*, fruta sabrosísima del suelo ibero, ¿qué es el *gracioso*, el *bobo* tradicional, sino realización de la tendencia ingénita de todo español á satirizar, realización que encuentra hoy día su adecuada manifestación en las chulaperías del nefando *género chico*? Y ¿qué son las novelas picarescas todas, otra producción enteramente original del terruño, sino inmensos cuadros de costumbres en que se revuelven confundidas todas las clases sociales, haciéndose mofa de ellas para diversión del vulgo? ¿No es, para no citar más que un ejemplo, el *Guzmán de Alfarache*, que, como todos sabemos, tuvo mayor aceptación en el siglo xvii que el mismo *Quijote*, el mejor cuadro de golfería que se ha escrito en aquel período que cuenta con *Rinconete y Cortadillo* y las *Novelas ejemplares* todas, los *Sueños*, de Quevedo; el *Día de fiesta por la mañana y tarde*, de Zabaleta, y los *Entremeses*, de Luis Quiñones de Benavente? Y durante ese aciago «siglo de los Borbones», en que, según opinión corriente y harto falsa, anduvieron tan perdidas las letras y artes españolas, el amigo de Moratín, D. José Cadalso, reanuda la tradición costumbrista escribiendo, á ejemplo de las *Lettres persanes*, de Montesquieu, y del *Citizen of the world*, de Goldsmith, sus *Cartas marruecas*, y Ramón de la Cruz, hermano espiritual del vienés Nestroy, acumula en sus *Sainetes* cuanta alegría, regocijo picaresco, chistes equívocos y atrevidas burlas encierra el Madrid popular. Pero si existe en germen desde los primeros albores de la literatura española el espíritu costumbrista, falta el cuadro adecuado en que pueda manifestarse y llegue á crear un verdadero género, sin

LIBRERIA LA BIBLIOTECA
CALLE DE LAS ANIMAS
MADRID

mezcla de otros diferentes y contrarios, como el drama, la comedia, la sátira en verso, la epístola, etc.

Mesonero Romanos fué quien trajo ese elemento nuevo que sus antecesores sólo habían vislumbrado á ratos, sin acertar á fijarlo para siempre. Ese elemento es el de la forma. Según leemos en el prólogo de la última edición de sus obras, hecha, si bien recuerdo, en el año de 1881, Mesonero, queriendo pintar las costumbres de su tierra, tantas veces desfiguradas y estropeadas por novelistas y dramáticos extranjeros; queriendo describir sencilla é imparcialmente la índole y carácter propios de su pueblo, sin exageraciones ni malignidad, ensalzando sus virtudes y castigando á la par sus vicios, como burlándose suavemente de sus manías y ridiculeces, tenía á la mano varios y muy distintos modelos que seguir. Mas ninguno le satisfizo: unos por ser demasiado anticuados, otros por pecar de mezquinos con respecto á sus miras.

Por un lado la novela de costumbres, á estilo de *Gil Blas*, de Lesage, no podía resucitarse con esperanzas de éxito en medio de un pueblo locamente enamorado de las novelas de Walter Scott, cuando no de d'Arlincourt, el «de los tétricos cuadros» (1), y consortes. Por otro, no bastaba ya el teatro, con ser el medio más adecuado de representar con todo su colorido y fuerza las costumbres de un pueblo, para pasar revista á las varias clases sociales, y mucho menos hallándose invadida la escena por el drama romántico, por el que se pirraba el público. No tenía *El Curioso Parlante* el donaire, la gracia natural, el talento chispeante de Bretón de los Herreros, para emprender, á ejemplo del autor de *Marcela*, una campaña de eficaz resistencia á los gatuperios escénicos á estilo de aquel famoso «¡¡ELLA...!!! Y ¡¡ÉL...!!!», romántico-natural, emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico, original, en diferentes prosas y versos, en seis actos y catorce cuadros, que tanto recuerda *El gran cerco de Viena* de *La Co-*

(1) *El Romanticismo y los románticos.*

media nueva. Los cuentos, por fin, y narraciones fantásticas; los apólogos y sueños tan en boga en el siglo de oro; las relaciones de viajes imitadas de *Gulliver's Travels*, de Jonatán Swift; las cartas como las del erudito poeta muerto en el sitio de Gibraltar en 1782, así como cuantas formas literarias imaginaron los que en anteriores épocas intentaron describir las costumbres vigentes, ya no podían gustar á una generación enamorada de libertad, y por consiguiente de precisión literaria, y entre la que principiaba á desarrollarse el periodismo con sus relaciones concisas y rigurosas. Había, por lo tanto, que crear esos ligeros esbozos, esos *cuadros de caballete*, esas narraciones cortas en las que, mediante una intriga dramática sumamente sencilla, caracteres verosímiles y variados, un diálogo vivo y castizo, se uniera en lo posible el interés del drama á las condiciones indispensables de la novela. Así, pero sólo así, resultaba fácil la tarea que se había impuesto el escritor: la de «recorrer á su sabor todas las clases sociales, desde el grande de España hasta el mendigo, desde el literato al bolsista, desde la manola á la duquesa, desde el comediante al industrial, desde el cortesano al paleta..., alternando en la exhibición de estos tipos sociales la de los usos y costumbres populares, tales como paseos, romerías, procesiones, viajatas, viajes, ferias».

Y el fin que se había propuesto Mesonero lo alcanzó mejor que otro cualquiera, incluso Larra. En sus cuadritos y cortos relatos encuentro notado con gracia y exactitud maravillosa el resultado de las observaciones de un sociólogo de clara y penetrante mirada, de tierno y compasivo corazón. Las *Escenas matritenses*, completadas por las *Memorias de un setentón* y ciertos párrafos de los *Recuerdos de viajes*, constituyen la colección más completa de tipos y paisajes de la España y del Madrid de hace setenta años, de aquel período de transición en que, según términos del Sr. Fitzmaurice-Kelly, la villa del oso y del madroño «aún no había llegado á ser pobre é imperfecta copia de París»; de aquel Madrid sin agua, sin paseos,

sin alumbrado, sin más distracción que ver coros de niñas cantando *á la limón* ó escuchar coplas del famoso Perico el Ciego, en que cualquiera vía pública era urinario y todos los portales kioscos de necesidad; de aquel Madrid de los pozos negros y baterías de Sabatini, en el que abrasaba el ambiente, respirábase polvo, asfixiaban los miasmas. Muy difícil empresa era la de describir fielmente una sociedad que todavía tenía mucho de la del siglo XVIII y se asemejaba bastante aún á la que pintó Moratín el hijo, pero que al mismo tiempo implicaba ya cierta mezcla de inglesa y francesa, por cuya causa, andando los años, llegó á ser lo que hoy vemos. El escritor de costumbres en aquel entonces se hallaba en el apuro de un pintor que, queriendo retratar á un muchacho, hubiera fijado en el lienzo los primeros rasgos, y luego, obligado á dejar su tarea á medio hacer y volviendo después de algunos años á la olvidada labor, se encontrara con un mozo crecido y forzado, de facciones varoniles y trazas de hombre adulto; de suerte que fuera preciso borrar las pinceladas de antaño, coger nuevo lienzo y emprenderlo todo de nueva planta para que resultara el retrato obra parecida y fiel. *El Curioso Parlante* jamás borró su obra, sino que se dió por satisfecho—y el público también—con reproducir minuciosamente en cada una de sus fantasías el aspecto movedizo y transitorio del mundo en que vivía. Recuerdos de la España antigua que se sobrevivía á sí misma, con sus característicos usos, su hombría de bien y ruda sencillez, los encontramos preciosamente conservados en *La Comedia casera*, *La Calle de Toledo*, *Las Ferias*, *Los Cómicos en Cuaresma* y otros tantos cuadros que tienen al dedillo los aficionados á las cosas del pasado. ¿Queréis ver ahora con qué fuerza el influjo extranjero iba modificando y transformando cada día la moribunda sociedad del peluquín empolvado? Leed las *Costumbres de Madrid*, *La Político-manía*, *Costumbres literarias*, etc., etc.

Para comprender con qué terquedad se empeñó la lucha entre el espíritu moderno y las tradiciones arraigadas por si-

glos, basta haber recorrido *El aguinaldo*, *El extranjero en su patria*, *El sombrero y la mantilla*, verbigracia. Artículos hay que por lo hábil de su intriga pudieran competir con las mejores comedias del repertorio clásico. De éstos son: *El retrato*, *El barbero de Madrid*, *El patio de Correos*. Tampoco faltan graves reflexiones y hasta disertaciones filosóficas en *El Campo Santo*, *La casa de Cervantes*, *El duelo se despide en la iglesia*. Y ¿hay muestra más acabada de fina y penetrante crítica que *El romanticismo y los románticos*, composición en la que se hace patente la demoledora influencia de la literatura francesa sobre las letras españolas de mediados del siglo pasado, influencia que ya en 1840, cuando publicó D. Eugenio de Ochoa sus *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, arrancaba al competente Philarète Chasles esta frase característica: «*Abordez ces deux volumes, vous ne croyez pas sortir de France; tout ce que vous lisez est français*» (1).

(1) *Revue des Deux-Mondes*, 1841, IV, 28, pág. 66. A este propósito, no estará de más apuntar aquí que, si bien semejante juicio se pasa de ligero, no deja de demostrar hasta qué grado los franceses nos reconocíamos en los escritos de los españoles en aquel período de su literatura, y también es cierto, á pesar de las afirmaciones de unos modernos críticos españoles, cegados por su mal educado amor á las letras patrias, que el influjo de Francia fué decisivo y soberano hasta fines del segundo tercio del pasado siglo. Creo se debe atribuir el tal fenómeno al cataclismo de la guerra contra Napoleón, que absorbiendo las energías todas, secó las más sagradas fuentes vitales de la nación, y al tremendo embrollo de las contiendas civiles consecutivas, que impidieron el sosiego de los ánimos y la maduración independiente del pensamiento. Pero lo que más hizo falta á los ingenios españoles en aquella crisis fué un guía espiritual, un Lessing que hubiera sacudido el freno de las pseudo-clásicas *reglas* francesas, un Goethe que mostrara á los poetas la senda que seguir. Además, faltó á los escritores de la primera mitad del siglo XIX la imprescindible calidad de la concentración; se desparraman demasiado, tocan todos los géneros y en ninguno se amaestran. El tipo de esa *aurea mediocritas* me parece serlo Martínez de la Rosa, *touche-à-tout* literario, símbolo del polígrafo español de aquel entonces. Me parece hubiera de revisarse el proceso que le intentó Menéndez y Pelayo en el tomo I de sus *Estudios de crítica literaria*, con agravación de penas. Es un *doctrinaire* pedante, un camaleón burgués.

Tan variada materia—el fondo de sus cuadros—la reparte Mesonero, con destreza suma, en articulitos, de los que cada uno forma un todo artístico, una composición independiente del conjunto. Pero el autor usa de un procedimiento que se deja ver pronto. Y, para decir verdad, tiene su *manière* algo de artificial y, sobre todo, huele á francés, trasciende á galicismo estilístico, pues al fin y al cabo era Mesonero, *volens nolens*, un afrancesado, como la mayor parte de sus coetáneos, aunque luchaba con todo su poder contra nuestro influjo en las letras de su país.

Su procedimiento es el de nuestros clásicos, el de La Bruyère, que ya había bosquejado preciosos cuadros de costumbres, escuetos y severos, como que iban enderezados á ilustrar sus apotegmas éticos y sentencias morales, al modo del cuento de una fábula; el de Pablo-Luis Courier, á quien seguramente estudió de cerca Mesonero, y, á ejemplo de dicho escritor, gusta de entrar de buenas á primeras en plena acción, empezando sin más su sencilla y rápida historia, de la que se esmera en sacar breve y adecuada conclusión. Tomemos, como ejemplo, *El retrato*. Principia así: «Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle Ancha de San Bernardo...»; y concluye: «En cuanto á mí, escarmentado con lo que vi en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato. ¿Para qué? Para presidir á un baile, para excitar suspiros, para... para... para ser embigotado y restaurado después, empeñado y manoseado y vendido en las ferias por dos pesetas». Del mismo modo Courier: «*Ce fut moi qui leur dit, je ne sais à quelle occasion, que notre siècle valait bien celui de Louis XIV. Fabre se récria là-dessus...*» Para finalizar: «*Après le dîner, elle et Fabre montèrent en voiture et je rentrai chez moi où j'écrivis ceci*» (1). Pero, por lo común, prefiere Mesonero proceder á estilo de nuestros moralistas clásicos, expresando primero, como La Bruyère, consi-

(1) *Conversation chez la princesse d'Albany.*

deraciones de orden general y alcance universal, ó formulando una sentencia particular, para luego, apoyado en ellas ó confirmándolas con él, narrar un cuento arreglado con maña, y cuya conclusión, ora expresada en claros y lisos términos, ora reservada á la perspicacia del lector, recuerda, reforzándolas, las observaciones ó ideas generales del proemio.

Ejemplos de esta segunda manera se podrían aducir muchos. Los más característicos que recuerdo ahora me parecen serlo *El Campo Santo*, *El aguinaldo*, *La Comedia casera*, *El sombrero y la mantilla*. Pero sea cual fuere su *procédé* artístico, lo original é imposible de poner en tela de juicio es el valor de su estilo, siempre de buena cepa, sencillo y claro, de elegante frase, narración viva, animadísima, que mantiene despierto el interés y excita hábilmente la curiosidad del lector. Ciertamente que ni tiene la gracia y pureza de dicción de las *Escenas andaluzas*, ni alcanza tampoco la incisiva y mordaz sátira de Figaro; pero el vulgo, y sobre tal particular estoy con él, hace y hará siempre menos caso, y con muchísima razón, de artificios literarios y tiquis miquis estilísticos, aunque con destreza suma disimulados, que de la pintura franca y parecida de lo verdadero. A causa de eso tal vez lo comprendió mejor y seguramente lo apreció más que al ilustre Larra. Por lo demás, no dejó él mismo de advertirnos, confesando que «su misión sobre la tierra es reír blanda é inofensivamente». Harto abundante en citas clásicas y alusiones históricas, quizá demuestre así tener más bien general cultura que no profunda y verdadera erudición; pero no seré yo quien le achaque el haber sido buenamente natural cuando la erudición no hiciera al caso, ni el haber gustado de esas alegres expresiones, de esos modismos tan sabrosos, representativos de la *meseta central*—que encierra en sí, digan lo que quieran los teóricos de las patrias chicas, todas las energías de la península Ibérica, cuya quinta esencia expresa,—ni el haber usado atrevidas voces, de donde deriva el diálogo su fisonomía propia, su originalidad peculiar y esencial, ni el haberse atrevido á ensartar en sus cláusulas extra-

ños retruécanos, pues todos ellos eran moda en su tiempo, ó, si se quiere, general defecto.

A pesar de la respetable opinión del Sr. Piñeyro (1), creo hubiera sido capaz Mesonero, por poco que hubiese querido recargar las tintas y extremar el artificio literario, de llegar al grado de agudeza y vigor que caracterizan los artículos de costumbres de Larra: y no admito de ningún modo que su estilo, así como su observación, tiendan al suelo «por su propio peso» ni que sean de una llaneza «excesiva». El espíritu de feroz amargura con que Figaro saca á la vergüenza las flaquezas del carácter nacional, de la política de su tiempo, estimo que tiene más bien valor depresivo y antisocial que saludable y reformador. Su obra es, eso sí, de sin par significación desde el punto de vista literario; desde el punto de vista nacional, no pasa de negativa su influencia. Poco aprovecha el leer que todos los hombres son unos canallas, todas las mujeres unas pícaras, todos los males sin remedio. Tan exagerada misantropía y sombrío humorismo, si acaban en que se salta uno la tapa de los sesos á los veintiocho años de edad, gran energía intrínseca tendrán, no lo dudo, pero escasísima virtud curativa. Doctrinas como las de Larra no pudieron menos de traer á España á la situación en que hoy día se encuentra, mientras las de Mesonero han contribuído á que se emplee contra el mal un procedimiento curativo, con el que es de esperar se fortalezca más y más, hasta que recupere en el concierto europeo su perdida importancia. No sé si por ser yo francés — y cierto que «sobre negro no hay tintura» — me siento inclinado á ensalzar más de lo justo á Mesonero, por que tiene cabalmente esas cualidades que hicieron nuestra grandeza en otras épocas, y que ojalá conserváramos con mayor religión: las de discreta sabiduría y risueña moderación, las de proporción, comedimiento y amor al *juste-milieu*...

De nada huye *El Curioso Parlante* con mayor empeño

(1) *Bulletin hispanique*, Janvier-Mars 1903.

que de la exageración, del énfasis, de extremar las cosas, de buscar un efecto literario más bien que la concisa verdad. Y si á cambio de tan relevantes prendas deja ver algunos defectos propios de sus cualidades; si resulta su frase á veces arrastrada, otras descolorida, hasta en eso se revela y echo de ver la genuina franqueza del que en la *Guía de forasteros* confesó que quería vivir sin mover lástima ni excitar odio alguno, así con su conducta privada como con sus libros. Y si falta en ciertos de sus cuadros animación y vida, téngase en cuenta que quiso, según decía, *daguerreotipar* más bien que pintar, y que no es culpa suya si el ambiente del que sacaba vistas estaba borroso. Con eso y todo, de Mesonero y no de Larra proceden sus casi olvidados émulos D. José Somoza, que se ciñó á retratar la sociedad del siglo XVIII en unos muy notables artículos; Santos López Pelegrín, conocido por su seudónimo de *Abenamar*; D. Modesto Lafuente, el historiador, que firmaba *Fray Gerundio*; D. Antonio Flores, cuyos cuadros *Ayer, hoy, mañana*, todavía se leen con gusto y provecho. Entre los muertos á fines del pasado siglo, nadie mejor que D. Pedro Antonio de Alarcón compite con el autor de las *Escenas matritenses*; sus *Historietas nacionales* me parecen un dechado del género. Y desde Carlos Frontaura, cuyas *Tiendas* son una filigrana, y Eusebio Blasco, desigual, pero tan español, hasta Taboada, Gabaldón, Ramos Carrión, José de Roure y... ¿á qué citar más nombres? cuando todos ya *cultivan* el campo costumbrista, unos con herramientas literarias, otros con toscos artefactos y por arte de birlibirloque, si es que merece nombre de arte la llamada literatura chica, con sus modismos, frases hechas y palabras recogidas en la calle, con su desenvolvimiento anárquico. Campiña que antes solía producir buen trigo y que no da ya de sí más que cardos y amapolas tan llamativos como vulgares...

CAMILLE PITOLLET

Pau (Francia), Agosto de 1903.

PARA PAISANOS

COSAS DE TROPA

¡Reformas, reformas!, gritan á voz en cuello los militares españoles ha varios lustros; y más especialmente, y con mayor ahinco, desde que la derrota y el desastre sacaron á la vergüenza deficiencias y vicios de las instituciones militares (y no sólo de éstas). ¡Reformas, reformas!, piden los pocos hombres civiles que del Ejército se han preocupado para algo más que denigrarle callandito, entre amigos, y adularle en voz alta haciéndole concebir engañosas esperanzas, maliciosamente fomentadas, para obtener aplausos del público militar: fáciles de arrancar á la candidez de éste con huecos desplantes, falaces programas y utópicas promesas. ¡Reformas, reformas!, vocifera una parte ciega del elemento civil: deseándolas tales que, con la anulación del elemento armado como fuerza integrante de la Patria, traigan como secuela un envilecimiento que lo trueque en ruin montón de despreciables mercenarios: reformas ansía el oficial pundonoroso, viendo en ellas camino para elevarse en prestigios y aptitudes á la altura de su noble misión; reformas mendiga quien no las apetece sino como promesa de mayores medros, y esperanza de que con ellas llegue el suspirado término de una amortización tan cruel como absolutamente necesaria; en ellas piensan los pocos hombres de estado que, sabiendo mirar el problema desde altura donde el juicio no se turba por conveniencias de individuos ó corpora-

ciones, en ellas ven el interés de España que hermana y armoniza aquéllas, á su lado secundarias; y por reformas, sin saber lo que pide, clama el politiquillo de bajo vuelo, de meollo desmedrado, para quien tal palabra no tiene otra acepción posible que la de economías.

Apenas hay candidato á ministro sin *sus reformas*, por de contado inconciliables con las de los demás, y todas sentenciadas de antemano á quedarse en proyecto ó vivir implantadas lo que tarde en derogarlas el llamado á sucederle: sentencia justa, pues ni duran, ni deben perdurar, porque no van al fondo, perdiéndose en detalles fraccionados sin llegar á la esencia: porque no intentan infundir en el enfermo cuerpo del Ejército el alma que ha perdido, como España la suya, ni le dan sangre nueva, ni crean instituciones, de las que andamos aún más escasos y necesitados que de organismos: porque tales reformas ni apuntan á levantar la moral decaída, ni restauran la *interior satisfacción* recomendada en la Ordenanza, ni cuidan de anudar lazos entre paisanos y soldados, dignificando la que en tiempos felices llamaban *todos noble profesión de las armas*, ni limpian ésta de gérmenes de ruindad y decadencia, ni afirman convicciones, ni reforman costumbres.

Reformas, sí, vengan, las hemos menester. Y aun esto es poco cual la gente lo entiende; pues no reformas, sino revolución necesitamos: empuje que conmueva los fundamentos del Estado Militar; sacudida que agite no solamente nervios, sino que, á ser preciso, desencaje y disloque huesos; no cisura superficial en la epidermis, sino tajo que, al desgarrar las venas, abra salida franca á los malos humores de la sangre: revolución que con fuertes sillares sustituya cimientos á polvo reducidos; creadora de un cuerpo militar con osamenta dura, robustos músculos y sangre sana y vigorosa: no reformas parciales é incompletas de menudencias y nonadas, dejando intactos vicios por recientes desdichas señalados como gusanos que carcomen la médula, y en cuya extirpación ya al parecer no piensa nadie; sino revolución honda, moral, social, interna, que lleve

en mente que jefes y soldados son hombres y españoles, á quienes si ha de pedirse sangre y vida, habrá de ser á cambio de honra y gloria; que la guerra, ahora como siempre, lucha, fuerza, sacrificio, pasión, es también hoy desvelo, estudio, ciencia; que si el ejército enemigo puede representar asociación, miseria, luto y ruina, el propio por el ajeno respetado, es paz, progreso, riqueza é industria que á su sombra viven.

Revolución, sí, en cuanto debe remover hondamente, sin dejar en pie casi nada de lo que hoy existe; pero no en cuanto á rapidez en los procedimientos, no en el sentido de fantasmagórica transformación en que suele tomarse tal palabra; pues lo arduo del problema no consiente milagros de esta índole, á que tan inclinados somos los españoles, sino antes bien, demanda meditación prudente y serio estudio.

Sin que como soldado pretenda sacudirme inculpaciones posibles de formular contra el Ejército; mas que, á ser justos, deben caer también con la propia razón sobre otras instituciones y clases del Estado, y sobre algunas con mayor pesadumbre, fuera de desear que, acordándose menos de tales recriminaciones y meditando en que todos tienen aquí de vidrio su tejado, pensara la gente civil un poco más en que el problema del Ejército no es cosa privativa de éste, sino cuestión de vital interés para España; que dando tregua á olímpico desdén y censuras acerbas, nos concediera algún momento de estudio y atención; y si no descendiendo á tecnicismos de nuestra propia incumbencia, nos animara al menos con su curiosidad, mostrándonos que la conciencia pública era capaz de comprender que no sólo rebajando el Presupuesto de la Guerra (y yo no niego lo interesante de esto) cabe hacer algo beneficioso á la par al Ejército y á España.

¡Economías, economías! Tal es el general clamor... Mas dejaré esto para luego; pues de exponer ahora mi modo de pensar en este punto, tal vez corriera riesgo de verme confundido con algunos que opinan de modo muy distinto á como pienso yo sobre estas cosas. Y francamente, me haría poca gracia.

No: vaya por delante la prueba de que antes que militar soy español, y aun cuando miembro de un organismo que escasos elementos de su seno, y á porfía casi todos los que le son extraños, pretenden empujar por derroteros que lo conviertan en Estado dentro del Estado, ó en elemento en él constituido en condición depresiva (contraponiendo livianos intereses y miserables rencillas á sagradas convicciones de orden muy elevado), no ha de ser esto parte á despeñar mi juicio por los derrumbaderos de la pasión y el egoísmo, ni impulso que me instigue á oscurecer verdades velando ni un defecto ni un vicio de los que yo descubro en el Ejército.

Será éste examen de conciencia públicamente hecho, donde no atenuaré falta que alcance á ver: cumpliré así deberes de español y de soldado que siente por su España y por su Ejército no cobarde cariño ofuscador del seso, sino viril amor: así, cuando señale lo que merece enmienda, sin que escarmientos de la última campaña hayan sido eficaces á alcanzarla, y puntualice causas de orden interno que embarazan la marcha por el buen camino, tendré moral autoridad para cargar sobre el medio social donde vivimos el peso abrumador de una conducta que con sus conveniencias, prevenciones y egoísmos, es el mayor obstáculo para la magna empresa de asentar sobre sólida base las instituciones militares, necesitadas, ante todo, de ser instituciones nacionales: así, con la misma lealtad, convicción y justicia con que afirmo deficiencias y vicios del elemento armado, podré decir después que, con todo y con eso, es en nuestro país el menos relajado, el más sano, el que habiendo caído menos hondo, ofrece gérmenes más poderosos de regeneración, capaces, si se saben utilizar juiciosamente, de dar mejores frutos.

*
* *

En esta confesión de los propios defectos no analizaré nada, ni menos daré remedios que hace falta buscar con calma y tino. Si el tiempo no me falta, y si estas cosas consiguie-

ran interesar á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, de los remedios hablaría más adelante y poco á poco. Hoy, sólo escuetamente, y en racimo, anuncio la abundancia de males, mostrando algunos: no como anatómico estudio del cuerpo del ejército, sino cual psicológica ojeada de su alma, mucho más importante; pues si aquél puede curarse variando reglamentos, comprando armas, fortificando plazas, todo lo cual es relativamente fácil, sólo alentará ésta creando instituciones y costumbres, promoviendo deseos y aspiraciones; no dando leyes á la conducta, sino impulsos á la conciencia, lo que, con ser empresa más ardua y complicada, es mucho más urgente.

Entremos en materia.

Muchas cosas, civiles y militares, fracasaron en el pasado desastre; pero entre las segundas, tal vez ninguna haya descubierto deficiencias tan hondas como el generalato: de tal naturaleza, y cuantía tan alta, que la enorme fuerza negativa en ellas encerrada bastó, y *bastará de nuevo* en eventos análogos, para esterilizar aptitudes y esfuerzos de individualidades distinguidas de su seno, anulando los de otras destinadas á moverse en más modesta esfera.

Quien de milicia entienda, y no esté perturbado por vanidad ó pasión, reconocerá la importancia del achaque, por residir en la cabeza, la urgencia de atacarlo; y habrá de sorprenderle que desde el término de la infausta contienda no se hayan aplicado los ocios de la paz á poner mano en tan vital asunto.

Y no se piense anden muy escondidos los gérmenes atrofiadores de las capacidades del generalato español, no: se ven unos tan claros que los señala la opinión militar; y se descubren otros fácilmente á poco meditar sobre la forma de nutrir el Estado Mayor General de nuestro ejército y la manera de emplearlo: ó mejor dicho, de no emplearlo normalmente. El de más lamentables consecuencias es el que influye en la manera de constituir el generalato. Informa, *en teoría*, nuestro procedimiento de reclutar los que por más aptos han de regir

las tropas, el principio de *elección libre*, contra el que nada puede objetarse; pero llegando á investigar cómo se aplica varía el juicio, por modo extraordinario, al ver tal principio casi siempre anulado en absoluto: no ciertamente por error, inevitable en ocasiones, de la persona encargada de la elección; no por malicia ó compadrazgo (que también á las veces hacen de las suyas); sino en virtud de disposiciones reglamentarias, de lenidades erigidas en ley por la costumbre, de equivocado é inmoral concepto de lo que debe ser el cuerpo de generales, de absurda confusión de los derechos de la patria con los derechos de sus servidores, de injustificable preterición de las conveniencias del ejército á intereses de individualidades. Véase la prueba.

Si los años le ayudan, todo coronel que no padezca notoria y escandalosa desconceptuación puede llegar á general, y aun tales tachas no serán óbice para lucir los entorchados á quien tenga buenas aldabas. El plantel donde puede elegir el ministro los coroneles que para generales propone al Rey está formado por los aptos para el ascenso, de tal calificados por un alto cuerpo consultivo del ejército, en vista de sus hojas de servicios y antigüedad. Tal procedimiento, aparentemente muy natural y lógico, tiene el defecto, capital en la ocasión presente, de que nada depura; pues al montón enorme de aptos para el ascenso pasan cuantos no tienen en su historia lunar ó maca que califiquen desfavorablemente su conducta, ó no revelen evidente incapacidad militar: sólo se borran, pues, de la lista de presuntos generales los que debieran ser tachados del escalafón de coroneles por absolutamente ineptos ó por indignos.

Es, pues, la clasificación cedazo de anchas mallas en donde sólo de tarde en tarde, por extraña incidencia, alguno se atraviesa en términos de no poder pasar: he aquí el primer traspié, nada flojo por cierto, en la manera de efectuar la elección; pues aun dando de lado reparos de gran peso, cual los relacionados con el prestigio del generalato y con las pre-

cauciones que para constituirlo deberían tomarse, evidentemente, el ministro que á conciencia quiera elegir el mejor entre trescientos aptos correrá riesgo de enredarse en dificultades mucho mayores que á ser los elegibles veinte ó treinta.

Pero aún existe traba de superior alcance que, rectamente y por espíritu de hipócrita é inmoral equidad, va contra el principio absoluto de elección libre, tan pomposa como inútilmente establecido en la ley. Óigalo bien quien no lo sepa: ¡la **elección libre se hace por turno!**

A título de amistosa avenencia en el reparto de medros y honores entre diversas armas é institutos, se halla puntualmente establecido que de cada determinado número de vacantes de general se debe adjudicar la primera á este cuerpo, la segunda á aquella arma, la tercera á otra prefijada, y así sucesivamente: y con ello viene el generalato á ser cual cigarrillo, que, pasando de mano en mano, permíteles á todos dar su chupadita.

Tan peregrino criterio lleva consigo la consecuencia de que, cuando un ministro juzgue que Fulano es sin disputa el coronel de mayores aptitudes para el ascenso, no podrá casi nunca otorgárselo, por no tocarle el turno á los de su arma ó cuerpo: claro que en tanto dé otra vuelta la rueda podrá llegarle al candidato la edad de ser retirado en el empleo de coronel (1); y aun, de no ocurrir esto, quedará preterido á otros menos aptos y á ellos subordinado: claro que ni así puede ascender el más digno, á no ser por casual coincidencia, ni aun *en conjunto los más dignos.*

Y con ser harto grave lo indicado, trae consecuencias mucho más perniciosas; pues apoyados en la ley, y por lo tanto con apariencias de razón, nacen, crecen y perduran torcidos y egoístas criterios que, con mengua de la finalidad y prestigio

(1) Este caso se está dando constantemente, y en especialidad en algunos cuerpos, como artillería é ingenieros, que así resultan en conjunto sacrificados á esa pretendida equidad, y sentenciados en lo porvenir á no tener representación en los altos empleos del generalato.

ATENCIÓN A LA BIBLIOTECA
DE LOS PAISANOS
1907

del generalato, lo consideran cual personal disfrute y granjería que entre todos debe repartirse, olvidando su verdadero carácter de derecho del País y el Ejército á elevar los mejores, sean quienes fueren, de dondequiera vengan, á las más altas jerarquías: no sólo cual recompensa á ellos, y á los demás estímulo, sino ante todo para utilizar en bien del Estado las aptitudes sobresalientes donde mejores servicios puedan prestar.

Seguramente rayará en estupor el asombro de las personas que por ajenas al ejército desconozcan este sistema de hacer generales, que bien podría llamarse de *lotería cíclica*.

Y sin embargo, sepan que no es abusivo, sino reglamentario; no clandestina práctica, sino solemne ley, votada tras prolija discusión por Padres de la Patria, que no se acreditaron ciertamente de perspicaces ni sesudos; ley que de buena fe defiende hoy masa preponderante de opinión en el ejército, precisamente porque ella y otras de su laya han viciado el criterio de muchos; pero ley que, por atentatoria al interés supremo de la patria, es inmoral, vergonzosa y absurda.

Y no profundicemos más en este asunto, sobre el cual aún cabe decir mucho y muy triste. ¿Creen mis lectores deba perdurar tal estado de cosas? ¿Tienen por defendible el sistema? No lo creo: y si es así, patentizada queda con lo dicho la urgencia de variar de rumbo, aun cuando sólo sea para que nadie con razón diga que el Ejército es un Estado dentro del Estado; que intereses menudos pueden ser rémora del interés de España.

*
* *

Muy válida entre la gente civil corre la especie de que, salvando muy raras excepciones, son nuestros generales (y oficiales) personas indoctas; tildasen de escasez de cultura á quienes vestimos uniforme, de poco menos que analfabetos, y de pasear, engalanándolos con plumas y galones, nuestros meollos desmedrados y duros. No faltan, antes sobran, personas de quienes por su posición debiéramos esperar juicios

más mesurados, que se sorprenden de un modo extraordinario cuando tropiezan con algún militar en quien forzosamente hayan de reconocer lo que *a priori* niegan á todos, y al cual reputan, para salvar la tesis, de *rara avis*.

No voy á sostener, ni mucho menos, que los militares españoles estemos sin deficiencias, á la altura hoy necesaria para regir á maravilla los ejércitos modernos (mal podría ocurrir no habiendo ejército), no: necesitamos superior instrucción técnica, ó, más bien, orientarla mejor, más estudio, más práctica; pero con todo, ni en nuestra especialidad somos inferiores á los que otras cultivan en España, ni nos hallamos en cultura general por bajo del nivel medio aquí de ella. Buena prueba pueden dar de esto, ó mejor dicho dieron ya, los militares llamados en diversas ocasiones á desempeñar destinos civiles. Inquiérase en diversas provincias, regidas por algunos con carácter de gobernadores civiles, qué concepto adquirieron comparados con sus predecesores y los que detrás fueron; pregúntese á ministros civiles que hayan utilizado en puestos de tal índole á oficiales, y las contestaciones serán harto elocuentes. A ellas remito el fallo.

Y basta de esto, que trataré algo más á fondo al hablar de nuestra deficiente instrucción, si de ella llego á hablar algún día en esta revista, é intercalado aquí no á modo de pueril desahogo, sino por la necesidad de que resalte cómo vicios orgánicos atrofian capacidades y aptitudes, si no sobresalientes en gran número, á lo menos iguales á las que hallarse puedan en otras clases y profesiones.

N, oficial distinguido, acreditado jefe, hombre de brillante cultura, inteligente y laborioso, asciende á general: no tan joven cual fuera conveniente para evitar que en plazo próximo comience la decadencia de facultades, inevitable en las edades avanzadas para el común de los hombres, y más maduro de lo preciso para ejercer el mando con el prudente tino basado en la experiencia. Sus condiciones hacen esperar fundadamente que se distinguirá prestando servicios importantes

y será útil al país y al ejército... ¿Sí? pues veamos á los ocho ó diez años de su ingreso en el generalato cuál ha sido su obra, y, salvo contadas excepciones, hallarémola reducida á nada.

Es natural: de dichos años habrá pasado no pocos de cuartel (pues no hay destinos para todos los generales), con la precisa obligación de descansar: y es bien sabido, nada enmohece tanto á los hombres como la ociosidad; otra parte no escasa de aquel tiempo se le habrá ido desempeñando cargos propios por su índole sedentaria, mucho más administrativa que militar, para encomendados á generales de la reserva, que en nuestra tierra no hacen nada, por haber sido preciso adjudicar aquellos puestos á los de la escala activa, para que al cabo de muchos años de servicios tengan medio de cubrir, aun cuando á duras penas, sus necesidades.

Por lo común, el desempeño de tales cometidos exige poca inteligencia militar, pero bastante laboriosidad, atención y tiempo, dedicados á multitud de cosas que en nada se relacionan con los problemas y estudios verdaderamente interesantes para un general que, andando el tiempo, puede ser llamado á guiar las tropas al combate: cuestiones y problemas que poco á poco van siéndole cada día menos familiares, por tener su actividad absorbida totalmente por diaria labor extraña á tales cosas.

Apenas si durante exigua temporada, en los ocho ó diez años tomados como plazo, habrá estado N desempeñando funciones que por el nombre puedan considerarse verdaderamente militares: y digo por el nombre, porque impurezas de la realidad, ahogos de presupuesto, torpe inversión de éste, etcétera, etc., hacen que ni aun en tales cargos séale dado al más entusiasta, laborioso y capaz, mostrarse á la altura de su categoría, ni sacar enseñanzas para sí, ni darlas eficaces á quienes sirven á sus órdenes en diversos escalones jerárquicos: forzosa consecuencia de que, olvidado en nuestra patria el principio de ser para el ejército la paz escuela de la guerra, tenemoslo constituido en términos que escaseces de fuerza y

carencia de elementos hácenlo inhábil para utilizado como elemento de instrucción ó aprendizaje.

Las causas de esto, sus posibles remedios, son asuntos de sobrada entidad para tratados incidentalmente y de pasada; por ahora bástame consignar el hecho para deducir de él consecuencias relativas á su influjo decisivo y reflejo en las aptitudes militares del generalato.

Lo sabe todo el mundo: ni las compañías son tales, ni los batallones siquiera compañías, ni batallones las brigadas, y escasamente llegan á reunir fuerza de regimientos las divisiones. Tan deplorable estado de las unidades de maniobra, trae en pos de sí, como secuela del ejercicio del mando táctico, la creación de defectos en quien lo ejerce las muy contadas veces que el pícaro servicio de guarnición consiente dedicar escasos días á imperfecto remedo de lances de guerra.

Supongamos que el general N, persuadido de su elevada misión, se contenta con ejercer las funciones de general de veras en el campo los contados días que al año puede hacerlo, y pasa el resto de él atiborrándose de libros cuyas enseñanzas no le es dado contrastar en la práctica; trocando en especulativo un estudio que, para ser útil, debe tener carácter de realidad, y convirtiéndose en perfecto teórico capaz de dar solución á las más arduas cuestiones en hipótesis, pero á quien los problemas planteados por hechos, y que han de resolverse no con dictámenes pensados, sino con actos rápidos, á veces instintivos, ó inspiraciones de momento, dejarán vacilante y perplejo.

Porque no ha de olvidarse que si la teoría militar es ciencia, la guerra es arte; y de la situación del mejor crítico en pintura ó escultura, á quien sin saber manejar el color ni el barro se le ordenara hacer una estatua ó un paisaje, colíjase cuál ha de ser la de un general puesto en trances de acción con los que no se le ha familiarizado: en ese pavoroso conflicto hállanse los generales españoles en cuanto suena un tiro.

Si con inteligencia de menores vuelos que N, piensa el general H serle preciso á todo trance emplear su actividad de un

modo efectivo y constante en el mando irrisorio que se le ha confiado, el resultado es que, faltándole asuntos de importancia, se enfrasca en menudencias, y sume en nimiedades, y estrecha su criterio, y amengua su prestigio, y deprimiendo el de los jefes subordinados, invade sistemáticamente atribuciones del inferior, con lo cual todos, él incluso, van perdiendo por completo no sólo la aptitud, sino hasta la noción del cometido propio.

De estos riesgos, opuestos (de venir á parar en teorizante cuan erudito se quiera, pero incapaz al cabo de toda empresa positiva, ó de perder el tiempo bregando con minucias, bajando á prácticas ramplonas en multitud de cosas secundarias en la guerra, pero ignorante de la verdadera ciencia del general), sólo se libran los holgazanes ó incapaces, por ser ya de por sí en absoluto inútiles, y aquellos que, dotados de luces y aplicación excepcionales, no se resignan á aquello ni á esto, y dirigiendo sus esfuerzos por otros derroteros, los dedican á especialidades militares que á fondo estudian y hacen progresar, prestando positivo servicio, altamente estimable, mas contrapuesto á lo que como *generales*, y no encargados de hacer labor de análisis, sino sintética, se necesita de ellos. Otros, por último, igualmente brillantes, pero no resignados á dejar ociosas iniciativas y aptitudes mal avenidas con las lucubraciones con que los últimos alimentan las suyas, siéntense compelidos á buscar pábulo á las propias fuera de la profesión militar: y aun cuando logren distinguirse y brillar, su trabajo no es por el ejército utilizado.

Resulta, en suma, que amén de mal llamada selección, totalmente engañosa (en cuanto al declarar la aptitud para el ascenso nada desecha, como no sea aquello que de podrido esté cayéndose), aparte una elección sin libertad para escoger, ni base para elegir con garantía de acierto: trabas y errores que por iguales modos y combinada acción se oponen á que al generalato lleguen, salvo personales y raras excepciones, los mejores coroneles, viene luego á completar la obra

un servicio, ó más bien sombra de servicio, que sumiendo á los generales en forzosa inacción, hace de los medianos malos, de los buenos medianos, niega medios á los sobresalientes de mostrar y acrecer sus aptitudes, y disgusta á unos y á otros, haciéndoles perder toda ilusión, toda afición, todo estímulo noble. Con tal sistema las más brillantes personalidades se atrofian, como elementos del mando militar, aun cuando en los demás órdenes de la actividad conserven su eficiencia. Seguro estoy que si aun después de las victorias de 1870-71 se hubiera aplicado á la brillante falange de generales que á París condujeron las tropas alemanas el régimen en que aquí vegetan los nuestros, no habrían sido precisos arriba de diez años para incapacitarlos de repetir lo que en aquella guerra hicieron.

*
* *

Es punto menos que axiomático en el ejército y fuera de él, que quien llega en España á general es omnipotente é intangible, bastándole ceñir la faja roja para ser autónomo, ó poco menos, y hacer únicamente aquello que á cada uno venga en gana. Esto, que se exagera un tanto, es puro y simple reflejo del prepotente influjo del *personaje* en la sociedad donde vivimos, de la cual es hijo el general, como el cacique de pueblo, cual los primates de los partidos y los jefes de grupos y grupitos parlamentarios; ni más ni menos que la docena de potentados que en la Bolsa imponen por ley su conveniencia, ó la media de directores de periódicos que á su placer niegan ú otorgan fama y crédito á adversarios y amigos.

Pero es harto elocuente que, sin constituir tampoco excepción en esto, esa influencia ó poder de los generales con superiores ó compañeros tenga virtualidad no más en lo relacionado con asuntos personales propios, de parientes ó amigos (sin que llegue jamás tal valimiento á alcanzar ni con mucho los quilates que el de aquellas *conspicuas eminencias* ajenas al Ejército); es elocuente por demás, insisto, que aque-

lla fuerza se deshaga como bruma en el aire tan luego se pretende utilizarla en pro de intereses elevados ó de conveniencias del ejército ó la nación. Intente un general investido de mando introducir mejoras, implantar reformas, cortar vicios, y ocurrirá una de ambas cosas: ó teniendo autoridad para ello lo hará por sí, y en dicho caso todo serán pasivos si disimulados obstáculos abajo, influencias, recomendaciones de iguales, superiores, militares, paisanos; ó habiendo menester para su obra la aprobación de los de arriba, sólo hallará, aun á vuelta de almibaradas frases y encomios á su iniciativa, actividad y talento, negativa cortés, aplazamientos desdeñosos ú ofensivo silencio.

Es un Quijote inaguantable, clamará el coro de la gente menuda; un vanidoso movido por espíritu inquieto y absorbente enamorado de utopías peligrosas, dirán en sentencioso tono los corifeos que allá en la altura marcan solemnemente el compás perezoso y el monótono ritmo á que debe moverse el gobierno de la Milicia y el Estado.

Acude, á cuento de esto, á mi memoria un caso histórico, que (aun ocurrido fuera del Ejército) al pintar en un rasgo cuál es en nuestra sociedad el espíritu imperante, y extender, cual es lógico, su dañada influencia al elemento armado, viene aquí muy á punto. Eran un magnate y su yerno, quien con ser hombre de no vulgares aptitudes, verosímilmente no habría logrado nunca alzarse de la modesta esfera donde en ingrata lucha fracasan muchos *chicos de esperanzas*, á no ganar, con el amor de la hija, la protección del padre, que en breve tiempo le hizo subir de abogado sin pleitos á un alto cargo con ración suculenta en presupuesto. Pero es el caso, que el agraciado era tan cándido que tomó en serio sus funciones, comenzando á estudiar, á discurrir, á preocuparse con los deberes de su empleo, y lo que aún es peor, á molestar con propuestas y consultas al que tenía por jefe á la par que por suegro, con gran disgusto de quien muy hecho al ocioso disfrute de cargos que convertía en prebendas, vióse al cabo

ESTADO
SECRETARÍA DE LA MILICIA
N.º 1000
1907

obligado á poner coto á aquellas iniciativas perturbadoras de su plácida indolencia adormecida al amparo de la nómina: y lo hizo con estas palabras: «Te he puesto ahí para que comas; y ni comes tranquilo ni en paz me dejas, y esto es peor, comer á mí: no seas majadero, come y calla». Como este personaje hay muchos en España, que de imbécil motejan á quien no se resigna á comer y callar.

Así, cuando algún general no tocado de ese deprimente fatalismo, muy extendido por nuestra desgracia, piensa haber llegado á su alta jerarquía no sólo para disfrutar de ella á cambio del cumplimiento del diario y previsto deber, viendo en su empleo, sobre la recompensa á servicios pasados, estímulo de nuevos esfuerzos, tanto mayores cuanto se ejercen en superior esfera; cuando alguno en quien ni el peso de los años, ni la contemplación de la común conducta, ni los ejemplos de general indiferencia han atrofiado toda iniciativa, se ve en el caso de luchar con la tremenda fuerza que en toda época y en todo país tienen costumbres y rutinas, no sólo ha de vencer obstáculos que francamente se han opuesto siempre á quien persigue innovaciones, sino pelear con enemigos que no hacen cara; dominar resistencias pasivas, hostilidad encubierta, imbéciles desdenes, desconfianzas cobardes que de buena fe creen inútil todo esfuerzo; sobreponerse á insano fatalismo y depresiva resignación de soportar males calificados de incurables, luchar con gentes que, si no con palabras, le dicen con asombrado rostro: come y calla.

Así fracasan talentos estimables, y en tal combate se embotan y se mellan no pocas voluntades bien templadas; porque para vencer tan grandes resistencias, para remover esa mole de obstáculos que gravita con enorme pesadumbre, son poco distinguido talento y voluntad robusta, siendo preciso ser por la inteligencia *genio*, ó *héroe* por la voluntad, y tener juventud que ofrezca por delante tiempo para acumular esfuerzo en pos de esfuerzo: y los genios surgen de siglos en siglos, y no es la juventud cualidad frecuente en nuestros generales.

He aquí otro defecto grave en ellos. Con los años se apaga el entusiasmo; se amortigua la noble ambición indispensable para empresas de algún valor en la carrera de las armas; decaen las fuerzas físicas que ha menester quien es llamado á vida muy activa (nos referimos á los escalafones inferiores del generalato); con injurias del tiempo se añanan los más viriles ánimos, la inteligencia se obscurece y enflaquecen los bríos; y en el océano de la vida, cuando se ve ya próximo el fin de ella, nadie piensa en sembrar para un mañana muy remoto, nadie sueña en cosechas que no ha de recoger, nadie entierra semillas para que las cultiven otras manos que acaso las malogren. ¡Cuántos de los que sin fruto han pasado por los altos mandos del Ejército; cuántos que cansados y viejos llegaron á Ministros de la Guerra, habrían sido capaces de adoptar nuevos rumbos, y de labor fecunda, á llegar á esos puestos diez ó quince años antes! Con tiempo de luchar, con tiempo de vencer, con ambición despierta, con no agotada actividad, inteligencia en toda su pujanza, con alentado ánimo y poderosos bríos.

*
* *

Recae la culpa del señalado últimamente y de otros males, no sólo en la manera de nutrir y utilizar el generalato, viciosas cual se ha visto, sino en causas que arrancan de más atrás y más abajo; pues instituciones militares que pretendan incubar brillante prole de generales mirando únicamente á la escala de coroneles, como plantel de donde han de sacarlos; sin preocuparse sino de los que en ella están; sin ver cómo, cuándo y por qué llegaron; sin empujar á unos ni detener á otros, no lograrán aquel objeto: que para conseguirlo es absolutamente indispensable rebuscar cuidadosamente, desde lo alto á lo bajo de la jerarquía castrense, los gérmenes capaces de engendrar buenos generales; apartarlos de los que puedan darlos malos ó medianos; promover el desarrollo y rápido crecimiento de los primeros, y atajar frondosidades excesivas con que la suerte, el va-

limiento, la casualidad ó el brillo de cualidades más deslumbradoras que sólidas engalanan las plantas que de los otros broten, para evitar que, privadas aquéllas por la sombra de éstas de los rayos del sol, no mueran antes de la época de recoger sus frutos.

Aun cuando proclamado como norma que la carrera militar termina en coronel, es cierto tal principio en teoría en cuanto nadie, entre los que lleguen á alcanzar este empleo, puede fundar queja en no ser promovido á general; mas no en la práctica, pues que, salvando las raras excepciones ya citadas, todos los coroneles, por el hecho de serlo, pueden considerarse con derecho á que en ellos recaiga la elección. Y como á coronel se puede, es más, suele llegarse por antigüedad, sin defectos (así fuera verdad tal belleza teórica), resulta en términos escuetos, y hablando sin distingos, que al mozalbete que hoy termina en una Academia Militar estudios elementales y contraídos singularmente á la *especialidad* de un arma ó cuerpo, recibe con el empleo de primer ó segundo teniente diploma de aptitud para el generalato: que acaso no utilice si á coronel no llega, pero que una vez obtenido dicho empleo, podrá servirle para escalar los más altos puestos del Estado Mayor General. No creo necesario esforzarme ni molestar á mis lectores juzgando por menudo tal sistema: una vez conocido, juzgado queda.

Pensar que en la presente época, en que la guerra, trabada con multitud de ciencias y utilizando toda suerte de ingenios é invenciones, crece en dificultades y complejidad por modo extraordinario, se pueden sostener arcaicos medios de reclutar los encargados de dirigir los ejércitos, es absurdo; creer que en tiempos en los que el cometido de cada cuerpo y arma se hace más técnico, *especializándose* de una manera más visible, y exigiendo en los encargados de realizarlos aptitudes y esfuerzos concretamente encaminados á fines que no por altamente interesantes y necesarios dejan de ser restringidos en relación con el fin general de la guerra, no es racional; creer

en tiempos tales, que quien de mozo estudió una especialidad, y posteriormente á ella tan sólo dedicó la vida, puede, cuando ya sienta el peso de los años, pasar de un salto á dominar la *generalidad* en su conjunto, ni es lógico ni defendible. Esto, que saben las naciones cuidadosas de sus instituciones militares, lo ignoramos todavía nosotros: allá, para formar su plantilla de generales, se preocupan en buscar tiernas semillas, que incuban con esmero para obtener crías de la especie del huevo que han buscado; mientras nosotros suponemos en la escala de coroneles la virtud milagrosa de la llueca á quien se echaran gallos con espolones bien crecidos para que nos los devolviese en faisanes convertidos.

Ya he dicho que las dimensiones prudenciales de este artículo, ya casi rebasadas, no consienten explayarse en discusiones de remedios; pero aun sin buscarlos, no cabe tocar el punto á que me voy refiriendo, sin hacer una afirmación que seguramente levantará deshecha tempestad en el Ejército: es dicha afirmación la de la urgencia de levantar barreras en el camino del generalato, que no puedan saltar los que no acreditan, en época en que aún puedan estudiar con fruto, que tienen madera de generales; de la necesidad de hacer entender claro, por medio de la ley, que ni ser oficial ni ser coronel da derecho, ni aun contingente, para ser general; de la precisión de crear de hecho la carrera de los elegibles para el generalato, aunque choque la frase, dentro de la carrera militar, cual la tienen ya ejércitos más adelantados que el nuestro.

IGNOTUS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
MUSEO BRITANICO

EL "NEW RECORD OFFICE,"

Teorías y práctica.—Verdadera significación del *Master of Rolls*.—Antiguos y moderno domicilio del Archivo Nacional Inglés.—Las tres salas de consulta.—Diferencia, por la materia de su fondo, entre el Museo Británico, Sección de Manuscritos, y el *Record Office*.—El *Domesday Book*.—Documentos históricos: Tarjas: Las cámaras incombustibles: Rollos-protocolos y Rollos-pipa: Diversas clases de diplomas: La Guía del señor Scargill Bird.—El Calendario y su inmensa importancia.—Publicaciones del Calendario.—Mobiliario del Archivo.—Trabajos de catalogación.—Forma de servir los pedidos en el *Record Office*.—Manía genealógica y sus consecuencias.—Significación del Gran Archivo Inglés.—Ánimo y adelante.

En una nación como la inglesa, cuya bandera ondea en tierras principalísimas de las cinco partes del mundo conocido, cuya legislación es tan complicada y difusa, y tan grande el número de fueros especiales y de tribunales de justicia; por fuerza los archivos han de tener excepcional importancia.

Con ser así, no existe un solo libro inglés de *archivología*.

Nosotros podemos vanagloriarnos, en cambio, de haber escrito mucho, y no del todo malo, á propósito de la historia, teoría de la ordenación, custodia, catalogación y administración de nuestros archivos.

Altamira y Crevea, Rodríguez Miguel, Domingo Timoteo Palacio, Porrás Huidobro, Luis Miguel, Escudero de la Peña, Güemes y Villaume, Martínez Arrabal, Elías de Molins, Uha-gón, Vignau, Catalina García y otros varios españoles ilustres contribuyeron, con aplauso de la gente del oficio, á que pueda escribirse hoy una no mezquina bibliografía de la Archivología en España.

Alfred Demersay y Geoffroy Grandmaison, entre los franceses; Isidoro Carini, entre los italianos, y el Dr. Beer, de Aus-

tria, desde el punto de vista histórico propiamente dicho, en relación con sus respectivas nacionalidades; también han publicado tratados importantes acerca de los archivos españoles en el siglo XIX.

No embargante tan copiosas teorías, ningún establecimiento de los españoles puede compararse, por su catalogación y buen servicio en provecho del Estado, de los eruditos y del público en general; al magnífico centro de los archivos ingleses establecido en Londres, y que lleva por título *New Record Office*.

El establecimiento, propio de la nación y modelo entre todos los de Europa, depende nominalmente del «Master of the Rolls», institución creada el año de 1849. Es este funcionario el primer magistrado de la «Corte de la Cancillería», y debe su conexión con los archivos al hecho de haber sido siempre el custodio oficial de los rollos de pergamino que contenían los autos de aquel tribunal. Entendía y entiende éste principalmente en asuntos territoriales, como posesión de fincas, censos, derechos de señorío, herencias de bienes raíces, etc., etc. Viene á ser, pues, una especie de Registro de la Propiedad de toda Inglaterra. Se custodiaban los rollos en la residencia oficial del dicho magistrado, antiquísima morada con su capilla (Rolls-chapel), aún más vieja, llamada «The Rolls House», que fue demolida hace pocos años. Cuando hace más de cincuenta se reformaron, uniéndolos, todos los archivos del reino, que antes estaban dispersos en varios ministerios y tribunales, en la Torre de Londres, «State Paper Office», Westminster Abbey y otros lugares, se adoptó como núcleo de fondos en el nuevo departamento—*New Record Office*—la procedencia en que me ocupo, ó sea la importantísima colección de rollos de la «Corte de la Cancillería»; y, como era natural, nominalmente quedó como jefe de todo el archivo el magistrado que venía siéndolo del fondo principal. Se construyó entonces (1850) una magnífica casa, propia para la conservación y seguridad de los documentos, sin prescindir de la antigua *Rolls House* como oficina y despacho para el personal del departamento.

Hoy ya no existen estas antiguas construcciones. Sustituídas fueron con inmensas ventajas por el gran archivo, espléndido edificio de estilo gótico, construído á prueba de incendios en Chancery Lane, y del que es jefe efectivo, si no estoy mal informado, Sir Henry Maxvell Lyte, caballero comendador de la Orden del Baño y Conservador delegado de los Archivos.

En el palacio del *New Record Office* hay tres salas ó departamentos distintos para el examen de la gran riqueza diplomática en él acumulada.

La más concurrida, generalmente, es la destinada á las búsquedas legales. Esto se explica teniendo en cuenta que en Inglaterra no existe codificación, y la ley suele interpretarse á la letra, estableciendo jurisprudencia las innumerables sentencias dictadas en todo tiempo por los tribunales. De aquí nace la necesidad de continuas búsquedas para consulta de los viejos rollos, archivos de tribunales y fallos inmemoriales vigentes al par de los que se dictan en la actualidad.

A «La Sala Pública» concurren principalmente escritores dedicados á investigaciones históricas, genealogistas—muchos de ellos americanos, deseosos de envolver en pergaminos sus libras esterlinas,—paleógrafos y simples curiosos, ó curiosos simples, de los que no faltan en ningún país de la tierra.

La sala tercera está dedicada expresa y exclusivamente á las búsquedas oficiales por cuenta del Gobierno.

Diferénciase, por la materia de sus fondos, el *Record Office* de la colección maravillosa de manuscritos atesorada en el Museo Británico; en que aquél no está establecido principalmente para el servicio y solaz de eruditos y como rica fuente de investigación histórica, sino para servir á los tribunales de justicia de *doncella, criada (sic)*: así le llaman los ingleses. Aquéllos remiten al archivo, desde hace algunos siglos, las sentencias originales, y en él, perfectamente catalogadas, se custodian, siempre á disposición de la justicia. En esto estriba, pues, la diferencia más esencial que puede establecerse por lo que atañe al carácter distintivo de ambos centros.

En el Museo se guardan innumerables manuscritos de muy diversas procedencias, cuya autenticidad no está depurada en absoluto; mientras que en el *New Record Office* ó archivo nacional, todos y cada uno de los documentos, por no haberse emancipado nunca de la custodia oficial, ofrecen la fe indiscutible del protocolo.

El «Domesday Book» (libro del día del juicio) constituye una curiosísima compilación ordenada por Guillermo el Conquistador (1027-1087), y es nada menos que inventario descriptivo de todos los territorios de Inglaterra, con sus propietarios, justiprecio de aquéllos, demarcación, etc., etc. La obra se compone de dos volúmenes: uno en folio mayor y otro en cuarto. Como compilación, conserva, en el día, íntegro su valor legal de *documento vivo* (sic); y por lo que hace al libro, materialmente es un portento, y se mantiene casi en tan buen estado, tan nuevo, como en los remotos tiempos en que se escribió. Su fuerte pergamino y clarísima escritura apenas si dan señales del manoseo de ocho siglos; y cuenta que, durante los dos ó tres primeros que siguieron á su formación, el robustísimo volumen era objeto de diarias y repetidas consultas. Antaño se guardaba, con otros documentos de interés, en una gran arca de hierro, que aún se enseña en el archivo; hoy se guarda, aunque no con tantas precauciones, entre cristales, probablemente infrangibles, como eran los de las anaqueleras de exposición—en los Estados Unidos, por el Centenario de Cristóbal Colón—de los papeles relativos al gran almirante, enviados por la casa ducal de Alba.

Entre los documentos históricos propiamente dichos, figura en el *New Record Office* el tratado que celebraron Enrique VIII y Francisco I, á consecuencia de su famosa entrevista en el *Campo de la tela de oro*, con firmas autógrafas y sellos auténticos de ambos monarcas.

Existe también en el mismo departamento la confesión arrancada, mediante la tortura, al conspirador Guido Fawkes, exaltado católico que intentó volar el Parlamento inglés

cuando Jacobo I se declaró en favor de los protestantes.

Como curiosidad se enseñan también en el archivo algunas de las antiguas tally-sticks (tarjas) usadas en otros tiempos para comprobar los pagos hechos á la Hacienda. El sistema era tan sencillo como ingenioso. Un palo de nogal se dividía, perpendicularmente, en dos mitades, y, unidas después, se practicaban tajos ó hendiduras en sentido horizontal, de forma que el procedimiento material daba por resultado una especie de talonario. Conservando, pagador y cobrador, cada cual su cuenta particular y corriente—es decir medio palo—era facilísima de verificar con sólo unir los dos trozos.

Semejante sistema de contabilidad primitiva, propio de algunas panaderías normandas, es conocido también en España, y yo lo he visto emplear en Andalucía entre labradores y panaderos.

Las *cámaras incombustibles*, en las que se guardan muchas toneladas de manuscritos á cubierto por completo de incendios, son verdaderamente extraordinarias, por no existir, que yo sepa, otras semejantes en país alguno, y por reflejar, como la fotografía reproduce á las personas y á los paisajes, la vida entera del gran pueblo inglés. Sección hay en aquel departamento que contiene más de 18.000 rollos de pergamino, algunos tan enormes, que suman hasta mil tiras de piel unidas entre sí. Llenaban aquellos rollos la misión de los modernos copiadores comerciales. Cada Real Decreto, cada disposición ó carta oficial, antes de promulgarse, se copiaba en un rollo de pergamino, que iba alargándose por la adición de nuevos trozos de piel.

Del nombre de este sistema de protocolización se deriva inmediatamente el título que aún hoy lleva el guardián principal y *nominal*, como hemos visto, de los archivos nacionales: *Master of the Rolls*.

Los *rollos-pipa* toman el nombre un tanto chusco, no de su forma, sino de la semejanza que se les atribuyó, por su destino, con aquel utensilio del fumador. Constituye este fondo

la titulación completa de las rentas ó impuestos que, por distintos conceptos, cobraba la Corona desde el reinado de Enrique I (1100-1135).

Se supone que tales *rollos* representan la pipa ó pipas por donde ó en la que *se fumaba* el monarca montañas de oro y plata.

Existen, además, los *Chartes* (privilegios) *rolls*, los *Patent-rolls*, *Close* (cerrado) *rolls*, *Fine* (multa) *rolls*, y otras secciones cuyos nombres suelen tener origen caprichoso ó muy recóndito, relacionado con el primitivo del expediente ó legajo.

El Sr. Scargill Bird, distinguido archivero encargado del departamento de investigaciones, publicó, bajo la sanción oficial en 1895, una muy notable guía, que forma un grueso volumen en 4.º, en la que el curioso encuentra cuantos datos puede necesitar para la consulta de cualquier documento ó materia en aquel *maremágnum*. En el libro del Sr. Scargill constan, al pormenor, las clasificaciones de los múltiples fondos y procedencias del archivo, desde los tiempos del rey *Juan Sin Tierra* (1199-1216) hasta el año de 1833.

Recibe el nombre de *Calendario* un esmerado extracto de todos los documentos catalogados en el inmenso depósito, á disposición del público; extracto donde puede el curioso enterarse perfectamente de todo lo más esencial antes de recurrir á los originales para su definitiva consulta. Claro está que la titánica obra, única que conozco en su género en el mundo de la *archivología*, facilita de un modo sumamente práctico el estudio á las personas no versadas en paleografía y diplomática, para quienes los documentos originales serían ininteligibles.

Pero hay más aún, y casi más ya no cabe: el *Calendario* va imprimiéndose paulatinamente, y en él se insertan, *casi íntegros*, todos los documentos de interés. Así, por ejemplo, los fondos relativos á lo que llamamos nosotros Ministerio de la Gobernación estaban ya impresos pocos años hace, y comprendían desde 1547 hasta 1691 (65 tomos), y de 1760 á 1775 (4 tomos).

De los documentos del Ministerio de Estado (principalmente correspondencia diplomática y consultas) se imprimieron 12 tomos que abarcan los años 1547 á 1577, y puede que ya esté para terminarse la total publicación de este fondo.

Los papeles de toda clase de materias y asuntos relativos al reinado de Enrique VIII ocupaban hace poco tiempo 18 tomos del Calendario, y tal vez hayan visto ya la luz pública los tres ó cuatro que faltaban. También se imprimieron diversas series de documentos irlandeses, escoceses, coloniales, de la Tesorería del Consejo privado, de los Rollos Patentes, *Ayudas feudales*, Rollos de la Pipa, documentos relativos á la historia de Inglaterra, de los archivos de Simancas y de Viena—que comprenden 7 tomos redactados por D. Pascual Gayangos, y 5 del ilustre hispanófilo D. Martín Hume,—con más los de los archivos de Venecia y Roma.

Si el edificio del *New Record Office*, como el estuche á la joya, responde por sus proporciones, magnificencia y pormenores, estudiados con rara solicitud por los más notables archiveros ingleses; á la riqueza incalculable de sus fondos diplomáticos, no hay para qué decir lo que será el mobiliario, construído *ad hoc* y á todo coste: mesas de consulta, prácticas y comodísimas; atriles, caballetes de los que se suspenden los rollos, á fin de poder estudiarlos sin causarles el menor deterioro; cestas de construcción perfectamente calculada para el transporte fácil y seguro de los pergaminos; estanterías de hierro ligerísimas y muy ventiladas... ¿qué más?... hasta unos lápices tinta, especiales para el servicio del público, que al ofrecerle comodidad garantizan al par la conservación inmaculada de diplomas y papeles.

Los benedictinos trabajos de catalogación jamás se interrumpen en el gran archivo, caminando paralelos los de sus fondos antiguos y los de nueva entrada, pudiendo calcularse que hace ocho años iba ya despachada casi la mitad del enorme contenido en el *New Record*.

Ya se infiere, por lo que dejo dicho, que las oficinas del esta-

blecimiento están dotadas de personal suficiente en todos sentidos, dispuesto siempre á responder pronto y bien á las diarias consultas del público y de los tribunales de justicia. Cuando éstos han menester un documento antiguo para que figure como prueba en actuaciones modernas, se les sirve inmediatamente el pedido, facilitando una copia legalizada: los originales con ningún motivo salen jamás del archivo.

La manía genealógica, endémica en Inglaterra, y de la que van contagiándose los yanquis, proporciona extraordinario trabajo en el archivo nacional, necesitándose un servicio especial de empleados puesto á disposición de los rebuscadores de ejecutorias de nobleza.

Los naturales del país de Gales, sobre todos sus compatriotas, se distinguen por el afán de descender de los primeros monarcas ingleses ó normandos.

Por puro humorismo, el *New Record Office* conserva un documento cuya utilidad se limita á trazar la genealogía de cada uno de los naturales de aquella alegre región, remontándose hasta el patriarca Noé.

Tales vanidades, que molestan mucho á los empleados del archivo, proporcionan en cambio medios de subsistencia, con trabajo bien remunerado, á un gremio especial de señoritas sumamente expertas en el arte de espigar datos en los viejos diplomas.

No ofrece duda para mí que es el archivo, entre todas las otras oficinas y establecimientos humanos, el que retrata con más íntima exactitud al individuo y á las instituciones que lo crearon.

Por las escuetas noticias que acerca del colosal depósito diplomático inglés dejo apuntadas, paréceme que se abarca de un golpe, no sólo el inmenso poderío de la nación británica, si que también los más salientes caracteres étnicos de los hombres que, entre nuestros contemporáneos, más se parecen á los antiguos ciudadanos de Roma.

Y no se crea por todo ello que debemos nosotros avergon-

zarnos á la vista del cuadro esbozado y establecer odiosas comparaciones que nos lleven á cruzarnos de brazos, seguros de no poder lograr jamás, en punto á *archivonomía*, nada que á cien leguas se acerque á la casi perfección lograda por los ingleses.

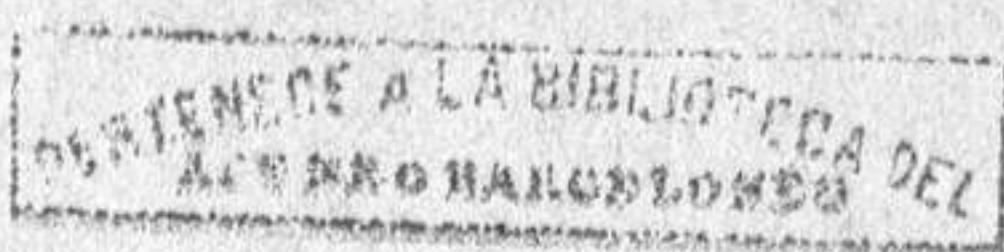
Ya dije que de antiguo contamos en aquella ciencia con hilo y agujas de primera clase: sólo falta coser y cantar. Casa tenemos nueva y lujosa: el palacio de Recoletos, cuyo destino debió y debe limitarse en absoluto á Archivo y Biblioteca Nacionales. Y no ha de sobrar habitación para cartas, papeles y libros, teniendo presente los nuevos y sucesivos incrementos, entre los que hay que contar, sin remedio, con los magníficos fondos desterrados en el Castillo de Simancas, adonde tal vez hubiesen tenido más lógico acomodo los *papeles de guerra* que acabaron de estropear el Alcázar de Segovia, víctima del incendio y luego de desdichadas restauraciones.

Las grandes y acertadas iniciativas de que viene dando tantas y tan repetidas muestras D. Vicente Vignau, académico de la Historia, del Claustro de la Facultad de Letras de la Universidad Central y jefe del Archivo Histórico Nacional; proclaman que el personal del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, respondiendo á los fines para que fué creado, es sobradamente apto para el establecimiento y conservación de un depósito diplomático modelo en su género.

Ánimo, pues; con un poco de solicitud por parte del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, y sin grandes dispendios, puede conseguirse, en poco tiempo, que los españoles, eruditos é indiferentes; los que van en tranvía y los que á pie pasean por las aceras de Recoletos, contemplan con entusiasmo ó simpatía el palacio guardajoyas de nuestra gran historia nacional, como todo inglés, desde la calle ó la imperial del ómnibus, se recrea siempre al pasar, mirando hacia la artística mole del *New Record Office*.

EL CONDE DE LAS NAVAS

29 Agosto 1903.



VALOR DE LA CONCIENCIA

Y DE LA INTERVENCIÓN REFLEXIVA

Es muy posible que los lectores encuentren poco concreto y expresivo el título anterior. Nada tendrá de extraño. Preténdese abrazar con él una serie de cuestiones que, si bien enlazadas por un vínculo interno, según se verá en el curso del trabajo, sin embargo, exteriormente aparecen como heterogéneas y disgregadas las unas de las otras. También los escritores suelen tratarlas con separación, como perfectamente ajenas entre sí. Eso hace que, al buscar un epígrafe común á todas ellas, no lo hayamos encontrado con facilidad y hayamos tenido que echar mano del que va al frente de estos renglones, muy general sin duda alguna.

¿De qué manera se verifica la evolución del Universo? ¿Obedece á una dirección consciente? ¿Cómo se desarrolla la vida? ¿Cuáles son los factores de la historia humana? ¿Qué valor debemos atribuir á la conciencia? ¿Cuánto poder á la educación? ¿Qué influjo á las leyes de un Estado y á la acción de sus autoridades?

He aquí otros tantos problemas que tenemos el propósito de tocar. Como el lector ve, no son nuevos; todos ellos han sido discutidos y lo siguen siendo. Pero las discusiones suelen referirse á cada uno de los mismos, aislado, como independiente de los demás, y yo no pretendo hacerlo así. Por el momento, no me interesa terciar en esos debates, que llamaré parciales; ya lo he hecho algunas veces. Precisamente la participación que he tomado en uno de ellos me hizo pensar, al

tratarlo (1), si las reflexiones fundamentales que respecto del mismo me ocurrían no eran aplicables á otras muchas materias, y por lo tanto, si el problema dicho no debía ser considerado como un caso particularísimo, algo así como un mero episodio de otro problema mucho más trascendental y amplio.

De este último quisiera decir ahora algunas palabras. Pero, antes de comenzar á hacerlo, me urge formular una advertencia ó declaración que ruego se tenga muy en cuenta. No va á ser este artículo un estudio de erudición ni de controversia; tampoco de afirmaciones doctrinales y dogmáticas: será más bien un trabajo que pudiera calificarse quizás de *impresionista*. Su autor huirá todo lo posible de exponer opiniones é hipótesis ajenas respecto de los puntos que irá tocando; hipótesis y opiniones que él, por otra parte, desconoce casi del todo. De las más de ellas sólo tiene referencias remotas. Habrá de limitarse, en vista de lo dicho, á dar cuenta de buen número de dudas que á él le asaltan, y de las preguntas que á menudo se hace á sí propio. Todo ello brevísimamente, no más que en esbozo, dejando para otra ocasión el desarrollarlo con más amplitud. Y con esto queda terminado el preámbulo.

Tiene el hombre la tendencia á referirlo todo á sí mismo. Cada uno de nosotros se erige en centro del Universo entero, es un antropocentrista práctico. No diré yo ahora si esta tendencia merece ser favorecida, ó contrariada y rectificada; me limito á consignarla como un hecho. Tenemos todos, aun los de menos desarrollo psíquico, ya que no la idea (como en muchos ocurre), cuando menos el sentimiento de nuestra distinción é independencia frente al mundo. Antes que éste y sobre éste me hallo yo. Mientras á mí mismo me encuentro y me percibo directamente, y, por lo tanto, puedo afirmar con perfecta certidumbre mi realidad, lo que no sea yo (incluso, muchas ve-

(1) Especialmente, en mi libro *Valor social de leyes y autoridades*, Barcelona, sucesores de Manuel Soler, editores, 1903, perteneciente á la colección de *Manuales-Soler*.

ces, lo que á mí me constituye: mi cuerpo, mis concepciones, mis representaciones, mis afectos...) no lo percibo sino á través de mí, y no me es dado certificar, por consiguiente, de que sea tal y como yo lo veo, ni aun siquiera de que exista verdaderamente, fuera de mí. Por eso este problema ha dado tanto que hacer á los pensadores. Mas, por otro lado, tampoco dejo de comprender que yo no soy el mundo, y que éste existe y funciona con independencia de mí, ó al menos con cierta independencia. Muchos semejantes míos van desapareciendo de la escena, no obstante lo cual, el mundo continúa su marcha. Igual pasará conmigo.

Esta irreducible dualidad de términos es una fuente inagotable de problemas para los hombres; para todos los hombres, pero muy singularmente para los que más ejercitan su pensamiento. Todos tienen, si no conceptos claros, hijos de madurada reflexión, desde luego el sentimiento, la intuición, el instinto, dígase como se quiera, cuándo de su dependencia y heteronomía con relación al mundo, cuándo de su autonomía y de su poder sobre éste. La religión es la principal forma, la única acaso, del sentimiento de aquella dependencia. ¿Qué soy yo? ¿Dónde estoy? ¿Á qué he venido al mundo? ¿Cómo debo obrar? ¿Desde cuándo y hasta cuándo tendré existencia? El misterio que envuelve á todas estas preguntas lleva consigo, para el que se las hace, cierta conciencia de la propia pequeñez é insignificancia, de la subordinación en que se halla con respecto á poderes extraños que no conoce, y á los que por eso mismo teme. Si no es ésta la causa única y originaria de las religiones, la verdadera raíz psicológica de las mismas, con sus actos del culto (que son otras tantas manifestaciones de sumisión y esclavitud), paréceme indiscutible que figura á la cabeza de todas las demás.

El valor de cada uno de los términos que componen la dualidad aludida es muy distinto. Del primero de ellos sabemos algo con perfecta seguridad; del segundo, nada. De puertas adentro, que podríamos decir, hay algún conocimiento en fir-

me, aunque tampoco muchos; de puertas afuera todo se vuelve hipótesis, incertidumbre, ansia de luz é imposibilidad de encontrarla. Y así caminamos enteramente á tientas. Algunos ejemplos vendrán á demostrarlo.

Compónese el Universo de multitud de seres, cuyas acciones y reacciones mutuas se combinan de innumerables modos. Obran en él fuerzas diversísimas, las cuales dan á veces resultados que tenemos por excelentes y muy provechosos, y que otras veces los producen nocivos. La realidad, que es lo mismo que por otro nombre llamamos *Naturaleza*, sigue impassible su camino, sin cuidarse, al parecer, de si con sus movimientos nos favorece á nosotros, ó nos daña. Decimos, por meras inducciones é hipótesis, puesto que no tenemos garantías de certidumbre respecto del particular, que las leyes naturales se cumplen indefectiblemente, merced al engranaje y eficiencia causal de las cosas; pero, al cumplirse, no siempre lo hacen en el sentido de los fines que perseguimos nosotros, los hombres, sino que á menudo los contrarían, dificultan ó estorban. La simetría y el orden que observamos en el sistema del mundo externo nos dejan sorprendidos y hasta anonadados, como si fueran obra de un designio inteligentísimo y eminentemente previsor; pero eso no impide que un instante después cambie la posición de nuestro espíritu, al contemplar cómo esa misma Naturaleza, tan admirada, parece complacerse en destruir—«con refinada crueldad», según se dice en ocasiones—su propia labor, su labor de años ó de siglos, arrastrando también consigo frecuentemente, en esa destrucción, las obras levantadas con lento y fatigoso trabajo por los hombres (1).

(1) Non ha natura al seme
dell' uom più stima o cura
ch' alla formica: e se più rara in quello
che nell' altra è la strage,
non avvien ciò d'altronde
fuor che l'uom sue prosapie ha men feconde.

(Leopardi, *La ginestra*.)

Ahora bien, la producción de todos estos fenómenos, ¿cómo se verifica: consciente ó inconscientemente? ¿Son ellos la resultante inevitable de una acción ciega, fatal, conforme decimos á menudo, que nadie dirige, que no lleva ningún propósito, ni se cuida de si hace bien ó mal, tras de la que no existe sujeto consciente que de ella se sirva por modo reflexivo para el cumplimiento de sus bien elaborados propósitos? O, por el contrario, ¿representan otras tantas voliciones, otros tantos actos concretos, meditadamente puestos en ejecución por uno ó varios seres conscios? Vale ello tanto como preguntar si la aparición y desarrollo de ese conjunto, al cual llamamos Universo, y la vida de los innumerables seres que en su seno se agitan, han dependido en todo tiempo y siguen dependiendo de fuerzas exclusivamente mecánicas, cuyo encadenamiento causal es externo y á la vez indefectible, siempre igual, puramente físico, no iluminado por luz de inteligencia; ó si, al revés, domina en ellos una persistente dirección teleológica, que lo dispone todo en atención á los fines y designios que la misma persigue.

Hay aquí un problema metafísico, de solución acaso imposible, como los demás de su género. Respecto de él, lo mismo que respecto de estos últimos, solamente caben conjeturas y suposiciones, más ó menos ingeniosas. Tanto puede uno inclinarse á admitir, panteístamente, con bastantes filósofos, la existencia de un gran Sér, donde la ahora irreducible oposición de espíritu y materia, de realidad psíquica y realidad física desaparezca, componiéndose en unidad: Sér que se identifique con el Universo, del cual sean partes integrantes todos los seres y elementos de este último, y á cuya conciencia no escape absolutamente nada, de suerte tal que ni siquiera haya un solo fenómeno que no represente un movimiento perfectamente conscio, voluntario, encaminado á un fin de antemano previsto; como puede también figurarse que, existiendo ese gran Sér, existe con entera independendencia del mundo, como una realidad distinta del mundo, obra suya, formado por él conforme á un plan preconcebido, y al cual rige, es verdad,

reflexivamente, hasta en sus más ínfimos pormenores, sin dejar uno, pero lo rige desde fuera, sin confundirse con él, según pasa en la otra concepción de que acabamos de hablar. Esta segunda es la concepción teísta, de un Dios personal, omnisciente y omnipotente, que crea á voluntad el mundo, imprimiéndole leyes á las que tiene que sujetarse sin remedio y cuya marcha vigila y encauza Él providentemente; concepción en la cual, por lo mismo, parece que la realidad queda dividida en dos partes: una, que monopoliza la dirección, la inteligencia, la conciencia; otra, el mundo, que se mueve por impulso extraño, que no se da cuenta de sí misma, sino á lo más en porciones mínimas y por participación y concesión de la otra; que no tiene en sí su fin ni lo conoce, y que, en suma, viene á ser como un *caput mortum* sobre el que la primera ejercita sus actividades. A la concepción teísta podemos asimilar también, bajo el respecto que ahora se estudia, aquellas otras, v. g., la del politeísmo pagano, que colocan, tras de cada fenómeno natural, una fuerza extranatural y oculta que regula directa é inteligentemente su producción.

Pero con admitir cualquiera de estas presunciones, tan admisibles—ó tan inadmisibles, según queramos—las unas como las otras, creo que no hemos adelantado nada para resolver el problema fundamental que nos ocupa; antes bien, aumentan las dudas á que el mismo da origen. Y si no, veamos, por ejemplo, lo que pasa con el teísmo. Nos fijamos en esta solución por ser la más aceptada y corriente en la sociedad que nos rodea; pero podríamos fijarnos lo mismo en cualquiera de las otras, á las cuales les son aplicables, *mutatis mutandis*, la generalidad de las consideraciones que vamos á hacer.

La hipótesis de la creación del mundo por un Sér Supremo, anterior á él y distinto de él, puede revestir dos formas. La primera es ésta: el mundo es un mero *fiat* de su autor, un producto completamente voluntario del mismo. Como lo ha creado, ha podido también no crearlo. Si lo ha creado tal y como es, pudo igualmente crearlo de otro modo. El mundo es, por lo

tanto, contingente. Las cosas no tienen una naturaleza inmutable. Si ahora son tal y como las vemos, podrían perfectísimamente ser de otro modo, con tal de que su creador lo hubiese querido ó con tal de que cualquier día le plazca variar la esencia de ellas. Los sucesos se producen como se producen, no por necesidad interna de las cosas mismas y de sus relaciones, sino por mera voluntad de su autor y director. Si á éste le pluguiese, ni dos cosas iguales á una tercera serían iguales entre sí, ni todos los radios de un círculo tendrían la misma longitud, ni el principio de contradicción sería verdadero, ni los ríos correrían hacia abajo, ni las acciones que actualmente consideramos como buenas ó malas (la moralidad objetiva que se dice) revestirían este carácter. Todo podría ser de modo distinto á como es, ó no ser de ninguna manera, con sólo que Dios lo quisiese. La presencia del mal en el mundo—sobre la cual han discutido no poco los pensadores—habría que atribuírsela al mismo Dios. Por eso aseguran algunos, á quienes parece no les falta razón, que existiendo el mal en el mundo, creado por Dios, á Éste no podemos concebirlo como infinitamente bueno y omnipotente á la vez (1).

Resuelta la cuestión de esta suerte, parece que no cabe duda alguna tocante á la intervención reflexiva en la marcha del Universo. Éste se presenta ante nuestros ojos como un mecanismo cuya disposición y funcionamiento depende en absoluto del arbitrio del que lo maneja y dirige. Sin que preceda la orden dada *ad libitum* por este último, no se mueve ni siquiera la pieza más insignificante del primero, ni siquiera la hoja de un árbol. Calcúlese, pues, la cantidad de acción consciente que el Sér Supremo tiene que emplear en todos los momentos. Nuestra inteligencia se ve obligada á enfrascarse aquí, como en tantas otras cosas, en un océano de confusiones. Tras-

(1) «O el Sér Supremo—se dice—es omnipotente, y en tal caso no puede ser infinitamente bueno, puesto que el dolor y el mal existen en el mundo; ó es infinitamente bueno, y en tal caso no puede ser omnipotente, puesto que si lo fuera habría impedido la existencia del dolor y del mal.»

ladando fuera de nosotros mismos la noción de la causalidad final que en nuestro propio hacer domina, todos cuantos fenómenos tienen lugar en el orden de las relaciones naturales los ponemos á cargo de un director y vigilante de los mismos. Pero esto, que se dice fácilmente, es difícil explicarlo y hasta concebirlo con sólo detenerse un poco. ¿Qué suma de conciencia no habría precisión de emplear, en el supuesto de que la vida de una planta, v. g., sólo de una, dependiera exclusivamente del cuidado que tuviese con ella el agricultor? Supongamos que ninguno, absolutamente ninguno de los fenómenos físicos, químicos, fisiológicos de que la vida en cuestión resulta, se verificara si no precedía una orden expresa del horticultor. ¿Cuántos de éstos sería preciso que estuvieran en vigilancia permanente? Y aun así la planta moriría, porque multitud de las condiciones indispensables para que continuase subsistiendo quedarían forzosamente descuidadas. Cuanto más ahonda la investigación humana, es decir, eso que suele denominarse «la ciencia», que es labor reflexiva y teleológica, más van comprendiendo los hombres lo insondable del campo de la realidad cognoscible y dirigible, igual aquí que en otros órdenes; más van persuadiéndose de que el dominio de lo inexplorado es infinitamente más extenso que el de lo conocido, y de que, por consecuencia, el horizonte que abarca nuestra conciencia tiene que ser reducidísimo en comparación con el de lo para nosotros inconsciente, donde ejercen su acción las causas que no dependen de nosotros. Pues bien: si esto podemos decir cuando concretamos la pregunta á una sola planta, ¿qué no sucederá si tras de ella la extendemos á todo un jardín, y luego á las plantas de toda la flora terrestre, y después á las complicadísimas funciones de todos los animales, á comenzar por los infinitamente pequeños, y más tarde á todas las acciones y reacciones físicas y químicas del mundo inorgánico, y por último á todos los seres del infinito orden estelar? ¡Cálculase, repito, si es posible, la cantidad de vigilancia, ó lo que es lo mismo, de acción inteligente y conscia, que sería preciso

para regir el Universo en el caso de que no hubiera parte alguna de él entregada á su propia suerte, sino que todas respondieran, en todos los momentos, á designios preconcebidos y fueran como la ejecución y concreción externa de otras tantas voliciones!

Se puede, sin embargo, pensar que no es precisa la intervención directa del poder director en cada momento y fenómeno. Podemos suponer que las cosas han sido creadas de una vez, con una especial naturaleza; que se les ha impreso un movimiento inicial con arreglo á leyes determinadas, que son las que llamamos leyes naturales; que estas leyes tienen eficacia en tanto que la causa creadora no cambia ó suspende su acción (milagro, alteración de un orden), por lo cual se las puede considerar como fijas, inmutables, universales; pero que la referida causa puede torcer ó modificar la acción de las mismas cuando bien le parezca... En tal caso, la intervención reflexiva del Sér Supremo en el gobierno del mundo no necesita ser permanente; se parecería más bien á la operación del químico —según advertía Renán,—operación consciente sólo en sus comienzos (1).

(1) «Nada nos prueba que exista en el mundo una conciencia central, un alma del Universo; pero nada prueba tampoco lo contrario. No notamos en el Universo ningún signo de acción libre y reflexiva. Se puede afirmar que, desde hace millares de siglos, no ha habido acción de este género. Pero millares de siglos no son nada en el infinito. Lo que llamamos largo es muy corto, relativamente á otra medida de grandor. Cuando el químico ha dispuesto una experiencia que debe durar un año, no toca á sus aparatos durante el tiempo fijado. Todo lo que pasa en el fondo de las retortas está regulado por las leyes de la inconsciencia absoluta: lo que no impide que una voluntad haya intervenido al principio de la experiencia é intervenga al fin. En el intervalo han podido introducirse en el aparato millares de microbios. Si estos microbios tuviesen inteligencia, podrían permitirse decir: Este mundo no está regido por ninguna voluntad particular. Y tendrían razón, por lo que se refiere al corto período entregado á sus observaciones; mas por lo que respecta al conjunto del gran Universo, se engañarían. Lo que llamamos el tiempo infinito es, acaso, un minuto entre dos milagros...»

Bajo otro aspecto, la concepción que ahora nos ocupa tampoco se ofrece al pensamiento como suficientemente satisfactoria. Pensar, v. g., un Dios que tanto puede hacer una cosa como otra ó no hacer ninguna, sin que por eso deje de ser lo que es ni pierda sus excelsas propiedades; un Dios que mañana puede convertir en bueno y racional lo que hoy, por voluntad suya, es todo lo contrario; un Dios indiferente é impasible por naturaleza, lo mismo ante el bien que ante el mal, ó mejor dicho, para quien ni el bien ni el mal existen sino porque él les da vida, porque él quiere... es una idea ante la cual nuestra mente no se queda tranquila. Mucho más aceptable parece aquella otra, según la cual, Dios, infinitamente bueno é infinitamente sabio, no hace ni puede querer hacer más que aquello que sea de suyo racional, y por consiguiente, obligado. Por eso, los mismos teólogos y filósofos teístas aseguran que en Dios no existe, como en los hombres, la que llaman libertad de contrariedad, esto es, la facultad de hacer ya el bien, ya el mal, sino que sólo existe la libertad de hacer el bien (verdadera necesidad); y del propio modo, la mayoría de ellos se inclina á suponer que la moralidad objetiva de los actos humanos no depende de la voluntad divina, sino que, antes bien, está por encima de ésta ó se identifica con ella, no pudiendo Dios querer nada que por sí mismo no sea bueno. Pero este punto de vista cae ya dentro de la segunda forma de la hipótesis que examinamos.

Según la cual, las cosas tienen, de siempre, su íntima inmutable esencia, su esencia metafísica, á la cual se ha atendido Dios, como no podía menos, al crear el mundo. De manera que éste produce sus fenómenos obedeciendo á propia necesidad interna, á ley de su propia constitución, formulada reflexivamente, mas no impuesta, no creada de primera planta por el Hacedor Supremo. El concepto de aquella necesidad existía ya *ab æterno* en la inteligencia infinita (ley eterna, ideas arquetipos, que dicen los escolásticos); pero la realidad que á dicho concepto daba el contenido era en cierto modo exterior á esa

inteligencia é independiente de la misma, no un producto suyo. Miradas así las cosas, la acción divina sobre el orden y la marcha del mundo, ó dicho de otro modo, el gobierno providencial de éste, no es espontáneo, sino al contrario, encadenado por las sollicitaciones de un deber previamente reconocido. Aunque la creación y la evolución de los seres obedezcan á un plan trazado en la mente de Dios, ese plan no ha podido Dios formar-lo á su arbitrio, discrecionalmente: le ha sido impuesto por la misma esencialidad real. Ahora, si esta esencialidad es inconsciente, ciega, ¿no resulta el mundo regido también en el fondo, del mismo modo, es decir, ciega é irreflexivamente? Sólo cabría contestar á esta pregunta en forma negativa, cuando se admitiese que la esencialidad de referencia era producto libérrimo de algún otro sér, de otra especie de Creador, anterior y superior á Dios mismo; con lo que, lejos de quedar resuelto el problema, no haríamos otra cosa sino diferirlo, para plantearlo nuevamente con relación al nuevo sér con que nos tropezábamos.

Dejemos para otra vez estas honduras metafísicas, que constituyen enigmas indescifrables, y vengamos á otro terreno que parece más firme por caer bajo el dominio de nuestra experiencia. De las relaciones entre el mundo y la acción de su Creador y Motor Supremo, descendamos á considerar las que existen entre el mismo mundo y la obra de los seres más inteligentes que lo pueblan.

¿Qué valor tiene la acción humana? ¿Cuál es la potencia de la misma para dar origen á órdenes de cosas, distintos de los anteriores? ¿para sustituir un orden por otro? ¿para improvisar acontecimientos é instituciones? ¿para encarrilar, torcer, provocar, acelerar, retardar el curso de los sucesos?

A dos esferas diferentes se viene refiriendo, por lo regular, el influjo de esta acción: á la de la naturaleza física y á la de la historia. Tocante á la primera, el influjo de que se trata se considera sumamente limitado. Aquí es donde de mejor gana

reconoce el hombre su impotencia y subordinación, y donde, por lo mismo, cree que predomina en proporción enorme la obra regular y continua de fuerzas irreflexivas y fatales, sobre la dirección inteligente, teleológica y previsora. Se halla convencido de que, sea cual sea el origen del mundo por antonomasia llamado «natural», y aun cuando su creación haya obedecido á designios reflexivos, una vez creado se rige por leyes constantes é invariables, que su autor le imprimió para siempre, y las cuales se cumplen sin remedio, haga el hombre lo que haga. Únicamente en casos milagrosos cabe admitir excepciones; pero al hombre, en cuanto tal y sin la asistencia divina, no le está consentido hacer milagros. La conciencia humana, cuando interviene con relación al sistema de la Naturaleza, parece no tener otro oficio que el de mero acompañante. Sepa ó no sepa el hombre cuál sea la índole y poder de las fuerzas físicas y químicas, estas fuerzas obran siempre del mismo modo. Aquél se afana constantemente por penetrar, como él dice, en los secretos de la Naturaleza; pero sorpréndalos ó no los sorprenda, la Naturaleza continúa imperturbable, y muy á menudo despiadada, su camino. Lo mismo hacen los cuerpos siderales sus evoluciones en el espacio, hoy, después que los estudios astronómicos han permitido saber algo tocante á su composición, movimientos y relaciones, que las hacían anteriormente, cuando todo esto era desconocido. Y otro tanto cabe decir de los restantes órdenes y partes del Universo «natural».

Sólo que, mientras el hombre es totalmente extraño á los seres y fenómenos de la Naturaleza por todo el tiempo que los desconoce, desde el momento en que, por efecto de la observación y el estudio, va dándose cuenta de ellos, es decir, penetrando en ellos por el intermedio de su conciencia, parece como que se identifica en cierto modo con ellos, y que se pone en aptitud de influir sobre los mismos y de dirigirlos, hasta cierto punto, como si fueran acciones propiamente suyas, partes integrantes de su propio sér. Una vez que—gracias á la

observación irreflexiva y directa, ó á aquella otra observación más detenida, complicada y difícil, que solemos denominar investigación científica—consequimos conocer las leyes naturales y, por consiguiente, su virtualidad y modo de producir sus efectos, nos colocamos en disposición de dominarlas y ponerlas á servicio nuestro, si bien sólo dentro de ciertos límites, á saber: únicamente ordenando las cosas de manera tal, que unas energías naturales contrarresten la eficacia de otras, ó por el contrario, las ayuden y cooperen con ellas al mismo fin. No podemos ir más allá. Toda nuestra ciencia no nos sirve para añadir ni para suprimir una sola de las leyes naturales que nos encontramos existentes en el mundo que nos rodea. De todas suertes, parece indiscutible que la intervención humana voluntaria, reflexivamente querida, en el campo de los fenómenos naturales es un factor no despreciable, y que la potencia del mismo está en razón directa del conocimiento que tengamos de esos fenómenos y de las leyes á que están sometidos. No es otra la razón de las fecundísimas aplicaciones que en el siglo anterior se han hecho, y se harán más aún en el presente y los venideros, de los progresos realizados por las ciencias estrictamente llamadas «naturales» y «físicas».

Una duda puede con justo motivo asaltarnos. Cuando nosotros, dentro del reducido círculo en que nos es dado intervenir en el orden de la Naturaleza, modificamos la obra espontánea de ésta, no podemos saber si lo hacemos en el sentido que lo desea la suprema inteligencia y voluntad que rige el mundo, ó en un sentido que la desagrada; no sabemos si nos estamos convirtiendo en cooperadores y auxiliares de los fines y designios del Infinito, ó en enemigos suyos. ¿Quién será capaz de decir si cuando, por ejemplo, talamos y descuajamos un monte, ayudamos la obra de la Naturaleza y nos conformamos con la voluntad divina, ó si las contrariamos? La respuesta que se dé á esta pregunta está relacionada muy directamente con la cuestión aquella, según la cual, la Naturaleza, como sujeto de fines que los hombres deben conocer, respetar y favorecer,

tiene, frente á éstos, verdaderos derechos, y en cambio los hombres tienen frente á ella deberes.

Pasemos ahora al campo de la historia, que es el de los fenómenos sociales, aquel donde se entrecruzan, obran y re-obran mutuamente las acciones individuales y sus respectivos productos. A diferencia del anterior, ó sea el de la Naturaleza, al cual suelen contraponerlo los escritores y filósofos, el territorio de la historia parece sometido completamente al poder de la voluntad humana. Es un dominio que, aun cuando creado y regulado por Dios, ha sido por Éste entregado, según se dice con frecuencia, «á las disputas de los hombres». De éstos, exclusivamente, de su dirección é intervención reflexivas, se ha venido juzgando que depende toda la vida social, con sus variadísimas y complejas manifestaciones. Aunque se suponía que este orden se halla sometido á leyes fijas é invariables, como aquellas cuya existencia se reconoce unánimemente en el orden natural ó físico, sin embargo, no se pensaba que su desenvolvimiento obedeciera tan sólo, según acontece con este último, á la acción de causas ó fuerzas naturales, que actúan indefectiblemente; sino que se admitía la interposición de un elemento especial, el acto humano, con poder suficiente para producir, á discreción suya, los resultados que le pareciese oportuno. La idea del encadenamiento causal fijo y de la consiguiente naturalidad de los fenómenos quedaba aquí pros-crita. Se reconocía la presencia del factor libre, suelto, independiente de cualquier otro, voluntarioso, poco menos que omnipotente. Al sujeto de la historia, el hombre, se le consideraba dotado de una facultad que no podían ostentar los demás seres del Universo; pues en tanto que estos últimos se hallaban de todo en todo sometidos á las leyes naturales, sin poder en ningún momento sustraerse al imperio de las mismas, aquél, en cambio, si bien sufría la presión de esas leyes, podía, en cuanto hombre, sustraerse al influjo de ellas, hacerse superior á ellas y obrar como le pluguiese, sin que sus acciones obede-

cieran á causa alguna más que á su espontánea y libérrima voluntad.

Las ciencias que se ocupan en el estudio de los hechos humanos, históricos y sociales—hechos que en realidad no pueden recibir el nombre de fenómenos, supuesto que se les mira como sustraídos á la mencionada causalidad natural,—ó lo que es lo mismo, aquellas ciencias á las cuales, por contraposición á las físicas, se designa con el calificativo de «morales», no podían, en rigor, conocer principios invariables, ni sacar conclusiones seguras, ni hacer predicciones ni cálculos fundados respecto del porvenir; pues la acción humana, que les sirve de materia de examen, no se deja disciplinar ni encerrar en moldes inflexibles, iguales para todos los casos; sino que, libre como es, sin vínculo alguno que la sujete, presenta, cada vez que se produce, una fisonomía privativa y característica. La cadena de los acontecimientos humanos y sociales, contenido de la historia, se veía, mirándola por este aspecto, rota á cada paso por la intromisión consciente y voluntaria de los individuos; y era, por consecuencia, imposible formular leyes generales á que la conducta de éstos estuviese sometida, quisieran ó no quisieran, ni tampoco prever el curso futuro de los sucesos. El mundo social era como un conglomerado de actos espontáneos, sin más lazo entre todos ellos que otro ú otros actos de la misma índole, realizados por individuos determinados, que se imponían á los demás por la fuerza (v. g., la esclavitud, las conquistas, los mandatos legales obligatorios por la fuerza, las penas...). Los historiadores no se ocupaban, por lo mismo, regularmente, sino de narrar ó describir acciones aisladas, y sobre todo las más llamativas y las ejecutadas por aquellos personajes que ocupaban puestos preeminentes, tales como las de los príncipes, caudillos, legisladores, etc. Cuando hacían otra cosa, lo hacían á costa de sus propios principios teóricos.

Poco á poco ha ido entrando la rectificación en este criterio. Los mismos historiadores, descontentos á veces de su la-

bor meramente narrativa, y no satisfechos con renunciar á explicarse las conexiones causales de algunos acontecimientos que les parecía imposible obedecieran tan sólo á voliciones, caprichos ó genialidades individuales, comenzaron á darse á la investigación de las causas de los mismos. El concepto de la *causación histórica* se ha apoderado gradualmente del cerebro de los pensadores é historiadores, y hoy la historia, juntamente con la mención narrativa y descriptiva de los sucesos, es para todo el mundo la averiguación y análisis de las causas á que es debida la producción de éstos. No hay ninguno al que no traten de buscarle las raíces en sus conexiones con otros fenómenos naturales ó sociales antecedentes y concomitantes, y al que no consideren á su vez como engendrador, á lo menos en parte, de otros posteriores. De la crónica antigua, mera reunión de hechos sin visible vínculo interno de unos con otros, se ha ido pasando, primero, á la historia, como exposición de actos humanos y de sus engranajes más inmediatos y aparentes; después, á la constitución de la llamada «filosofía de la historia», serie de tentativas encaminadas á sustraer los acontecimientos históricos á la dirección exclusiva de la conciencia individual, sometiéndolos, en cambio, á leyes fijas, independientes del arbitrio humano; y por último, á la concepción sociológica de los dichos acontecimientos, considerándolos, no ya desde un punto de vista individual, como acciones libres exentas de todo influjo causativo, fuera del de la voluntad del sujeto que las ejecuta, sino como hechos sociales colectivos, hijos de innumerables causas, la mayoría de las cuales obran inconscientemente, y á cuyo examen y discernimiento hay que dedicarse, lo mismo que se consagran los estudiosos á la averiguación y análisis de las causas de otro cualquier orden de fenómenos naturales. El cultivo moderno de las ciencias sociales depende cabalmente de eso: de haber ido persuadiéndose cada vez más los hombres de que el dominio de la historia, los hechos históricos y sociales, no puede quedar abandonado á los azares del arbitrio humano, sino

que entra dentro del círculo de la causalidad natural y de sus universales é inflexibles leyes. Sólo de esta manera parece posible hacer de la historia una ciencia, carácter que le niegan por eso cuantos pretenden seguir considerándola al modo antiguo.

Paralelamente, se viene operando en ella otro cambio. Ha dejado de ser su sujeto las personalidades culminantes, para ceder el puesto á la masa social entera, á la colectividad más ó menos anónima; y los escritores de historia, mientras conceden cada día menos atención é importancia á la obra de los «de arriba», á la acción reflexiva de los reyes, ministros y poderosos, van, por el contrario, fijándose más y más en la labor lenta y callada del pueblo, de la muchedumbre, de la sociedad, por ver en ella el factor verdadero, el verdadero determinante, no reflexivo y voluntario, sino más bien inconsciente, de los fenómenos sociales. Los mayores resultados que puede dar la acción de un hombre, aun del que supongamos más activo y potente, son escasísimos, ó mejor dicho, microscópicos é insignificantes, á los ojos de la historia. Por de pronto, sin elementos cooperadores sociales, es decir, sin lo que llamamos un ambiente social favorable: sin gentes que acojan bien y secunden las iniciativas, sin opinión pública propicia, y sin un conjunto de factores reales que hagan posible el desarrollo de tales iniciativas, el individuo más arriesgado y emprendedor se moverá en el vacío. ¿Qué sería capaz de hacer un tirano, un autócrata, si todos sus soldados, sus empleados, sus súbditos se pusieran frente á él, ó no se hubiera encontrado, al sentarse en el trono, con una máquina perfectamente montada, que él no hace sino empujar para que se mueva? Ya se lo decía á Felipe II su bufón: «¿Qué harías tú, Felipe, si tus vasallos dijeran que no, mientras que tú dijese que sí?» Imaginémonos también un genio industrial ó artístico, verbi-gracia, en un país salvaje, donde ni hubiera máquinas, ni escuelas, ni otras muchas cosas que los artistas y los industriales han menester para ejercitar y desarrollar sus actividades: ¿qué productos podría legar á la historia?

Por otra parte, y aun prescindiendo de lo que se acaba de decir, consideremos que ésta es preciso mirarla á través del tiempo y con relación á todas las épocas y pueblos. Y entonces, ¿á qué viene á quedar reducida la labor de uno ó muchos hombres, individualmente considerados? Los que vivimos al lado de ellos nos los representamos como elevadas eminencias; mas á los ojos del historiador, que debe contemplar las cosas desde un punto de mira lo más elevado posible (por lo cual se dice que la historia propiamente dicha no pueden hacerla los contemporáneos de los sucesos narrados, sino los que vengan después de ellos), esas eminencias, ó son enteramente imperceptibles, ó quedan reducidas á bien poca cosa. Pasa lo mismo que con las montañas de la tierra. Si en la historia universal significan tan poco los nombres más salientes: Sócrates, Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Alejandro, César, etc., ¿qué significación han de tener, v. g., los directores de la presente política europea, en quienes suelen fijarse todas las miradas, como si estuviera en sus manos la suerte del mundo? Viendo á conveniente distancia los acontecimientos históricos, se percata uno fácilmente de que son ellos el producto de una labor larguísima, cuyo sujeto agente es la masa social, la masa anónima, y que en esa masa ó montón anónimo venimos al cabo á caer todos, altos y bajos. Mirada desde este punto de vista, ¡cuánto se empequeñece la tan ponderada acción reflexiva individual, aun la de los más grandes hombres! La conciencia, más que otra cosa, parece aquí un simple acompañante de algunos actos. El historiador concienzudo, verdadero sociólogo que podríamos decir, va considerando cada vez más la intervención individual como enteramente episódica en el drama de la vida de la humanidad, juzgando que éste se hubiera desenvuelto, poco más ó menos, como ha sucedido, aunque no hubiesen intervenido en él los personajes A, B, C, D, X, etc. Un sabio, un artista, un rey, un legislador, un papa, pueden ser figuras de gran relieve, y hasta gigantes, si se les contempla en sí mismos, aislados del resto de los mor-

tales; pero ¿qué valor personal les queda desde el momento que se les echa encima el telescopio de la historia universal de la ciencia, del arte, de la política, de la religión, del derecho, y el de la historia universal humana, en cuyo escenario todas estas cosas se mueven al compás de las otras, y en íntimo y orgánico engranaje con ellas?

Otros elementos han ayudado y siguen ayudando en este mismo sentido á los historiadores. Los estadísticos, por de pronto, advierten que, considerados en grandes masas los hechos sociales y humanos, presentan una sorprendente regularidad, lo que prueba la persistencia de las causas que los producen, causas independientes de la libre voluntad de los individuos. La *Física social*, de Quetelet y de cuantos han seguido después sus huellas, en esto se funda; y en esto se funda así bien la posible previsión de una buena parte de la vida social, aquella previsión que caracteriza á los hombres de Estado y que no debiera abandonar nunca á los gobernantes. Los lingüistas, por su parte, han demostrado lo poco que en la formación y transformación de los idiomas interviene la labor reflexiva y consciente, y lo muchísimo, en cambio, que se debe á la acción silenciosa y poco menos que instintiva, ó instintiva del todo, del pueblo. Lo propio han puesto de manifiesto, con relación al origen y evolución del derecho, los jurisconsultos, y muy en especial los de la llamada «escuela histórica», para quienes el derecho es un producto social natural que la muchedumbre va elaborando lentamente, al compás de la vida, conforme surgen las necesidades, y sin que la masa social se percate apenas de lo que hace; es éste el derecho que se presenta bajo la forma de derecho consuetudinario. Y la sociología moderna estriba toda en la concepción de la sociedad como un sér natural (más ó menos orgánico), y su misión no se reduce á otra cosa sino á determinar la naturaleza de este sér, sus elementos y fuerzas componentes, las leyes de su actividad y funciones. Para los sociólogos, por tanto (y lo mismo cabe decir de los estadísticos, los lingüistas, los jurisconsultos, los

estudiosos del arte, de la religión, de otros fenómenos sociales, cada uno dentro de su esfera), el hombre ocupa, frente á la sociedad, una posición muy análoga á la que se ha dicho mantiene con respecto á la Naturaleza; es decir, que sólo hasta cierto punto le es dado influir en la producción y desarrollo de los acontecimientos ó fenómenos sociales, y que cuando en este orden ejerce algún poder, no lo ejerce sino apoderándose de factores reales de antemano existentes, sometiéndolos á su dominio é imprimiéndoles dirección. No puede, por consiguiente, interponerse en la vida social de otro modo que como el ingeniero se interpone en la vida de la Naturaleza, para influir en ella. En ambos dominios es escasísima la obra de la intervención reflexiva, comparada con la inmensa que le queda encomendada al hacer inconsciente. Por eso, del propio modo que no hay temor alguno de que un ingeniero, aun el más revolucionario, trastorne en un instante ó en corto tiempo, con sólo que se lo proponga, el orden de la Naturaleza, la cual se burla de semejantes propósitos, é impasible sigue su marcha, tampoco debe haberlo de que los revolucionarios políticos ó sociales, v. g., alteren cuando y como bien les plazca las bases del orden social. Ni en este último ni en aquél puede haber cambios efectivos y duraderos, sino cuando se han venido preparando con operación colectiva é incesante, como levantan montañas los infusorios. Todo lo que no sea esto, es edificar castillos de papel.

Si sucediera de otro modo, ¿qué fuerza había de tener la llamada *herencia histórica*, á la cual, sin embargo, se le reconoce por todo el mundo, aun cuando en grado diferente, un gran influjo sobre la vida de los pueblos? Nadie ha conseguido hasta ahora, ni quizás se consiga tampoco en lo porvenir, desentrañar un hecho ó producto histórico en todos sus componentes, con el objeto de aquilatar el valor exacto de cada uno de ellos, determinando cuantitativamente la eficiencia que les corresponde en el resultado total. Lo mismo puede decirse de todos los hechos humanos y sociales: económicos, políticos,

civiles, penales, científicos, religiosos, artísticos, mercantiles... Pero es imposible desconocer, cualitativamente, la intervención de determinados factores provenientes del pasado y que pesan sin remedio sobre el hacer actual de los hombres: tal sucede con las tradiciones, las costumbres, las leyes, las instituciones, la organización social y política, los prejuicios, la lengua, las ideas y demás de los antepasados, tanto más eficaces cuanto mayor arrastre histórico tengan y más raíces hayan echado en los pueblos. En realidad, el sociólogo, el psicólogo y el historiador (como por su parte el médico, el ingeniero, etc., cada cual en su respectiva esfera) se hallan aún poco menos que en ayunas respecto de la acción causativa de estos varios elementos en la determinación de los fenómenos sociales, singularmente por lo muy complicado de los referidos fenómenos y la consiguiente dificultad de ir separando los abundantísimos hilos de la maraña que forman. No obstante, en tesis general y «en principio», según suele decirse, no nos atrevemos á descartar ninguno de ellos. Vayamos repasándolos uno por uno en nuestra mente, y lo veremos claro. Sucede lo propio que cuando se habla del temperamento, la raza, el clima, y en general el factor telúrico, la educación, etc. Se admite la influencia de todos ellos sobre el obrar humano; pero ¿cuánta? Nadie es capaz de precisarlo. Lo que sí se puede asegurar es que, apartando á un lado la multitud de influjos á que nos acabamos de referir, queda bien poco campo para la intervención espontánea y consciente del individuo humano en la historia.

Pasemos á contemplar otro aspecto de nuestro problema. Digamos dos palabras acerca de la difícilísima cuestión relativa al valor de la conciencia individual, como determinante activo de nuestros actos. Según la contestación que se dé á esta pregunta, así será también la que cuadre á otras varias con ella íntimamente relacionadas, como son, v. g., la que tiende á fijar el dominio del hombre sobre sí propio y, consi-

guientemente, la apreciación moral de sus acciones; la que se refiere al poder y eficiencia que sobre éstas corresponde á los instintos, á los sentimientos, á las ideas y concepciones, á la reflexión; la que se propone averiguar la importancia de la acción educativa; y otras análogas, á cual más oscura. Justamente á causa de las tinieblas que las envuelven, las soluciones que para las mismas se preconizan no son escasas; en cambio, ninguna de ellas puede con justicia presentarse como satisfactoria. Veamos.

En cierto modo, por lo que al obrar del hombre toca, preponderan aún los dos opuestos puntos de vista que pueden verse desarrollados en las obras de los moralistas tradicionales, y que son los mismos á que hemos hecho referencia anteriormente, en cuanto á la Naturaleza y á la historia. Regularmente, se escinde el dicho obrar en dos esferas sometidas á leyes contradictorias, y á las cuales suele denominarse, según los casos, esfera de los actos «del hombre» y esfera de los actos «humanos», de lo involuntario y lo voluntario, de lo inconsciente y lo consciente, de lo determinado y lo libre, de lo espiritual y lo corporal. Nuestro cuerpo se ha venido y se viene considerando encadenado totalmente á la Naturaleza y sometido á las mismas fuerzas y leyes que todos los otros seres que de ésta forman parte; sus funciones se realizan de una manera inconsciente é irreflexiva, sin que en ellas intervenga la voluntad. Todo lo contrario se juzga comúnmente que sucede con el espíritu, libre más ó menos en absoluto de trabas naturales y corporales: su vida es vida de conciencia y reflexión, y sus operaciones, perfectamente voluntarias en su mayoría, cuando no en su totalidad. Aunque relacionado con el cuerpo, esta relación es de soberanía y dominio: el cuerpo es instrumento del espíritu, y cuando más, en ciertos casos, condición para que el espíritu obre, en modo alguno causa de los actos espirituales.

El obrar espiritual es lo que se reputa característico del hombre, en cuanto hombre; y lo que caracteriza el obrar espiritual, lo que caracteriza los «actos humanos» propiamente

te tales, es la conciencia y la libertad. Los hechos que el hombre ejecuta sin darse cuenta de que los ejecuta, ó sin tener en sus manos la dirección teleológica de los mismos, cual sucede por lo general con los corporales, no puede decirse que sean propiamente suyos. Se trata de hechos determinados por causas extrañas al hombre mismo, de las cuales es éste un juguete, un esclavo, uno de los anillos de una cadena sin fin. Para que se pueda decir que es el hombre quien verdaderamente obra, es preciso que sea dueño de sus actos; lo que vale tanto como decir que esté en él, exclusivamente, y no en otra alguna parte, la raíz originaria de los mismos. Desde el instante que pierda el sujeto esta absoluta espontaneidad y este entero dominio de sí propio, sus acciones caen en el horizonte de los fenómenos dependientes de las fuerzas de la Naturaleza, que tenemos por ciegas y fatales; y por eso mismo pierden su cualidad de actos espirituales. Espiritual y consciente son, dentro de la concepción todavía más generalizada, términos que se equivalen; según ella, el espíritu tiene conciencia de todas sus manifestaciones y actividades; no es posible imaginar un acto verdaderamente psíquico no iluminado por la conciencia.

Ahora, en esa misma concepción, fuera de pocos casos excepcionales (v. g., el del empleo de violencia física), todo acto consciente, que vale lo mismo que decir espiritual, es forzosamente libre: con una libertad entendida en el sentido de carencia de ligaduras, esto es, con una libertad que tiene en sí propia el fundamento de su existencia, que se determina á obrar espontáneamente, sin obedecer á influjo exterior de ninguna clase. Si así no fuera, la libertad espiritual sería una libertad causada, determinada por influjos extraños á ella, uno de tantos productos, resortes ó elementos del inmenso engranaje de la causalidad natural; sería, pues, en suma, una libertad no libre. Desde el instante que el acto humano, propiamente dicho, el acto espiritual, consciente, venga concebido, al igual de cualquier fenómeno fisiológico, por ejemplo, como el resultado inevitable de una labor causativa natural, supon-

gamos nerviosa, desde ese mismo momento nos vemos forzados á considerar la conciencia que en él advertimos, no ya como un factor etiológico, sino más bien como un mero acompañante, cuya única misión consiste en dar fe de lo que ante ella acontece, pero sin que lo pueda evitar, ni empujar, ni suspender. El poder de la conciencia y la reflexión, miradas por este lado, es realmente nulo. Los actos conscientes no se diferencian de los inconscientes absolutamente en nada, excepto en la intervención ó no de la conciencia; en lo demás, tienen igual naturaleza: tan productos causados son los unos como los otros.

Y ahora conviene añadir que esta manera de concebir el acto espiritual, ó digamos psíquico, no solamente tienen que adoptarla los deterministas declaradamente tales, sino que también cuadra, en realidad, á otros muchos pensadores que rechazan ó rechazarían dicho calificativo, como son todos aquellos que hablan de una libertad racional ó moral, como distinta ú opuesta al libre albedrío. Recordemos, en efecto, que el hacer conscio de Dios no suelen representárselo los teólogos y escritores de teodicea como un hacer libre con libertad semejante á la del hombre, sino como hacer libre con libertad racional. Mientras el hombre, dotado de la libertad que llaman de contrariedad, puede, á su arbitrio, hacer así lo bueno como lo malo, Dios, al contrario, por necesidad intrínseca de su propia naturaleza, sólo puede hacer el bien, no el mal; su infinita inteligencia le muestra el orden objetivamente perfecto, y él no puede menos de prestar al mismo la adhesión de su voluntad, pues en otro caso no sería Dios, infinitamente bueno. Los actos de Dios, que decimos libres, sólo son libres para el bien; en el fondo y de hecho están determinados, ya que no por causas físicas, por motivos lógicos y aun ontológicos. No de muy distinta manera conciben muchos filósofos el hacer de su Sér Supremo, de su Absoluto, su Gran Sér, su Idea Absoluta, etc. Y por lo que toca al hombre, es quizá difícil atribuirle otro género de libertad moral, que no sea el libre albedrío absoluto ó

un verdadero determinismo. Ya lo he dicho antes de ahora. La libertad moral de que ahora se habla, de no ser el mentado albedrío absoluto—esto es, una libertad exenta de toda traba, lo mismo interna que externa, una ruptura de la cadena de causas naturales,—tiene que significar: ó el llamado libre albedrío relativo, que yo tengo por indefendible por razones que ahora no puedo detenerme á exponer, ó un determinismo psíquico.

¿El hombre normal tiene dentro de sí un poderoso motor de sus propios actos? ¿Interviene él activamente en la producción de los mismos? ¿Es su voluntad el factor exclusivo á que obedecen? Sea. Concedamos por el momento que esa voluntad se halla completamente desligada de todo género de influjos corporales y cósmicos, siendo una potencia puramente espiritual. La hipótesis es demasiado inverosímil; hagámosla, sin embargo, porque nos sirve para simplificar demasiado el asunto: con ella excluimos del problema de la libertad humana toda especie de determinismo mecánico, es decir, el mayor estorbo para la resolución de ese problema en el orden científico. Metafísica y teológicamente, hay otros obstáculos muy graves; desde el punto de vista de la ciencia, creo que no hay ninguno que ofrezca tanto cuidado como el determinismo mecánico. El término contrario al de la libertad moral del individuo humano es el de la conducta ligada por trabas, el de la conducta determinada; mas el determinismo en que entonces pensamos es siempre el determinismo mecánico, es decir, el producido por fuerzas de la naturaleza física, exteriores, por tanto, á la conciencia del sujeto. ¿Pero concluye aquí todo? ¿No hay en el interior de esa misma conciencia, en la propia naturaleza psíquica del sujeto, ciertos factores que le fuerzan á conducirse de tal ó cual manera y le quitan toda facultad de elegir? ¿No es aquí aplicable el *operari sequitur esse*? La índole psíquica de cada uno de nosotros ¿no es la raíz de nuestros actos? Y esta índole, distinta según los individuos, ¿no es un dato que se nos impone, que nosotros no creamos y recreamos

¿á voluntad? Nuestra capacidad intelectual, nuestra mayor ó menor delicadeza, nuestros gustos, nuestras propensiones, nuestros sentimientos, nuestro carácter, nuestra más ó menos exquisita sensibilidad moral, nuestra simpatía por los semejantes, nuestra piedad, nuestra mansedumbre, nuestra placidez, todo nuestro sér íntimo y espiritual, en suma, ¿es acaso producto libre de nuestra consciente y deliberada voluntad? ¿No puede y debe, por el contrario, hablarse aquí de un verdadero lastre positivo de nuestra conciencia, de un fondo oscuro, pero real, de la misma, presente á todo nuestro obrar, aun sin saberlo ella? Y en tal caso, ¿no es lícito preguntarse si la voluntad del hombre, lejos de ser por completo espontánea, según es uso representárnosla, obra más bien, en todas y cada una de las ocasiones, encadenada por causas psíquicas, sometida á un determinismo psíquico?

Añádase á lo dicho que, entre los psicólogos que pasan por más competentes, es á estas horas poco menos que un lugar común lo de dar grandísima preponderancia, en cuanto determinantes de los actos voluntarios del hombre, á la parte afectiva del mismo, esto es, á los sentimientos, ó bien al sér humano entero, con todo lo que le constituye, incluso el cuerpo, sobre las ideas y la parte intelectual, única á la que se atiende casi siempre cuando se habla de la conciencia y la reflexión. Podríamos condensar el referido lugar común en estas fórmulas, que á menudo se oyen repetir entre el mismo vulgo: «no son los más sabios ni los más inteligentes los más buenos»; «con mucha frecuencia obra uno de distinto modo á aquel como él mismo conoce y dice que se debe obrar»; «las más veces no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede»; «cada uno obra de acuerdo con lo que es, á su pesar muchas veces y considerando censurable aquello que hace»; «vemos la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio»; «no es lo mismo predicar que dar trigo»; «la pasión nos ofusca»; y tantas otras parecidas.

Convendría muchísimo que quienes hablan de una libertad

moral del individuo humano, como cosa distinta de su libre albedrío, fijaran con toda claridad la naturaleza y valor de la misma, señalando precisamente la intervención y poder que le atribuyen en la conducta de aquél. No vale despachar la cuestión con palabras ó frases cuyo sentido concreto nadie determina. ¡Que el hombre no es un sér puramente físico, sometido no más á leyes físicas; sino un sér moral, sujeto á leyes morales! ¡Que su obrar no puede confundirse con el de la piedra, ni tampoco con el de los vegetales y los animales! Perfectamente; aun cuando, por lo que respecta á estos últimos, cuando están dotados de conciencia, la cosa no es tan clara como con relación á los seres que carecen de ella. Pero ¿qué hemos adelantado hasta aquí? Bien poco, á mi parecer; porque nos queda por averiguar cuál sea la índole propia del orden moral y de sus leyes, á distinción del físico y las suyas. ¿Cómo proceden los seres pertenecientes al primero? Advirtamos, por de pronto, que los hombres, seres morales, obran, en cuanto tales, por estímulos de finalidad, á que damos regularmente la denominación de «motivos». Esta es una afirmación que todos hacen. También se admite que el influjo de los motivos como determinantes del obrar consiste en la preponderancia de alguno de ellos sobre los otros, á consecuencia de la lucha que entre los mismos se ha entablado en la conciencia del agente por apoderarse de la voluntad. Ese predominio del motivo más poderoso (por cualquier causa) implica determinación interna y falta de libre elección. Durante la deliberación, la voluntad está como anulada; los varios motivos se disputan su posesión, y el resultado de la lucha es la victoria, no de cualquiera de ellos, sino del más fuerte. No se va la voluntad con el motivo que ella escoge; se la lleva el motivo que más puede. El trabajo de nuestra conciencia consiste, quizá, en presenciar estas luchas sin tomar parte directa en ellas, ó también, obedeciendo á ley de su propia naturaleza, en ir haciendo desfilan, uno tras otro, por el escenario en que ella actúa, los diferentes fines que la voluntad puede perseguir, ó sea los varios motivos que toman

REPOSICION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

parte en la contienda. Suele decirse, en estos casos, que el hombre, el cual se deja arrastrar por motivos que en la corriente «tabla de valores» se cotizan como inferiores, sensibles, brutales..., se hace *esclavo* de sus pasiones y se coloca al nivel de los brutos, dominados siempre (1) por los apetitos de la materia; por el contrario, á aquel otro que solamente obedece á la tracción de motivos superiores, generosos, racionales, altruístas, le denominamos hombre verdaderamente *libre*, libre con libertad racional, y nos complacemos en considerarlo como dueño de sus actos, como rector supremo de su conducta. Pero yo creo que podemos muy bien dudar de que entre uno y otro haya diferencia alguna en cuanto al modo de obrar, aun cuando la haya por lo que respecta á la cualidad de los móviles: si esclavizado (por las pasiones, las propensiones, los apetitos, los instintos bajos) se conduce el primero, esclavizado de igual modo (por la noción y el sentimiento del deber, por los grandes ideales que lo arrastran, por las pasiones, los apetitos, los instintos nobles) se conduce también el segundo; si este último podemos decir que ejecuta sus actos con libertad moral (racional, dado el criterio con que ahora juzgamos de la racionalidad), con libertad moral (irracional, según el mismo criterio) hay que reconocer que los ejecuta también el anterior. Comparemos dos individuos: uno que, por inclinación propia de su naturaleza, practica el bien, y que no puede menos de practicarlo, porque le repugna hasta el simple pensamiento de hacer daño á nadie; otro que, por análogas razones (aunque en contraria dirección), practica el mal. ¿Cuál de ellos obra libremente y cuál determinado? ¿ambos? ¿ninguno? ¿libres de trabas físicas solamente y sometidos á determinismo psíquico, ó también exentos de este último? ¿En qué tanto la libertad moral que de ellos se predica puede identificarse con la ausencia de toda causalidad, y hasta qué punto está en el poder de

(1) Lo cual no es exacto: los animales nos dan muchas veces ejemplo de obrar altruísta y abnegado, de verdaderos sacrificios, que podrían ser calificados de «nobles».

ambos dejar de ser lo que son y obrar de modo distinto á aquel con que obran? Aquí está, me parece á mí, el nudo central de la cuestión.

Y como es difícilísimo desatarlo, la cuestión seguirá preocupando á los hombres, sin gran éxito. Muchas tentativas se han hecho en diferentes épocas para procurar resolverla, pero hasta el presente nadie lo ha conseguido de una manera en todo y para todos satisfactoria. Las dudas siguen por eso como el primer día. Sin embargo, para determinados órdenes de la vida y para determinados efectos, el problema del influjo de la conciencia individual sobre la acción humana es necesario resolverlo, ó cuando menos darlo por resuelto en algún sentido: que es lo que hacen, tanto los partidarios del libre albedrío absoluto y los del absoluto determinismo moral, como los defensores de las muchísimas posiciones intermedias que caben y se dan entre estas dos. Sin la libertad moral del sujeto, sin la admisión en éste de un poder que conscia y libremente dirija su conducta, los hombres apenas saben dar valor alguno á sus actos, desde el punto de vista moral. Lo cual les ocurre aun á los propios deterministas, como lo demuestra el hecho de que estos mismos se sienten obligados á hablar de la imputabilidad moral y penal de los actos humanos y á buscarle á esta imputabilidad un fundamento distinto del libre albedrío. Por otra parte, con dificultad nos avenimos á no poder nada sobre nuestras acciones conscientes y á no ser los directores de las mismas, siendo así que la experiencia que de nosotros mismos tenemos nos enseña lo contrario. A los ojos de la gran mayoría de los hombres, una conciencia que no tenga otro papel sino el de iluminadora de un proceso en que ella no intervenga como causa eficiente; una conciencia que se reduzca á servir de acompañante de un momento de ese proceso, y que sea, como ciertos psicólogos dicen, un simple epifenómeno, viene á convertirse en verdadero tormento interior. Y no sabemos resignarnos á esto; no nos allanamos á no ser los dueños absolutos de nuestro hacer conscio y reflexivo.

Mas de otro lado surgen nuevas dificultades. Poco es lo que se sabe todavía, sobre todo en detalle, acerca de las relaciones entre lo físico ó corporal y lo psíquico; pero esto poco es ya lo bastante para asegurar desde luego que esas relaciones son muy íntimas y que en la producción de los hechos y fenómenos anímicos desempeña un papel de esencial importancia el concurso orgánico. La más pequeña alteración corporal—y no digamos nada de las correspondientes á los tejidos y órganos capitales: la sangre envenenada ó empobrecida; el sistema nervioso intoxicado, mal nutrido, debilitado, lesionado; el cerebro deformado ó mal desarrollado; el estómago, el hígado, el corazón, los pulmones, enfermos...; la alteración corporal de menor importancia se proyecta en seguida sobre el funcionamiento psíquico. No se olvide que el hombre no puede prescindir de su cuerpo al obrar, no pudiendo jamás hacer cosa alguna como puro espíritu. Y si el cuerpo se halla entregado á las fuerzas de la Naturaleza, ¿no es lícito sospechar, por lo menos, que el determinismo mecánico tenga su parte directa en aquel determinismo psíquico de que más atrás hablamos? Las pasiones de los hombres, sus instintos buenos ó malos, sus propensiones perversas ó piadosas, la bondad ó maldad de su carácter, su capacidad mental para penetrarse de la racionalidad de las cosas, ¿no tienen relación alguna de efecto á causa con la contextura corporal nuestra, con el estado de normalidad ó anormalidad, de salud ó enfermedad de nuestros órganos? ¿Cómo, entonces, no ha de inclinarse uno á suponer, con tantos psicólogos modernos, que la conciencia tiene sus más hondas raíces en lo inconsciente, y que no parece ser ella otra cosa sino un producto delicado, algo así como una florescencia de la callada y persistente labor inconscia? La línea divisoria entre lo consciente y lo inconsciente, lo psíquico y lo físico, el orden moral y el orden material, es sumamente indecisa y ondulante: por un lado, parece imposible superponer ambos círculos y confundirlos, como pretenden algunos; por otro lado, es también imposible separarlos y aun distinguir-

los, de tal manera que, á veces, se tomarían como términos diversos de una idéntica realidad.

Y tras del problema de las relaciones entre lo corporal y lo psíquico, queda todavía el de las relaciones del individuo humano con el ambiente que le rodea, tanto cósmico como social y del influjo de ese ambiente sobre la conducta de aquél. Tampoco puede ser, hoy por hoy, concretamente determinado (ni quizás llegue á serlo nunca) tal influjo; con todo, pocas gentes se atreverán á negarlo «en principio». Las discrepancias se establecen más bien respecto al cuánto.

Todo parece, pues, que conspira contra la absoluta independencia del individuo humano respecto de su propio hacer consciente; por todas partes aparecen limitaciones en contra de tal independencia. Y aún no concluye con lo anterior lo que se debe tener presente en cuanto al asunto. Aunque miremos la conciencia como elemento que interviene en la dirección de la conducta de cada hombre, aisladamente considerado, siempre nos tropezaremos con no pocas dificultades para atribuirle en tal sentido una parte preponderante, y menos todavía única. De la gran multitud de actos que en el hombre y por el hombre se realizan, sólo un ínfimo número llegan á su conciencia. Todos los otros se ejecutan inconsciente é involuntariamente. Las acciones y reacciones físicas y fisiológicas, que son en cantidad innumerable, pertenecen á esta clase. Y todas ellas contribuyen á elaborar y preparar el obrar consciente, que sin las mismas no podría tener lugar. ¡Cuánto no trabaja nuestro cerebro, aunque de esa actividad no se percate la conciencia, en la solución, v. g., de problemas tras de cuya solución andamos y que, á lo mejor, nos los encontramos resueltos cuando no lo esperábamos, como por ejemplo, después de dormir ó en el sueño mismo! ¡Cuántos fenómenos inexplicables, de no partir de la base aludida! ¿Por qué, verbi-gracia, cambian á menudo los jóvenes de carácter, de inclinaciones, de gustos, de inteligencia y aptitudes mentales, al entrar en la pubertad? ¿Por qué les sucede lo mismo á muchas

mujeres, luego de ser madres? Y las preguntas de este género podrían multiplicarse largamente. De otro lado, nuestra conciencia no puede estar ocupada en cada momento más que por una idea, con un problema, con una deliberación, siendo así que las resoluciones que tomamos para nuestros actos suelen (y deben) ser muy complejas, enlazándose con deliberaciones anteriores que, si en su día fueron conscientes, ahora ya han sido relegadas al fondo de los juicios hechos, de los cuales nos servimos á cada paso automática é irreflexivamente, como cuando nos dejamos arrastrar por los precedentes ya sentados, por la fuerza del hábito, etc. Al mismo resultado contribuye también el que en el obrar que denominamos consciente y voluntario, nos guiamos la mayoría de las veces, no ya por el pensamiento propio, reflexivamente elaborado, sino por opiniones y normas que recibimos de los demás, sin discernirlas, por la obra de la imitación, de la rutina, de la imposición externa.

Todo lo dicho parece que obliga á reducir bastante el campo de la espontaneidad de los actos humanos. Si éstos se hallan ligados por tantos vínculos, no es prudente excluir de ellos el concepto de la causalidad. Y si tal concepto es admisible, el del poder creador del hombre en la esfera que nos ocupa, ó dicho de otro modo, el concepto del ilimitado libre albedrío, pierde mucho terreno. Sin embargo, entre el vulgo, sobre todo, continuará teniendo gran fuerza, lo mismo que los otros congéneres de que hemos hablado anteriormente. Y se explica muy bien. Efecto del fenómeno que ya se ha hecho notar, ó sea que la conciencia solamente puede tener ante sí, en cada instante, una idea, cuando cualquier individuo ejecuta un acto, no puede ver el sinnúmero de factores que constituyen la cadena de las causas á que el mismo obedece, y al no tenerlas presentes, piensa que no existen y niega esta existencia. No es otra la razón de que infinidad de vesánicos, paranoícos, maníacos y desequilibrados de mil clases crean y digan que obran como lo hacen, sencillamente porque quieren.

Ignoran que la voluntad humana es un producto natural como cualquiera otro, y que el individuo á quien pertenece obra, sí porque quiere y como quiere (dentro de la posibilidad de sus medios, se entiende), pero no puede menos de querer aquello hacia donde se dirige. En lo cual no hay mal alguno, sino todo lo contrario, porque así es posible influir en la formación de dicha voluntad, cosa vedada de otro modo. Podemos ser colaboradores en la formación de la voluntad ajena, y á ello se encamina buena parte de la obra educativa, si es que no toda; pero también podemos ser los operarios de nuestra propia voluntad. Hagamos constantes esfuerzos en un mismo sentido; aprendamos, v. g., á reprimirnos en las pequeñas cosas, á sobreponernos á nuestros deseos insanos: poco á poco se engendrará en nosotros el hábito de dominarnos, hasta que este dominio nos cueste poco trabajo, aun en presencia de los apetitos más violentos; nuestra voluntad se habrá robustecido, tendremos lo que se llama á menudo «fuerza de voluntad». Disciplinando ésta, encadenándola, sometiéndola á leyes y causas, hemos mermado en un sentido nuestra libertad y la hemos aumentado en otro: hemos huído del hacer arbitrario, sin regla ni medida, caprichoso, que es el correspondiente al libre albedrío, y hemos venido al obrar encauzado, á la esclavitud del deber y de la razón, propia de los hombres dueños de sí mismos, con libertad moral y racional. Dejando de ser libres, nos hemos vuelto libres. Recuérdese á este propósito el valor de la gracia, según los teólogos del cristianismo, y su conciliación con la libertad humana.

Grande es, por lo regular, la confianza que ponemos en el poder de nuestra acción reflexiva y teleológica sobre los demás individuos. En eso consiste la educación, mediante la cual nos figuramos que se puede moldear el alma de los educandos conforme lo tengamos por conveniente, adaptándola á voluntad á ciertos fines. Llega en ocasiones esa confianza al punto de suponer que la fuerza de la educación es irresistible, y que

contra ella nada pueden eficazmente las demás que se le opongan, incluso la de la herencia. Hasta á la simple instrucción mental atribuimos un poder enorme, figurándonos que para hacer religiosos á los hombres basta con hacerles aprender tales ó cuáles dogmas de una religión determinada; para hacerles virtuosos, enseñarles un código de preceptos morales; para lograr que hablen y escriban bien una lengua, atiborrarles el cerebro de reglas teóricas de gramática y retórica de esa lengua; y así sucesivamente.

Este punto de vista es exagerado, sin duda alguna. Traemos todos, al venir al mundo, una multitud de elementos nativos, con los que todo educador debe contar. Es lo que se llama la índole ó natural de cada individuo, sus aptitudes y capacidad de todas clases, sus inclinaciones, propensiones, carácter y gustos. A veces es tan grande el arraigo y la potencialidad de esos factores, y tan poderosa la resistencia que oponen á dejarse modificar, que todo cuanto se haga al efecto, al menos dentro de los recursos hasta hoy conocidos, resulta perfectamente inútil. Los cretinos é imbéciles, por ejemplo, son la desesperación de los educadores, quienes, en presencia de los mismos, pueden hacer poco más que cruzarse de brazos. Y sin llegar á los grados extremos, hay, junto á ellos, otros de menor intensidad, constituídos por los retrasados física y psíquicamente, los mentalmente débiles, los defectuosos, los degenerados ó hijos de degenerados, los miserables, los abandonados, los depravados prematuramente, los «incorregibles», algunos enfermos, etc., que en la mayoría de las ocasiones se hallan, poco más poco menos, en el mismo caso que los anteriores. Los esfuerzos empleados para mejorarlos y corregirlos en los establecimientos instituídos modernamente para ese fin, establecimientos que en los pueblos adelantados van siendo de día en día más numerosos, han dado hasta el presente unos resultados que bien pueden ser calificados de pequeños, cuando no de ínfimos. Aun con respecto á los individuos tenidos por normales, es harto limitada la virtud de la educación

consciente. La capacidad mental de los mismos no puede cambiarse sino dentro de muy reducidos confines, y, con mayor razón todavía, es imposible improvisarla. Con dificultad se logrará hacer un artista de quien no traiga desde las entrañas de su madre disposiciones naturales para serlo. Menos poder aún tiene la acción educadora sobre el carácter, fondo primordial de la conducta. Cabe disfrazarlo, templarlo, suavizarlo, á lo menos superficialmente, por medio de advertencias, de consejos, de predicaciones, del ejemplo propio y, sobre todo, de hábitos buenos, engendrados aun con el auxilio de la imposición coercitiva; pero en manera alguna desarraigando un carácter existente y colocar otro mejor en lugar suyo.

Téngase en cuenta que el hombre constituye un complejísimo nudo de causas que se entrecruzan, obran y reobran de mil modos. Prescindiendo de la herencia—la principal acaso de todas, cuyo influjo, en tesis general, es innegable, aunque hasta ahora todavía mal conocido en el pormenor,—forzosamente tenemos que admitir otras muchas, cuyo conjunto forma lo que denominamos ambiente. Y el ambiente, así el físico como el social, está obrando de una manera continuada é inevitable sobre todos nosotros. En cambio, la obra de la educación, es decir, la obra reflexiva, es intermitente y unilateral y de escasa pujanza en comparación con la anterior, muchísimo más compleja y envolvente. ¿Qué pensar, pues, de la eficacia de una y otra?

A mi parecer, el educador se encuentra en una posición semejante á la del médico. El cual no puede, ó lo puede sólo en muy corta medida, cambiar la naturaleza corporal de sus enfermos y clientes. Muchas de esas naturalezas son tan pobres, decaídas ó rebeldes, que no se encuentra medio de restaurarlas ó entonarlas. Hay casos verdaderamente «desesperados», y enfermos «desahuciados». Ciertamente que son los menos. Pero aun con respecto á los demás, á los curables, la intervención médica se reduce, como ya se dijo antes de la del ingeniero, á utilizar algunos recursos naturales y ponerlos en

comunicación con otros; combinación que no siempre da los resultados que con ella se buscan. Eso está sucediendo al presente, v. g., con varios ensayos de pedagogía correccional. Y así como el médico desempeña tanto mejor su función meramente directora cuanto con mayor exactitud conozca las fuerzas naturales de que debe servirse, la eficacia relativa de cada una de ellas y la de su respectiva unión, eso mismo debe decirse de los educadores. Con lo que la acción pedagógica queda asimilada á la acción del hombre sobre la Naturaleza y á esa misma acción sobre la vida social y sobre sí propio. Todas ellas requieren mucha discreción y arte, igual que la requieren otras congéneres, como por ejemplo, la de los jueces, moralistas, directores de establecimientos penitenciarios, de alienados, etc.; por lo tanto, no pueden ser ejercidas á la ventura, según se ha hecho en lo pasado y ahora se sigue haciendo también con más frecuencia de la que convendría.

Aún tenemos que hacer una advertencia tocante al asunto que tratamos ahora. Mezcla confusa el hombre de buenos y de malos instintos, de buenos y malos gérmenes, propensiones, aptitudes, mientras los primeros quedarán en estado rudimentario, ahogados, comprimidos, y no se desarrollarán sino en tierra, con clima y ambiente muy favorables, como plantas delicadas, por grande que sea el empeño que en hacerlos brotar y fructificar pongan los cultivadores, por el contrario, los gérmenes malos germinan y crecen en cualquier sitio y rodeados de cualesquiera condiciones. Como la maleza y la cizaña, se aprovechan muy bien esos gérmenes malos de cualquier abandono ó descuido, de cualquier inclemencia del cielo, de cualquier torpeza de los hombres; para ellos no hay ambiente desfavorable, todos son excelentes; cuanto menos propicio parezca, mejor saben asimilárselo. Recuérdese si no, cómo en épocas de perturbaciones y revueltas sociales, de algaradas y revoluciones, aparece sobre la superficie toda la hez social, los más malos individuos. Además, al paso que la educación normal de un hombre, la formación regular de un carácter puede

troncharse con facilidad suma, por cualquier menudencia, siendo luego difícilísimo, cuando no imposible del todo, arreglar nuevamente el daño, la mala educación y sus efectos pueden continuarse á cualquier hora y en cualesquiera circunstancias.

De cuantos recursos emplean reflexivamente los hombres para influir sobre sus semejantes, quizá en ninguno ponen tanta confianza como en las leyes y en el gobierno, á los cuales precisamente atribuyen la virtud de aglutinantes de la vida social, imposible sin ellos. No conciben la existencia colectiva, indispensable á los hombres, sin un poder que conscientemente dirija la conducta de éstos, que se tome el trabajo de pensar por todos ellos, digámoslo así, y que les obligue por la violencia, en caso necesario, á marchar por los carriles que previamente les ha trazado. Y es tanta, por lo regular, la fuerza de esta convicción, que para el remedio de todas las necesidades sociales acudimos al gobierno pidiéndole leyes; como así bien al gobierno culpamos de los errores, vicios y defectos que se notan en la comunidad. Le juzgamos poco menos que omnipotente, y por eso renunciamos casi en absoluto, al parecer, á nuestra propia personalidad, encomendándole á él el cuidado de suplirla, de pensar y obrar por nosotros. El talismán que le confiere tal omnipotencia es la ley. La cual ha venido y viene siendo considerada por la generalidad de las personas (sin excluir, sino todo lo contrario, á los filósofos y jurisconsultos) como un mero producto del pensamiento especulativo de su autor. Toda la corriente idealista del derecho, representada por la llamada escuela del derecho natural, profesa y ha profesado tal concepto; aunque, claro está, con no pocas contradicciones y rectificaciones parciales, según ocurre en multitud de cosas. La ley, ligadura social, norma de vida para los hombres, quienes de este modo se la encuentran ya formada y se ahorran el esfuerzo de discurrir en persecución de ella, es en sí misma obra de la razón y la reflexión

de uno solo, órgano del poder supremo, apacentador del rebaño.

¡Cuán ingenua y corta de alcances esta concepción, muy extendida, sin embargo, todavía á estas horas! La meritísima labor de la escuela histórica del derecho tuvo por principal fin, que logró en buena parte, aunque no sin errores y exageraciones á su vez, poner de resalto la inanidad ó, si esto pareciera mucho, lo equivocado de la concepción dicha. Y el punto de vista de la escuela histórica ha sido luego completado en parte, y en parte robustecido, por estudios y doctrinas posteriores, v. g., por los de sociología en general, por los de arqueología jurídica y etnología, por la teoría del materialismo histórico ó determinismo social, por el evolucionismo, etc. A consecuencia de todos ellos, se ha introducido en el campo de los fenómenos sociales en general, y en el jurídico especialmente, la idea del causalismo naturalista, y por lo tanto la idea de que el derecho es un producto colectivo, de elaboración predominantemente instintiva é inconsciente. Se ha visto que el legislador y el poder público son factores sociales de importancia sumamente limitada; que el pueblo hace su vida con independencia casi completa, y en muchísimas cosas completa en absoluto, de aquéllos; que hay multitud de leyes que, sin embargo de hallarse promulgadas y escritas en la *Gaceta* y en las colecciones legislativas, no tienen vigor por no encarnar en la vida y no responder á las necesidades que la comunidad siente; que, en cambio, las costumbres nacidas en el seno del pueblo, al calor de sus necesidades, sin que nadie se percate de su origen ni sepa cuándo aparecieron, tienen un arraigo fortísimo y los individuos están tan encariñados con ellas, que, al mismo tiempo que hacen caso omiso de las prescripciones legales, son capaces de hacer una revolución y exponer su vida en defensa de sus costumbres. Por otro lado, á poco observador que uno sea, advierte en seguida que la dirección reflexiva del gobierno, aun del más burocrático y fiscalizador, sólo alcanza á una porción mínima, y quizás pudiéramos decir

infinitesimal, de la vida colectiva. El ministro de la Gobernación, v. g., aunque se vuelva todo ojos y oídos, y se halle continuamente al aparato del telégrafo recibiendo despachos de gobernadores y alcaldes del país, y comunicándose con los delegados de policía, no llegará á enterarse apenas de una millonésima parte de lo que en aquél sucede en cada momento; entre otras razones, porque tampoco la policía, los alcaldes y los gobernadores logran saberlo, según está comprobando á cada momento la experiencia.

Tenemos, de esta manera, como una doble forma de la vida jurídica colectiva: ante todo, la vida de la masa, vida consuetudinaria, inconsciente, sometida del todo ó casi del todo al juego de las fuerzas naturales y al impulso irreflexivo de los instintos; y en segundo lugar, la vida de reflexión, teleológica, que se produce por obra de las leyes y del gobierno, ó sea la vida legal y oficial. Cuanto al dominio de una y otra, no hay más remedio que reconocer grandísima desigualdad; pues mientras la vida inconsciente constituye la casi totalidad de la vida jurídica de la masa, la consciente se reduce á un episodio de escasísimo valor. La acción de las leyes y del gobierno sobre la colectividad social podemos compararla, probablemente, á la de la conciencia en el individuo; y así como la vida de éste se realiza en su mayor parte con independencia de la labor consciente y reflexiva, de tal manera que la evolución individual seguiría acaso realizándose, sin quebranto, si la conciencia llegara á suprimirse (como en otros seres acontece), así también la vida social continuaría quizás su curso, de un modo inalterable, en el caso de que el gobierno y las leyes desaparecieran. A otro punto podemos llevar también la similitud. Si en el individuo humano, lo que empieza por ser consciente acaba, en fuerza de la repetición, convirtiéndose en automático y habitual, de manera que el sujeto llega á connaturalizarse con ello y á ejecutarlo sin esfuerzo mental alguno, sin darse cuenta de que obra, en la sociedad acontece otro tanto; y así, una institución, un mecanismo social, montados por la ley ó el

gobierno, y que acaso hubo que imponerlos mediante la coacción, por haberlos recibido el pueblo en actitud hostil, vienen á la postre á formar parte de los elementos que el pueblo mismo considera como indispensables para su vida: con lo que el funcionamiento de esa institución ó de ese mecanismo se ha tornado en automático, y nadie, fuera quizá de algún estudioso, de algún observador científico ó de algún escritor de costumbres, ejercita sobre él su facultad reflexiva. Llegado este caso, la institución ó el mecanismo de referencia se han convertido ya en productos verdaderamente sociales. Acaso la característica del fenómeno social, tras de la cual andan los cultivadores de la sociología, consista en esto.

Ahora, á modo de paréntesis, una observación que es también aplicable á algo de lo que dejamos dicho en el párrafo relativo á la acción del hombre sobre la historia. Por lo mismo que ésta se va elaborando merced al doble movimiento de fuerzas conscientes y de fuerzas inconscientes, ó lo que es igual, merced al influjo, por un lado, de la acción reflexiva, que es la llamada oficial, la de las leyes y los órganos del poder público, y por otro lado al de la acción impulsiva, indeliberada, automática, de la multitud; por lo mismo que la acción de esta segunda clase es, con mucho, más eficaz é importante que la primera, supuesto que es la acción que procede realmente de las entrañas del pueblo, y se practica con todo el entusiasmo, el calor, la irresistibilidad que acompaña al obrar habitual é instintivo, como se advierte cuando nos fijamos en las costumbres tradicionales y arraigadas en el alma popular; por lo mismo, en fin, que es la obra de la masa, de la muchedumbre, la que preferentemente han de observar y recoger los historiadores, al revés de lo que ha venido sucediendo, ya que el sujeto de la historia debe serlo la colectividad, y no tan sólo uno ó pocos individuos,—resulta que, para conocer la historia de un pueblo, la de la humanidad, la de una agrupación social cualquiera, las fuentes más de fiar no parecen ser las que nos refieren el proceso de la vida oficial,

sino aquellas otras que reconocen las manifestaciones de la vida del pueblo. Los escritores de costumbres, los dramaturgos, los novelistas, los satíricos, nos retratan á menudo el estado de un país con muchísima más exactitud que los historiadores propiamente tales. Por ejemplo: si los historiadores del porvenir, cuando quieran conocer la vida verdaderamente jurídica de la España de nuestros días, ó los investigadores extranjeros (ó nacionales) que pretendan hacer una información exacta respecto de ella, se contentan con leer los códigos y leyes que pretenden reflejarla, ¡van á quedar enterados!

Es casi un tópicó, sin contradicción posible, lo de que «tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de un pueblo constituído con arreglo á derecho»; que vale tanto como decir que toda nuestra vida oficial, la que representan las leyes, se halla en completo divorcio con la real, con la que de hecho viven las gentes, y que, por lo tanto, la primera, el conjunto de instituciones que, según nuestras leyes, existen en España bastante perfectas, sólo existen en el papel: son, según las ha calificado el Sr. Costa, con asentimiento general, «decoraciones de teatro». Si los historiadores é informantes aludidos toman por seres reales, como ha sucedido y sucede con mucha frecuencia, estas decoraciones, su obra resultará bien poco exacta y digna de crédito, á no dudarlo; lo será mucho más cualquier novela de costumbres contemporáneas, ó cualquier escena de una comedia. Así se va reconstruyendo buena parte de la historia de los pueblos antiguos. Homero, Hesiodo, los trágicos y líricos griegos, v. g., ¡cuántas luces no están suministrando para rehacer la historia de aquel país, oscura en muchas cosas!

Por último, es de advertir que, como la vista mental de los legisladores y los gobernantes (igual que la de los otros hombres), ó lo que es lo mismo, su perspicacia y previsión, son muy limitadas, no alcanzando uno á representarse en su inteligencia sino los efectos más inmediatos de cualquier suceso ó acto, resulta que las leyes y las medidas adoptadas por los

gobiernos, aparte de las consecuencias que buscaban deliberadamente quienes dieron aquéllas, traen consigo una cadena interminable de resultados y complicaciones, que los órganos legislativos y directores no pudieron imaginarse. En este particular, la intervención reflexiva es también inapreciable, si se la compara con la inmensa labor de lo inconsciente.

• P. DORADO

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

ERNESTO RENAN

(A PROPÓSITO DE LA ERECCIÓN DE SU ESTATUA EN TREGUIER)

Hace pocos meses, hallándome (como me hallo todavía) en el furor de mis estudios bíblicos y de mis investigaciones exegéticas, que voy á condensar en una obra cuyas vastas proporciones abrazarán todo el Nuevo Testamento, tuve noticia por mi amigo el sabio Labanca, profesor de Historia del Cristianismo en la Universidad de Roma, de la existencia de una *Revue Renan*, que apareció en 1901, y contra la que se ha presentado en 1902 una *Revue Bossuet*, redactada por escritores católicos de criterio amplio. Confieso que me extrañó mucho que se pusiese una revista exegética independiente bajo la salvaguardia del mezquino y antipático nombre de Renan, en un país que ha dado al mundo exegetas racionalistas de la talla de Maury, Vernes, Darmesteter, Eichthal y Colani; pero recordé que el Nuevo Continente no recibió su nombre del gran Colón, sino del insignificante Américo Vespucio, y mi extrañeza se trocó en cierta benévola indignación.

En estos días toda la prensa se ha ocupado con calor del monumento que en Bretaña se ha levantado en honor del antiguo seminarista de San Sulpicio, y claro está que esto último me ha parecido más justo, aunque haya sido siempre mi opinión que los establecimientos de utilidad pública ó de beneficencia honran mejor la memoria de los grandes hombres que las estatuas de bronce ó de mármol. Pero ¿fué Renan el grande hombre que el periodismo europeo nos viene pintando? Se

trata de un pensador y un escritor, no de un espíritu de acción ni de un político, y el pensador sólo puede merecer el calificativo de grande hombre: a) cuando su individualidad intelectual ha sido poderosa, irreducible, *genial* en suma; b) cuando sus teorías han ejercido influencia duradera en la dirección científica á que corresponden. A estas dos condiciones fundamentales se reducen seguramente las demás que debe reunir el grande hombre. ¿Las reunió Renan como pensador y como escritor? Van mis lectores á juzgar en cuanto se hayan enterado de la relación del proceso.

*
* *

Nacido en 1823, y estudiante de clérigo hasta una edad muy próxima á la de la ordenación sacerdotal, no alcanzó la virilidad de la juventud sin demostrar de algún modo la verdadera dirección de sus estudios. Ya entonces revelaba su vocación y su amor á la ciencia de las lenguas en los centros de enseñanza y en las bibliotecas de París, y fue fortuna suya entrar en la carrera de la vida literaria con sus *Eclarecissements tirés des langues sémitiques sur quelques points de la prononciation grecque*, publicados en la capital de Francia en la remota fecha de 1849. He de decirlo en otra parte (1): esas *aclaraciones* fueron como el canto de cisne de la filología romántica entre los franceses, el último eco de la vigorosa inspiración de Causabon y de Cappel. El semitismo aparece en Renan muy afectado de sistemática preocupación. Habiendo observado que la lengua de las inscripciones griegas en Siria era muy mala, quiso indagar por qué lo fue también la del Cristianismo primitivo. Notó, en primer lugar, que sus frases estaban calcadas del sirio y que nunca se vieron libres de la influencia de los groseros dialectos que la conquista macedónica había aportado; que los judíos todos, hasta los más instruídos, pronuncia-

(1) Aludo á una obra todavía inédita: *Sistema de las lenguas orientales*, II, 300.

ban mal el idioma clásico (1), y que el dialecto de Palestina se había convertido en un dialecto provincial que apenas se escribía. De aquí dedujo Renan interesantes consecuencias en la explicación histórica del modo de propagación de la religión cristiana dentro y fuera de las fronteras del Imperio romano.

Este primer ensayo de especialismo lingüístico hizo concebir grandes esperanzas á los orientalistas europeos. Todavía en 1853 el sabio Amari, en sus *Questions philosophiques adressées aux savants musulmans par l'empereur Frédéric II* (2), invitaba á Renan, con motivo de la publicación de su tesis doctoral, *Averroes et l'Averroïsme, essai historique* (3), á que penetrase más en el estudio comparado de los restantes filósofos árabes, considerándole como el único orientalista competente para esta empresa. El fracaso que alcanzó muy pronto el nuevo semitizante no justificó tan optimista predilección. Me refiero con esto á la aparición de la *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*, obra apenas conocida en España y muy poco apreciada en casi todos los círculos de sabios extranjeros.

En 1855 salió en un volumen la primera parte de dicha obra: *Histoire générale des langues sémitiques*. A juzgar por el título, debía esperarse que contuviese una exposición concreta y completa de la historia de las lenguas semíticas desde los puntos de vista fonético, morfológico y semántico. Mas no es así. Renan apenas toca estos puntos de vista, sobre los que pasa como sobre ascuas, no consagrando sino pocas páginas á la parte gramatical de su tarea. La mayor parte del libro está dedicada á la comparación del genio social de las naciones semitas y los pueblos arios; y así la tal Historia resultó ser un *canard* dado á los lingüistas y un pretexto para desarrollar

(1) Léase el final de las *Antigüedades judaicas*, de Josefo.

(2) De esta obra hay un extracto en el *Journal Asiatique* (Febrero-Marzo del mismo año).

(3) Ignoro fijamente en qué año salió á luz por primera vez este estudio. Sólo conozco su segunda edición, que lleva la fecha de 1861.

esa famosa y tan discutida teoría conocida en Filosofía de la Historia con el nombre de «teoría de las razas» (1). Creyóse que los demás volúmenes llenarían una laguna tan visible; pero en vano se aguardó su publicación durante muchos años. En 1859 se presentó el autor en escena en el *Journal Asiatique* (2) defendiendo su superficial teoría de las objeciones que había levantado; y en 1863 apareció una nueva edición del tomo primero, revisada y aumentada. Por último, en 1892 bajó á la tumba sin atreverse á escribir, ó al menos publicar, el deseado segundo tomo, y dejando reducidos sus descubrimientos en el campo del semitismo á los errores fundamentales expectorados en su malograda tentativa, á saber: que lo que predomina en los semitas es el instinto religioso, más bien que la inteligencia política; que su religión careció de mitología desde el principio; que fue desde el principio monoteísta, etcétera, etc.

Con razón se han quejado á menudo los filólogos de esta preterición á que me refiero; pero yo no la extraño, toda vez que Renan *no conocía* las lenguas semíticas. Necesítase, en verdad, toda su frescura para atreverse á emprender una obra tan difícil sin saber más que el poco hebreo que estudió en el seminario, y el árabe que de prisa y corriendo aprendió en el

(1) En sus *Etudes sur l'histoire de l'humanité*, Laurent critica extensamente, en un largo estudio (*La Philosophie de l'histoire*), la teoría de Renan, inspirándose en el informe que sobre la Historia del famoso filólogo dió Franck á la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Algunos años después el docto lingüista de Oxford, profesor Max Müller, publicó un interesantísimo estudio sobre esa misma teoría (en los *Essays on the history of religions*, XV) lleno de curiosidades mitológicas y críticas, pero que tiene el inconveniente de fundarse en otra teoría personal y errónea: la del *henoteísmo*. La refutación más imparcial, más objetivamente científica, es reciente y se debe á Ihering, *Zur ältesten Geschichte der indogermanischen Volker*, II, 4, 34. De todos estos libros daré más larga noticia en el mío ya indicado, *Sistema de las lenguas orientales*, II, 267.

(2) Véase su tomo XIII, páginas 215 á 282, y 417 á 480. Compárese con el mismo Renan, *Mission de Phénicie*, I, 2, 11.

Asia Menor con un rabino (1). El caldeo y el egipcio, lenguas que todos los orientalistas dignos de este nombre, desde Maspero á Lenormant, se creyeron en el deber de profundizar, fueron siempre para Renan letra muerta.

Añadamos que los postulados de su tan famosa teoría sobre las razas aria y semítica y la diferencia de sus instituciones, lejos de revelar en él al pensador avanzado y al espíritu penetrado de las verdaderas direcciones y conquistas de la razón moderna, tienen grandes puntos de contacto con los postulados y criterio de las escuelas teológicas. Afirmar sin vacilaciones y en términos generales que «el monoteísmo resume y explica todos los caracteres de la raza semita», es aproximarse lo más posible, dentro del racionalismo, al modo fundamental de ver de los teólogos ortodoxos que hallan en el monoteísmo la religión primitiva de la humanidad, sólo conservada en su pristina pureza por el pueblo de Dios, y que degeneró en los demás pueblos en politeísmo é idolatría. Elevar á teoría un error como el de la falta de mitología de las religiones semíticas, es contribuir, sin quererlo, á la causa de la ortodoxia. La ciencia ha probado, por lo contrario, que el politeísmo precedió en todas partes al monoteísmo, y que el mito es una cristalización religiosa común á las distintas razas. Los que niegan semejantes principios, es que no han entrado de lleno con su inteligencia en el evolucionismo religioso, y pertenecen al número de los retrógrados, aunque sean los más rabiosos ateos y racionalistas.

Como ensayo de lingüística aplicada, la Historia de Renan fue, en cierto modo, el antecedente indispensable del libro de lingüística general que ha hecho más conocido en nuestros círculos el nombre del orientalista francés: su tratado *De l'origine du langage*, publicado en 1858. Si tuviéramos que definir en una sola palabra el conjunto de los errores contenidos en

(1) Mi amigo el ilustre lingüista Cejador ha conocido en Palestina el rabino que enseñó el árabe á Renan.

esa obra renaniana, sólo lo podríamos hacer diciendo que fué un *anacronismo*. Pasma tanto como indigna ver que en una época en que los escritos de Bopp circulaban por toda Europa, y en que tan grande precisión habían adquirido los estudios fonéticos, morfológicos y semánticos, se atreviese Renan á continuar, ó más bien resucitar, las fantasías filológicas de Schlegel, plagiando al simbolista alemán sus dos tesis capitales: *a)* que el origen del lenguaje estuvo en una *revelación interior* que se hizo el hombre á sí mismo; *b)* que su evolución se produjo, no por *yuxtaposición* ó adición exterior de sonidos (como el cristal que se forma aglomeradamente alrededor de un núcleo), sino por *intususcepción* ó modificación interna de sus voces (como los pétalos crecen existiendo en el botón antes de que la flor se esponga al sol y al aire) (1). La vaciedad de semejantes teorías y la ignorancia que suponen de los más elementales progresos de la ciencia es tal, que basta, á mi juicio, para borrar á Renan del catálogo de los filólogos. Parecerá dura y exagerada la aseveración, pero no la rectifico.

Casi debe tenerse por superfluo hacer objeto de una discusión científica las ideas de Renan en materia de lenguas. Al cabo, tales ideas no son otra cosa que una renovación de las de la antigua teología, hecha con cierta apariencia de criterio psicológico y de imparcialidad. Hay un método de imbuir errores teológicos, y es la admisión de «verdades reveladas»; pero hay también un método que en nada varía de ese, y que consiste en admitir «revelaciones interiores» en la explicación de los comienzos difíciles. Apelar á ellas, interpretándolas, según hace Renan, como un caso de *instinto*, es un recurso excogitado por pereza de espíritu para ahorrarse el esfuerzo que exige el penoso estudio de las razones del lenguaje. El instinto, como se ha dicho y repetido á porfía, no es más que una

(1) Acerca de esto, pueden consultarse algunos de los artículos de que consta mi trabajo *La lingüística como ciencia de observación*, publicado sucesivamente en la *Revista contemporánea* desde Enero del presente año. Véase, sobre todo, el número de Mayo.

de esas palabras que ocultan á los hombres su ignorancia. Al hacer de la cuestión del origen de la palabra una cuestión de instinto, Renan la encierra en un círculo vicioso. Redúcela á principios como aquel de que el hombre siente porque tiene sensibilidad. No explica nada, ni aclara nada, ni resuelve nada. Olvida que ninguna lengua puede surgir de instintos que no se relacionen con otras facultades más elevadas, y no advierte que su hipótesis obliga á admitir que el primer estado del hombre fue la perfección, y á recurrir, por tanto, á lo incomprendible. Esto y el misticismo tradicional son dos cosas idénticas, y á él se va por el ancho camino que abrió Renan con su modo de proceder.

*
* *

Veamos ahora lo que de Renan ha quedado en el campo de la ciencia de las religiones, que es donde ha adquirido tan inmensa celebridad. Los dos volúmenes en que se contienen los *Études d'histoire religieuse* y los *Nouvelles études* deben ser colocados entre las publicaciones renanianas de más interés para el conocimiento del movimiento racionalista en Europa. Esas obras han visto la luz, la primera en 1856 (1) y la segunda en 1884, y constituyen para nosotros una prueba clara del espíritu de superficialidad y de *dilettantismo* que animaba á Renan en todas sus cosas. Son simplemente dos escogidas colecciones de artículos de revista, escritos con ocasión de obras religiosas de carácter independiente (2), y justo es confesar que con ellas Renan ha prestado servicios importantes estudiando variedad de autores y sistemas racionalistas, discutiendo sus

(1) Hay una nueva edición de 1864.

(2) LA ESPAÑA MODERNA ha traducido los mejores de esos artículos en dos tomos titulados, respectivamente, *Estudios de la historia religiosa* y *La vida de los santos*. Si no me equivoco, en uno y otro tomo están mezclados artículos de los *Nouvelles études* y de los *Études* primitivos. El prólogo del primero de los tomos mencionados corresponde á la edición francesa de los *Nouvelles études*.

exageraciones y presentando su pensamiento menos desfigurado de lo que suele aparecer en los trabajos de controversia católica. Como todo *dilettante* y todo francés, Renan fascina y seduce por su ingeniosa vivacidad, por su elegancia, por su conocimiento del mundo y por su irresistible familiaridad. Si nunca hubiese salido de este terreno, nadie tanto como yo celebraría que el escritor bretón hubiese puesto al servicio de la crítica ligera su rica fantasía, para no tener que dirigirle más que elogios. Renan entonces hubiera suministrado á la ciencia de las religiones, no doctrinas, y sí, en cambio, excelentes historias de teologías parciales.

Mas no nos es ya posible juzgar así, al fijarnos en la empresa acometida por nuestro autor con la redacción sucesiva de los volúmenes que componen sus *Origines du Christianisme*; empresa, no vacilo en declararlo, por completo desproporcionada á sus fuerzas, y en la que han naufragado la inmensa mayoría de los teólogos franceses, que carecen, por lo común, de originalidad, y no han sabido casi nunca dar á sus pensamientos aquella construcción científica en que son maestros consumados los alemanes. Francia, en punto á exégesis bíblica, parece condenada á la hibridez criteriológica ó á repetir con Voltaire las frases y las sutilezas dichas quince siglos antes por Juliano, Porfirio y Celso, y que tienden á demostrar en todo el engaño y el fraude, la obra de la impostura y de la ignorancia; pocas veces ha llegado á la interpretación alegórica propia de la pensadora Alemania.

Pero ciñámonos á la labor de Renan. Este hombre, de quien los periodistas europeos vienen diciendo que excedió á todos sus contemporáneos en novedad de ideas, en anticipación de puntos de vista y en dominio de la *ciencia de las religiones*, fue como expositor é historiador de las mismas, la menor cantidad de hombre científico posible. Ni sus ideas tuvieron novedad alguna, ni fue un teólogo internacional y de su tiempo, ni dominó lo más mínimo la mitología y el conjunto de los sistemas religiosos. Fue, sencillamente, un publicista

teológico, una especie de Voltaire moderado (adulterado) por la civilización, que expresó con mayor elegancia la crítica religiosa superficial y los prejuicios comunes en tal materia á todos sus compatriotas. En realidad, no tuvo criterio propio, y el predominante en sus rapsodias fue excesivamente retrógrado y anticuado. ¿No es vergonzoso en la época de Lubbock, de Spencer y de la mitología naturalista en general, ver á Renan aferrado al simbolismo insostenible de Windischmann y de Creuzer? Estos fueron los maestros de Max Müller, idealista religioso en un sentido más amplio á todas luces que Renan; y sin embargo, el insigne catedrático de Oxford se defendió siempre contra las influencias primitivas de la escuela simbólica, y comprendió claramente que no era posible basar ya en ella ninguna especie de idealismo mitológico. ¡Qué imparcial, qué original y qué avanzado á un tiempo resulta Max Müller con su *henoteísmo*, cuando se le compara con Renan y con las vaguedades fantásticas y simbólicas que sus opiniones mitológicas presentan!

Resulta de aquí que sólo por un abuso de lenguaje puede llamarse á Renan mitólogo ó cultivador de la *ciencia de las religiones*. Esta ciencia supone, si no un criterio naturalista, por lo menos el espíritu del método inductivo, y, en consecuencia, la negación del postulado en que Renan fundó su teología como había fundado su lingüística, á saber: que la religión, de igual modo que la palabra, ha nacido en el hombre de una «revelación» interior, de un «instinto» del alma.

Aun se verá más claro la exactitud de lo que afirmo considerando hasta qué punto fue Renan un *historiador* de las religiones. No le negaré, en verdad, este título, porque aquí está la mejor prueba de que no fue un cultivador de la *ciencia* de las religiones ó un mitólogo. Para ser lo último hubiera debido seguir otro método que el puramente *histórico*. Éste, entendido como se le entiende generalmente, no es una crítica de instituciones, sino una pintura de sucesos. Por eso se le ha reemplazado en la teología científica moderna por el método

comparativo, que es el mismo que en lingüística lleva el nombre compuesto de *histórico-comparativo*, es decir, extendido á la comparación de todas las religiones, como de todas las lenguas. Pero Renan no alcanzó nunca en sus investigaciones un tan deseable progreso intelectual: el método histórico-comparativo le fue siempre antipático.

Notemos ahora otra consecuencia contraproducente en esta repulsión de Renan por los últimos adelantos metodológicos en teología. Es evidente que el fin que se propuso de descatalogar é imbuir en los hombres la independencia religiosa de apreciación y de juicio, se consigue muy medianamente con su procedimiento de hacer cuadros históricos de determinadas épocas cristianas. Tamaña transformación sólo tiene probabilidades de realizarse con la comparación de los mitos, dogmas y ritos en las distintas religiones, siguiendo un orden genealógico. Esto es lo que caracteriza la *ciencia* de las religiones y la distingue de la teología tradicional y de la misma teología crítica en el sentido histórico de Renan. Antes se preguntaba: ¿En qué razones se funda la verdad ó falsedad del dogma de la Encarnación? ó bien con Renan: ¿Cómo entendió el dogma de la Encarnación la primera generación cristiana? Hoy se dice, por el contrario: ¿De qué creencias anteriores al Cristianismo deriva el dogma de la Encarnación? ¿Qué transformaciones ha tenido en las religiones primitivas, en la religión de la India, de la Persia, del Egipto, etc.? Y en virtud de esto y por los paralelismos elocuentes é irrefutables que se ofrecen al espíritu del lector, llega á convencérsele de que tal dogma no ha caído del cielo, sino que es conquista lenta y penosa de los esfuerzos religiosos del género humano. He aquí lo que se echa de menos en todas las lucubraciones de Renan, á quien era del todo extraño el concepto genealógico de las religiones. Si no fuera así, no habría podido titular tan impropiamente *Origines du Christianisme* á una mera exposición de la historia cristiana de los primeros siglos, y hacer esta exposición sin intentar remontarse un poco más en la derivación

de la idea cristiana, y aun rechazando de paso, en notas, con una energía igual á su ignorancia, todas las analogías descubiertas ya en su tiempo por la *ciencia* de las religiones entre los Evangelios, el *Vendidah*, los *Vedas* y las escrituras budistas (1). Y ante semejante criterio no puede uno menos de preguntarse: ¿Cómo se califica de anticatólico y pervertidor de creyentes un hombre cuyas conclusiones en el terreno de la exégesis coinciden en los puntos esenciales con las de la teología ortodoxa? Por mi parte, puedo aquí presentarme como testigo de mayor excepción. Cuando seguía la carrera eclesiástica en uno de los seminarios de nuestra patria, me entraron deseos de conocer la *Vie de Jésus*, de la que había oído hablar á profesores y condiscípulos como de la más descarada exhibición de impiedades y de la de más peligrosa lectura, por el aparato en ella desplegado. Mi asombro fue inmenso al hacer la experiencia por mí mismo. Parecióme un libro de todo punto mediocre, flojo y superficial; una exposición desprovista de argumentos convincentes, no ya para un estudiante de teología, sino para cualquier persona medianamente ilustrada. Un clérigo de carrera larga estimará la tal obra como el ensayo menos airoso para pintar un cuadro cursi; y no es poco el trabajo que me cuesta comprender cómo ha podido Palacio Valdés, en su novela *La Fe*, presentarla como la primera causa ocasional del descreimiento de su héroe el P. Gil, clérigo de carrera larga (2). Siempre he abrigado la convicción de que

(1) Seydel demostró la semejanza entre no menos de cincuenta y dos tradiciones de las escrituras budistas y otros tantos pasajes del Nuevo Testamento. De estas coincidencias pienso hablar extensamente en mi grande obra. Compárese con Renan, *Vie de Jésus*, 114, 168, 454. Me valgo de la undécima edición de París, 1864 (Lévy, editor).

(2) Véase la página 138 de *La Fe*. Aprovecho esta ocasión para hacer observar á Palacio Valdés que, ya que se inspira en obras tan vulgares y conocidas como las de Renan y *La antigua y la nueva fe*, de Strauss, debería, por lo menos, evitar hacer tantas copias de esos autores, como la de las páginas 141 y 142 de *La Fe*, donde transcribe literalmente y sin referirse á nadie, tres largos párrafos de *La antigua y la nueva fe*, I, 3, ó la de la página 50, donde, entre otros plagios, se encuentra reproducido,

los horizontes teológicos y filosóficos de Palacio Valdés son muy limitados, á pesar de que el buen señor tiene la funesta manía de sacar á colación la teología y la filosofía en todas sus novelas.

¡Antiteológico Renan! ¡Avanzado Renan! Es preciso que no conozcan la posición de sus doctrinas entre las demás de criterio independiente, cuantos le dan calificativos semejantes. Para que no se me tache de exagerado, véase lo que el propio Renan declara en el prefacio de sus *Nouvelles études d'histoire religieuse*, que, como sabemos, publicó en sus últimos años: «Las maldiciones con que fueron acogidos mis primeros ensayos, no se comprenderían ya á la hora presente. Tesis por las que fui anatematizado al principio de mi carrera, son hoy día adoptadas por escritores que pretenden permanecer católicos».

Un ejemplo para concretar. Á los ojos de todo investigador, por contentadizo y poco exigente que sea, el libro *Hechos de los Apóstoles* debe mirarse como muy posterior á la primera y aun á la segunda generación cristiana. De todos modos, lo cierto es que no hay en los libros de los apologistas cristianos escritos antes del año de 177, señales claras de una noticia concreta relativa á la existencia de los *Hechos*. No es menos significativo el silencio de San Justino en materia tan importante, como si desconociera el único relato de historia apostólica que aspira á ser completo. Y no es que ignorara algunos de los acontecimientos que en él se narran, pues habla de Simón el Mago (1) y no invoca la autoridad de los *Hechos* contra algunas herejías que él combate con razón, por ser opuestas al espíritu del Cristianismo, como hacen los polemistas posteriores, atentos siempre á demostrar á los herejes su contradicción con aquel escrito capital, y oponiéndoselo por diferentes

sin indicación de autor, el conocido símil de Renan: «Era un caso de suicidio por ortodoxia mística, etc.», aplicado por el crítico francés en sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* á un profesor suyo de San Sulpicio.

(1) *Apología*, I, 26.

lados como la cabeza de Medusa. ¿Qué significa este proceder? ¿Es que San Justino, escribiendo en 150, podía no saber nada acerca de los *Hechos*, si antes de esa fecha se hubiesen redactado?

En presencia de tales datos, causa verdadero asombro que un exegeta como Renan (1) pueda suponer que «se estaría muy cerca de la verdad creyendo que los *Hechos* fueron escritos allá por el año 80». Harto mejor sería creer lo que Van Manen, quien con una lógica y una erudición incontrastable asigna los años 130 á 150 á los *Hechos*, sin pretender pasarse de largo. Los cálculos en que se apoya esta opinión son tan claros para todos los que conocen aquel documento, que sólo es extraño que no la hayan abrazado mayor número de autores (2). Está probado que el tercer Evangelio no ha sido escrito antes del año 125 al 130; y siendo la redacción de los *Hechos* posterior evidentemente á la del tercer Evangelio, y acaso del mismo autor, el período de 130 á 150 es el único que puede representar la fecha del último. Pero aun aquí existe una duda, puesto que acabamos de consignar el desconocimiento que en tal fecha tenía San Justino de los *Hechos*. Tal vez, pues, se ha quedado corto el propio Van Manen en sus conjeturas.

He pensado muchas veces, comprendiendo que Renan es el único exegeta independiente, conocido y adorado por nuestro público, que la medicina que se ha dado hasta ahora en España contra el *faetus judaicus*, contra la epidemia crónica de la ortodoxia bíblica, con su *Vie de Jésus*, ha debido causar más daño que provecho, por no haberse desprendido bastante nuestro autor de los falsos principios sectarios de los mismos teólogos dogmáticos cuya impugnación se propuso, y por haber dejado vagar en esa, como en todas sus obras, su fantasía novelesca, inclinándose con facilidad á lo peregrino, romántico y sentimental. Además, se muestra de continuo débil y vaci-

(1) *Les apôtres*, introducción.

(2) Como excepción, véase á Mead, *The Gospels and the Gospel*, II, 2.

lante; antes de arriesgarse á un *sí* ó á un *no* de orden general, da en falso con una regularidad escrupulosa. En este punto estoy conforme con Nietzsche (1) cuando escribe: «¿De qué sirve todo libre pensamiento, toda modernidad, toda burla, toda flexibilidad de espinazo, cuando en el fondo se permanece cristiano, católico y hasta clérigo? Renan posee, como todo jesuita y todo confesor, una facultad poderosa de seducción; no carece su espiritualidad de esa sonrisa bonachona de la clerigalla. Como todos los sacerdotes, no llega á ser peligroso sino cuando se le ama. Nadie le ha igualado en su modo de adorar, un modo que pone la vida en peligro... Este espíritu de Renan, un espíritu que enerva, es una desgracia más para esa pobre Francia, enferma, enferma en su voluntad».

Tenemos una nueva prueba de lo reaccionario del criterio de Renan recordando tan sólo que su *Vie de Jésus* fue posterior en bastantes años á la primera *Leben Jesu*, de Strauss (2). Esta última obra nos presenta un vasto sistema, un sistema completo, y en ella queda destruído, no sólo el sobrenaturalismo tradicional, sino también por anticipado el racionalismo tímido é inconsecuente de Renan. En su examen de la vida, real ó supuesta, de aquel á quien los Evangelios dieron el nombre de Jesús y de Cristo, Strauss ha podido hacer millares de observaciones por demás delicadas y tan exactas, que la más severa crítica no podrá desvirtuarlas. Strauss es el hombre á quien más agradecida debe estar la teología independiente. Su plan fue inmenso y luminoso, y él puso el imperecedero fundamento de la exégesis evangélica, el *criticismo miticista*, á cuya sombra empiezan á congregarse numerosos partidarios.

Aparte del mérito personal de Strauss, el solo hecho de ser su obra una recopilación de los progresos de la exégesis y de

(1) *El crepúsculo de los ídolos*, 82.

(2) La segunda vida de Strauss (*Das leben Jesu für das deutsche volk bearbeitet*) apareció casi al mismo tiempo que la de Renan, á la que es superior por todos conceptos, aun habiendo sido escrita para el pueblo y no para los teólogos, como la primitiva.

las opiniones de los teólogos avanzados que florecieron hasta su tiempo, bastaba para que cuanto se hiciese después de él se hiciese sobre la base de los resultados á que llegó. Mas ¡ay!, quien se penetrara de ello tenía que hallar la perspectiva y el camino, poco halagüeña la una, muy trillado el otro. En el vasto campo de la exégesis evangélica, donde Strauss puso la planta de su crítica, no volvió á crecer la hierba. ¡Y Renan tuvo la pretensión de hacer brotar flores!

Los Evangelios constituyen en conjunto una serie de mitos. La *Introducción* de la obra de Strauss, que ocupa ella sola más de la mitad del primer volumen, está dedicada exclusivamente á establecer esa demostración. Como eran muy graves las consecuencias que se sacaban de semejante principio, Renan retrocedió asustado. ¿Y qué es lo que opone á Strauss? ¿Argumentos ó razones contrarias? Nada de eso. Incongruencias y afirmaciones, y éstas de las menos justificadas y más dogmáticas posible. Al penetrarse de su oposición sistemática á Strauss, parecía natural esperar una solución en contra; pero he aquí que el autor se desentiende de lo que al parecer tanto le interesaba, con esta frase vacía de sentido: *Sa théorie* (la de Strauss) *ait, selon moi, le tort de se tenir beaucoup trop sur le terrain théologique et trop peu sur le terrain historique*. Así se lee en la introducción á la obra de Renan.

En mi sentir, una de las principales causas por la que éste se mostró desde un principio refractario á aplicar en su *Vie de Jésus* un criterio mítico á la interpretación de los Evangelios, fue, por lo mismo que no lo indicó abiertamente, su prejuicio sobre la literatura judía en general, de la que suponía derivados absolutamente esos documentos, y especialmente el falso principio por él establecido en una obra anterior (1) y según el que «la terminología religiosa de los semitas es sencilla, sin ningún elemento mitológico». Ahora bien: acerca de la false-

(1) *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*, I, 324. Con Renan, así Ewal, Lassen y otros.

dad de esta premisa, tanto y tan satisfactorio se ha dicho ya por muchísimos sabios, que tengo por inútil é inoportuno perder el tiempo recociendo hasta el fastidio el mismo manjar. Con el nombre de mito se ha designado siempre una tradición ó escritura alegórica destinada á transmitir un símbolo poético, que en lo sucesivo se tomó erradamente por un hecho real. ¿Quién querrá sostener hoy en serio que la historia de la tentación y caída de nuestros primeros padres ó la de la torre de Babel no son mitos propiamente tales?

Me dan tentaciones de dirigir otra censura á Renan. Según afirma (1), «la fe, el entusiasmo, la constancia de la primera generación cristiana, no se explican sino suponiendo en el origen del movimiento un hombre de colosales proporciones». Con lo que se quiere justificar la negación del mito en el Evangelio y la existencia de un Cristo histórico ó personal. Perífrasis de la proposición: «Yo, Renan, atestiguo que Jesús ha existido». Es lástima que no se generalice este modo de probar que han existido otros varios personajes históricos, porque ahorraría mucho trabajo á los historiadores.

Mientras en la exégesis de Strauss se confunden el mito y la leyenda, Renan establece una diferencia artificial y superficialísima que separa la leyenda del mito. Puestas estas gafas azules sobre las narices, entra á saco la historia evangélica para participar á sus estupendos lectores que todo lo ha encontrado azul, es decir, legendario y no mítico. Cierto que lo legendario no encaja bien en el terreno de lo sobrenatural y de lo milagroso, que forman las tres cuartas partes del relato evangélico; pero Renan no se apura por tan poco. Ninguna dificultad le detiene. Nada más fácil para él que rehacer la verdad entre el fárrago de hechos maravillosos. «Los orientales son así, y por eso...» «En Oriente se piensa de ese modo, y de aquí que...» ¡Impío! Decía Schlegel de Voltaire que perjudicó menos con su impiedad que con

(1) *Vie de Jésus*, 448. Edición citada.

el falso espíritu que infundió á la historia. Es lo que ha hecho Renan con su pretendida impiedad. No ha hecho más que falsear el espíritu de la historia, convirtiendo el criterio de esta ciencia en un oportunismo racionalista continuado. Renan no busca nunca la causa verdadera de los milagros ó los acontecimientos mitológicos; se satisface en esto demasiado fácilmente con las «circunstancias de época» y las «diferencias de lugar», y no coloca su punto de vista á gran altura. A fe que preferiría exponerme, entre los antiguos y modernos teósofos, al peligro de recurrir á explicaciones ocultistas, á tener que mirar como un efecto de «época» y de «lugar» á todo milagro del Evangelio cristiano primitivo, mientras no llegara á persuadirme de su falsedad con pruebas fehacientes.

Basta, por otra parte, saber leer entre líneas, para comprender que casi toda la erudición de Renan es de segunda mano, ó por lo menos, que el crítico francés usa de ella como de un instrumento secundario para entrar de lleno en la exposición de detalles poco relacionados entre sí y muy pueriles; de manera que el libro resulta ser una colección de curiosidades, y no un trabajo científico. Nada diré de los innumerables plagios hechos á la escuela de Tubinga. No podía concebirse en Alemania cómo importaba él á Francia una doctrina, sin ni aun nombrar á los autores; y Baur se chanceaba de este proceder con una indulgencia algo satírica. Leyendo *Les apôtres*, se tropieza á menudo con giros como éstos: «la exactitud histórica es allí lo de menos», «lo importante es la edificación», y otros, que no son más que proposiciones de Baur traducidas al francés. La introducción á *Saint-Paul* es Baur saqueado y estropeado por el criterio indeciso de un gentilhombre de la teología francesa. Lo mismo cabe afirmar de *L'Anticrist*, de *Les Evangiles et la première generation chretienne*, y en general, de todos los libros que componen los *Origines du Christianisme*. Por eso dije al principio que se trataba de una empresa superior á las fuerzas de Renan. Esa serie de libros es, indudablemente, lo menos meditado que hay en toda su labor.

ENTRADA A LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Una obra tan vasta no puede ser tratada modernamente sin gran copia de conocimientos científicos, sin un caudal enorme de buenos materiales.

*
* *

He analizado en Renan al lingüista y al teólogo, y tal vez no deje satisfecho al lector al prometerle ser más corto en lo que me resta por decir de nuestro hombre como filósofo y sociólogo. Estas nuevas fases suyas corresponden al último período de su vida, en que apenas mostró sus primitivas aficiones exegéticas más que con la publicación lenta y periódica de su *Histoire du peuple d'Israel* (cuatro tomos), obra que tiene sus méritos, pero no bastante grandes para olvidarnos de las del mismo título publicadas en Inglaterra por Kuenen, y en Alemania por Welhausen, y que no está siquiera á la altura de las de su compatriota Havet.

En los *Dialogues philosophiques*, Renan divulgó las ideas del neocriticismo francés (Vacherot, Taine, Beraud, etc.) exagerándolas y aconsejando que se renunciase á la idea espiritualista para reducir la metafísica á la teoría atómica generalizada. Pero pregúntese al sentido filosófico si convendrá hacer la experiencia: las extravagancias de Renan bastarían de ensayo y enseñanza. Así, la parte de los Diálogos destinada á probar el origen espontáneo del movimiento es un ejemplo instructivo del modo inverosímil de filosofar del famoso exegeta. Muchas de sus paradojas se vuelven á encontrar en *L'avenir de la science*, libro cuyas ideas ya había esbozado en anteriores trabajos, y que quiso se considerase como su testamento filosófico.

Yo me haría interminable si me propusiese hacer desfilas ante los lectores nuevas obras y teorías, y no podría examinar su valor y alcance sin fatigar demasiado su atención; pero no he de pasar en silencio las *Questions contemporaines* (1868) y la *Reforme intellectuelle et morale* (1872). Es fácil demostrar que los sofismas más groseros del anarquismo aristocrático de

nuestros días son la consecuencia legítima de los principios de Renan (1). «Él quería, v. gr., unir estrechamente la *ciencia* y la *nobleza*; pero la ciencia forma parte de la democracia: esto es palpable. Desearía representar, no sin alguna ambición, una aristocracia del espíritu; pero al mismo tiempo pónese de rodillas delante de la doctrina contraria, *el evangelio de los humildes*, y no solamente de rodillas...» (2). Aquí, como en otros muchos puntos, Renan exhala un *perfume* del eterno femenino, unos efluvios de mezquindad y artificio que hacen de él un decadente refinado, un esteta sospechoso. Por eso es muy difícil, á mi juicio, que Renan pueda tomar nunca parte como pensador y escritor en el orgiasmo de las inteligencias viriles, en la borrachera sagrada de los sabios. Sus obras huelen demasiado á hembra.

Es inconcebible el empeño que han tenido la mayoría de los hombres de nuestra época en mirar como independientes y sanas las ideas de un escritor cuyo estilo mismo parece que está pidiendo consuelo. Y en corroboración del decadentismo y del estetismo de Renan, podría aducirse el hecho de que en su vejez este autor se ocupaba en escribir obras obscenas y en traducir *El Cantar de los Cantares*. Por lo demás, parece que durante el resto de su vida, Renan fue un digno y pacífico burgués, un hombre consagrado al estudio y al arte, viviendo cuerdamente en su rincón, y cuya única ambición era legar una obra tan verdadera y tan eficaz como le fuese posible. Si Emerson le hubiese incluido en sus *Representative men*, habría sido simbolizando ese egocentrismo vulgar y pretencioso cuyo tipo ha inmortalizado á su modo Monier bajo el nombre de *Prudhomme*. Por lo que á mí respecta, siempre he creído incompatible la burguesía y la originalidad. Antes que un sabio

(1) Véase, no obstante, *La monarchie constitutionnelle en France*, en la página 18 y siguientes.

(2) Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*, 82. Compárese con Mazzini, en Díaz Pérez, *Ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia*, VI.

influido en sus lucubraciones por el régimen de una vida burguesa, concibo un Max Stirner recibiendo de la cerveza y de los vapores de un perpetuo sueño alcohólico las inspiraciones del *Único*, ó á Poe escribiendo las *Historias extraordinarias* en las tabernas de New-York. Esto dió amplitud, vigor y arrogancia á su pensamiento y á su lenguaje. Por el contrario, los escritos de Renan se distinguen por la forma muelle, oscilante y poco precisa, y por una especie de dulcedumbre empalagosa, buena para seducir burgueses.

*
* *

Una observación antes de terminar. A más de superficial, plagiarlo y repulsivo por sus ideas, Renan ha sido un hombre de escasa moralidad intelectual, por la pasiva obstinación con que defendió sus más disparatadas doctrinas hasta el día de su muerte. Tal sucede y es fácil observar con lo concerniente á la redacción de los Evangelios. Renan admitió aquí tesis que no se negaría á aceptar el ortodoxo más recalcitrante. En efecto, no sólo no le preocupa el gran parecido que tienen los Sinópticos, y que conduce á concebir su origen de muy diferente modo á como lo entiende la exégesis tradicional, sino que tuvo el atrevimiento de seguir considerando á San Juan como autor del Cuarto Evangelio; hipótesis tan contraria á todos los descubrimientos de la crítica, que los mismos teólogos ortodoxos, como Giesler, la han puesto sus reparos por no creerla exacta. En éste, como en otros muchos puntos, Renan fué un retrógrado, un *sans culotte* de hace dos siglos.

Pero repito que su verdadero mal no estuvo en sus errores, sino en la consecuencia con que los mantuvo durante toda su vida, mientras la ciencia cambiaba á su alrededor. Además, nunca se creyó obligado á justificar tal consecuencia: siguió impávido en su mutismo. Verdad es que ¿para qué desacreditarse? ¿No estaba convencido el público, *su público*, de que sus opiniones eran otras tantas verdades incommovibles? ¿A qué hacerle perder tan dulce ilusión?

No ha sido ese, sin embargo, el proceder de los verdaderos sabios que han brillado como publicistas y que se han distinguido en el pasado siglo por la personalidad y audacia de sus ideas. Desde ~~Vogt~~ escribiendo como obra póstuma sus *Enigmas del Universo*, y Büchner su *Aurora del siglo XX*, hasta Max Müller redactando en sus últimos años su nueva Mitología, para defender lo conservable de sus ideas y hacer á las nuevas escuelas las concepciones debidas, todos, en mayor ó menor grado, se han visto impelidos á hacer importantes modificaciones en las doctrinas que durante su vida han sustentado como verdaderas. Y esto constituye la mejor prueba de su lealtad y de su serenidad. Mal elogio de un hombre es afirmar que su opinión científica no ha variado un ápice en el espacio de cuarenta años. Es, como observa Víctor Hugo (1), lo mismo que decir que para él no ha habido ni experiencia de cada día ni reflexiones muy íntimas sobre los hechos. Es lo mismo que alabar al agua de estar quieta, á un árbol de estar muerto: es preferir la ostra al águila.

Y he aquí, sin embargo, la única alabanza á que Renan se ha hecho acreedor. El buen señor murió beatíficamente en los últimos años del siglo décimonono, convencido de que los Semitas carecieron de mitología y de politeísmo en sus concepciones religiosas; de que el lenguaje se debió á una revelación interior y su crecimiento fue orgánico; de que Jesucristo ha tenido una existencia histórica tan comprobable como la de Napoleón; de que el hijo del Zebedeo escribió de su puño y letra el *In principio erat Verbum*, etc. Nada hay que haga á un publicista permanecer siempre el mismo y no abandonar su camino nunca, como la convicción de que encuentra por juez una multitud favorable... tan favorable como analfabeta.

*
* *

Francia va á consagrar un monumento, y Europa está haciendo en la prensa la apoteosis de un hombre, mediano como

(1) *Ensayos sobre política y literatura*, 14.

lingüista, superficial como exegeta, poco original en el terreno filosófico, muy antidemócrata en el terreno social. ¿De dónde ha podido proceder su popularidad? De sus mismos defectos. El público gusta en demasía de esa clase de espíritus. Además, parece que su mérito literario fue superior á su mérito científico. Algunas partes le hacen el honor de considerarle como un prosista clásico. Quizá, aun en esto, influya más la moda que la justicia. Empero semejante aspecto del asunto sale de los límites de mi competencia. ¡Que los literatos franceses se las compongan con él!

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS.—*Revista nacional* (Buenos Aires).—La educación entre los antiguos mejicanos.—Sus máximas morales.—Programa.—Nueva «Biblioteca de historia nacional» de Colombia.—Espíritu y alcance de la enseñanza de la historia argentina en los colegios nacionales.—Canalización sudamericana.—*Revista positiva* (Méjico).—El modernismo y el positivismo.—Valor estético de las obras de la escuela decadentista.—Influencia social y moral de la lectura de novelas en la juventud.—*Vida moderna*.—La enseñanza de la historia.—Más sobre comunicación fluvial sudamericana.—*Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales* (Buenos Aires).—La lucha por la vida y el descanso.—El nuevo plan de enseñanza secundaria.—*Centro América intelectual* (San Salvador).—Gobernantes de Honduras.—Cómo se formó la Honduras inglesa.

Mucho se ha discutido modernamente, y se sigue discutiendo, sobre el valor y carácter de la civilización de los mejicanos precolombinos y contemporáneos del descubrimiento. Algunas de las leyendas y afirmaciones precipitadas que corrían entre los autores, van rectificándose; y para llegar á un conocimiento exacto, en lo que cabe, conviene ir registrando las conclusiones á que llegan los eruditos en las numerosas monografías dispersas en las publicaciones periódicas. Una de ellas es la dedicada por D. Gregorio Torres Quintero á *La educación entre los antiguos mejicanos* (*Revista nacional*, Agosto-Noviembre 1902).

No han quedado muestras de la literatura pedagógica mejicana, si es que la hubo, pero sí pinturas y jeroglíficos que nos permiten formar idea «de sus tendencias moralizadoras y de sus prácticas y fines pedagógicos». Las fuentes principales de conocimiento en esta materia son las noticias recogidas por

los primeros historiadores de la colonización y el código llamado Mendocino. La fervorosa religiosidad del pueblo (dícese que había en el imperio 40.000 templos con un millón de sacerdotes) y el culto sangriento al dios de la Guerra, Huitzilopochtli, explican los dos caracteres fundamentales de la educación mejicana: religiosa y guerrera. «Los mejicanos pasaban su tiempo combatiendo y orando.» Al nacer, la partera decía al niño, si era varón, que su ocupación principal debía ser la guerra; si era mujer, que debía encerrarse en su casa y limitarse á las faenas domésticas.

Era costumbre general que las madres amamantasen á sus hijos. Sometíaseles al régimen de baños fríos, ropa ligera y lecho duro, para fortificarlos. En la esfera familiar, la madre se encargaba de la educación de las hijas, y el padre de la de los hijos.

«Desde que el niño tenía cuatro años de edad, el padre comenzaba á hacerlo trabajar, ya en el acarreo de agua en pequeñas vasijas, ya cargándole con pequeños bultos, pues aquel pueblo, que carecía de bestias de carga, tenía necesidad de acostumar á los hombres, fuesen pobres, mercaderes ó soldados, á cargar bagajes por largas distancias. A los siete años le comenzaba á enseñar su oficio, pues los hijos seguían el de sus padres.

»La madre acostumbraba á su hija á andar siempre cubierta, despertándola desde muy temprano el sentimiento del pudor; le enseñaba á hilar y tejer, á barrer, moler y tortear; en una palabra, todos los quehaceres domésticos.»

Los castigos domésticos eran durísimos: se les punzaba el cuerpo con espinas, se les daba de palos ó se les exponía al humo asfixiante del chile.

Las máximas morales que se les enseñaban eran por el estilo de las siguientes:

I. Ten comedimiento con los otros, porque con la humildad se alcanza el favor de los dioses y de los mayores.

II. No ofendas á ninguno, ni le quites ni tomes su honra;

haya en ti méritos, que es de los dioses dar á cada uno lo que le place. Toma, hijo, lo que te diesen, y dales gracias; y si fuere mucho, no te ensoberbezcas, sino humíllate, y tu merecimiento será mayor, y los demás no tendrán qué decir ni qué murmurar de ti; mas por el contrario, si te apropias lo que no te pertenece, quedarás afrentado y ofenderás á los dioses.

III. Ama y haz piedad, y no seas soberbio ni des á otros pena; sé bien criado y bien comedido, y serás amado y tenido en mucho.

IV. No hieras á alguno ni le hagas afrenta, y haz lo que debes, y no por eso te ensalces, porque indignarás á los dioses contra ti y no quedarás sin castigo.

V. Tendrás cuidado de servir y agradar á tu marido, para que así merezcas que los dioses te hagan bien y te den hijos.

VI. Sentada ó levantada, andando ó trabajando, siempre, hija mía, piensa y obra bien, y haz lo que debes para servir á los dioses y á tus padres.

VII. No mientas ni engañes á nadie, porque los dioses te miran.

La diferencia principal entre la educación de los nobles y los plebeyos consistía en que á los primeros no se les enseñaban oficios manuales.

Había dos tipos de escuelas, el *Calmecac* y el *Telpuchcalli*: el primero, á lo que parece, dedicado especialmente á los niños nobles y á la carrera sacerdotal; el segundo, á los plebeyos, aunque también tenía enseñanza religiosa, así como en el Calmecac había la civil y guerrera. La disciplina era muy rígida. Aunque en ambos tipos se admitían hombres y mujeres, se les instruía aparte.

«Las penas eran terribles, contándose entre ellas la de muerte. El soberbio, el desobediente, el que ofendía á otro, eran castigados severamente, azotándolos con ortigas ó picándolos con espinas de magüey; al dormilón despertaban echándole agua fría ó rescoldo caliente; á los ociosos ó incorregibles les quemaban el cabello con ocotes, lo que era una afrenta; al

borracho ó al que cometía faltas contra la castidad, le daban garrote, lo quemaban vivo ó lo mataban á flechazos.

»Las mujeres ingresaban al Calmecac ó al Telpuchcalli á los doce ó trece años. Sus votos eran por uno ó más años, si bien algunas los empeñaban perpetuamente»; por lo cual algunos escritores les han llamado *monjas*. En algo se parecía su vida á la de éstas.

«Dirigían la educación de la juventud los sacerdotes: en sus manos estaban los destinos de la sociedad; modelaban á los hombres y á las mujeres según querían, inculcándoles un profundo respeto por los dioses y sus ministros. El sacerdote era la clase sabia y poderosa; eran los consultores de la gente humilde, así como de los pontífices y reyes, y por su conducta irreprochable se hacían amar del pueblo.»

El programa de la enseñanza comprendía la Lectura y Escritura jeroglíficas, Oratoria, Cálculo, Astronomía, Astrología, Cronología, Geografía, Historia y Mitología. Sus libros versaban sobre todo género de materias, pero probablemente sólo se usaban en ciertas clases de estudios.

En la primera enseñanza, á juzgar por el Códice Mendocino, el procedimiento era oral.

Las Matemáticas, así como la Geografía, hallábanse muy adelantadas. «Montezuma regaló á Cortés—dice Bernal Díaz del Castillo—un paño de nequen, en el que estaban pintados y señalados, muy al natural, todos los ríos y ancones que había en la costa.

»La historia se repetía por tradición oral y se perpetuaba por pinturas ó por cantos, á los que eran muy afectos los mexicanos.»

Como ya hemos insinuado, atendían bastante á la educación física.

«En las escuelas se ejercitaban en el manejo de las armas; los alumnos concurrían á las batallas como reclutas, cargando el bagaje de los veteranos; en una ciudad lacustre los habitantes tienen que ser nautas, y no pudo faltar entre ellos el

ejercicio del remo. Si todavía no fuese suficiente esto, nos bastaría señalar tres clases de ejercicios á que eran muy afectos los aztecas: la danza, la pelota y el volador.

»En todas las ciudades y pueblos principales había un *tlachtli*, ó lugar donde se jugaba la pelota; el piso estaba encajado, terso y limpio. Los jugadores estaban desnudos, llevando en las asentaderas un cuero de venado y en las manos una especie de guantes. Recibíase la pelota en las asentaderas, los cuadriles ó rodilla, y algunas veces la hacían pasar por un agujero estrecho practicado en una piedra, habilidad que era muy aplaudida.

»Ni la poesía dramática faltó en aquel pueblo. El teatro estaba en el centro de algún mercado ó en el patio de algún templo, al descubierto; y en él tenían lugar los entremeses, que eran muy graciosos.»

La misma revista, en su número de Diciembre, da cuenta de haberse inaugurado en Bogotá una Biblioteca de historia nacional de Colombia, y copia la introducción del tomo primero, escrita por el iniciador D. Eduardo Posada. Duélese éste de los muchos manuscritos interesantes para Colombia que se han editado en el extranjero ó se han perdido.

«Perdióse la obra del conquistador Quesada, *Ratos de Sueca*, que existió inédita en nuestra Biblioteca hasta hace medio siglo; perdiéronse también dos trabajos del cura de Bogotá, Garzón de Tahuste, titulados *Historia de los chibchas* y *Sucesión de prelados y jueces seculares del nuevo reino de Granada*, obras éstas que debían tener preciosos datos, una vez que su autor fue amigo de los conquistadores y párroco de Santa Fe durante sesenta años. Un ilustre diplomático llevóse hace poco unas Memorias manuscritas, que parecían ser las del general Sardá, las cuales adquirió de un particular; igualmente existía aquí una autobiografía del general Antonio Obando; se publicó de ella una entrega, y luego se traspapeló el original. Las llamas del incendio de los Portales, hace dos años, devoraron el valioso archivo del Cabildo, y se convirtieron así en cen-

zas, sin haber visto la publicidad, documentos preciosísimos no sólo para la historia de Bogotá, sino para su régimen municipal. A las obras que arriba citamos, cuyos manuscritos nos pertenecían, y que fueron publicados por imprentas extranjeras, agregaremos las *Memorias de O'Leary*. Años enteros estuvieron en Colombia las cajas que contenían los documentos colectados por el distinguido irlandés. Presa podían llegar á ser del fuego ó de alimañas, sin que nuestros gobiernos patrocinaran su publicación. Súpolo Guzmán Blanco, y constituyóse en Mecenaz de aquella obra. Allá, á la tierra venezolana, fue trasladado ese tesoro, y en ella se editó con gran magnificencia en 31 volúmenes.

El Dr. Posada confía, muy justamente, en que los documentos nuevos que se publiquen rectificarán muchos errores de las historias conocidas. «La mayor parte de los cronistas se han copiado unos con otros. Un error, tipográfico tal vez, de Ocáriz ó Zamora, sigue repitiéndose en todas las narraciones. Rara vez se trabaja en rectificar una fecha, en comprobar un episodio, en desmentir una leyenda.»

El editor se propone incluir en la Biblioteca, no sólo documentos inéditos, sino también reimpressiones de libros agotados, como los de Ocáriz, Zamora, López Gomara, etc.

El volumen que nos ocupa comprende tres obras completamente inéditas.

«En el primer trabajo, el diario de Vargas Jurado, se advierte la obra de un hombre sencillo, de bello carácter, bueno y sincero. Nos relata él, día por día, esos últimos años del siglo XVIII, en que el virreinato llegó á su apogeo. Allí hallamos datos para la historia de Bogotá, que eran desconocidos, tales como el incendio de Santo Domingo en 1761, no mencionado por ningún historiador, y aun para los anales del país, como esa insurrección de veleños, anterior á los comuneros, la cual tampoco figura en nuestras crónicas. Su biografía está hecha por él en los apuntes que nos da de su vida: tesorero de la Santa Cruzada y notario, fervoroso creyente, buen hijo, sus

apuntamientos tienen todo el sabor de la vieja Santa Fe. Allí desfilan los virreyes, los oidores, los alcaldes ordinarios, los monjes y los verdugos.»

La segunda obra es el Memorial de José María Caballero, que da cuenta de la guerra de independencia, «los días pavorosos de Morillo», de que fue testigo presencial y actor á veces.

La tercera es un poema titulado *Santa Fe cautiva*, del cura Torres y Peña. Su autor fue realista furibundo, defensor fervoroso de Fernando VII y enemigo implacable de Nariño, de Bolívar y de Santander.

«Torres y Peña era uno de los mejores oradores sagrados de Santa Fe. En el año 1808, cuando la jura de Fernando VII, pronunció en la Catedral el panegírico, que mereció aplauso especial del Cabildo; luego figura en él, en muchas solemnes ocasiones, ocupando la sagrada cátedra.

»Al aparecer en los primeros años de la independencia aquel problema del patronato que dividió al mismo clero, Torres y Peña figuró entre los mejores polemistas. Él le negaba á la República el derecho de continuar con esa prerrogativa, que se había concedido por el Papa Julio II á los reyes de España, para nombrar prelados y hacer otros actos del dominio eclesiástico. Cuando acaeció el cisma del Socorro, hizo nuestro célebre canonista varias publicaciones opuestas á las ideas del Dr. Rosillo, nombrado obispo de aquella diócesis, que acababa de erigir el gobierno civil.

»En 1813 se reveló su grande amor á la Monarquía. Miembro del colegio electoral, protestó enérgicamente contra la declaratoria de independencia absoluta de España. Entre los cincuenta electores, nos dice Caballero, de que se componía aquel cuerpo, tan sólo el Dr. Peña y el Dr. Pey votaron en favor de Fernando VII. No nos será, sin duda, simpático este voto á los colombianos; pero emitido en aquella hora y en aquel lugar, revela en quienes lo daban un altivo carácter y una convicción honrada.»

El poema de Torres era totalmente desconocido. Ni Vergara en su *Historia de la literatura de la Nueva Granada*, ni Laverde Amaya en su *Bibliografía colombina*, lo mencionan.

Por los datos que anteceden se ve la importancia del tomo primero de la nueva Biblioteca.

En el número de Mayo último, D. José Juan Biedma escribe sobre el *Espíritu y alcance de la enseñanza de la historia argentina en los colegios nacionales*. El autor preconiza el uso del libro de texto, aunque no para reducir la enseñanza á un puro régimen memorista.

«Auxiliar indispensable como medio, aparte de otros indicados por la ciencia de la enseñanza que he podido practicar, me ha sido y es el *libro de texto*; elemento de que no se puede ni se debe prescindir como ayudante del estudiante y eficaz cooperador del maestro, digan lo que quieran los teorizadores, algunos de los cuales, gravemente afectados de exotismo pedagógico, han contribuído poderosamente con sus líricas pontificaciones á llevar al estado caótico la cuestión de la instrucción pública entre nosotros.

»Por intensa que sea la atención que el alumno dedique en clase á la palabra de su profesor, no conseguirá retener, en la generalidad de los casos, sino una relativa parte de lo escuchado. Muchas causas contribuyen á ello, aparte de que la facultad de percepción y retención que cada cual posee en mayor ó menor grado, y especialmente la última, no está tan desarrollada que convierta á cada oyente en algo así como un fonógrafo humano con facilidad de conservar y aprovechar *in totum* el vasto caudal de noticias y referencias que escucha durante una hora de sesión. El texto, entonces, consultado en el silencioso refugio de estudio, que todos lo tienen, hasta los más desairados por la fortuna, refresca la memoria, recuerda pasajes olvidados y habilita al estudiante á seguir el sendero, señalándole el punto de partida ó el rumbo en momentos que no puede acudir á la égida de su maestro. Y quien me diga, señores, que el catecúmeno debe y puede prescindir en estos

casos del *libro de texto*, me convencerá cuando me demuestre que el maestro puede prescindir de las fuentes en que bebe su ciencia ó de la obra de consulta que le facilita la tarea, concediéndole generosamente el tesoro de saber que á diario derrama en la cátedra en caudal fecundo de enseñanzas.

Las conclusiones metodológicas del Sr. Biedma no son nuevas, y aunque discutibles algunas, son razonables las más. Las trasladamos como muestra del espíritu que anima al profesorado argentino (ó á parte de él) en esta materia.

«La historia nacional debe ser estudiada, por lo menos, en tres años del curso de estudios secundarios, con desarrollo gradual y conexión lógica que enlace sus programas y garanta sus resultados.

»Debe someterse su enseñanza al método narrativo-pragmático, que no solamente expone los hechos, sino que explica sus causas y señala sus consecuencias sin profundizar su estudio filosófico, que corresponde á una escuela superior; utilizando especialmente, sin perjuicio de otras ciencias auxiliares, la geografía.

»Debe animarla un espíritu eminentemente nacional, que infunda en el niño el sentimiento de civismo, que hará de él un ciudadano noblemente activo y consciente de sus deberes, dispuesto á asimilar los factores de perfeccionamiento que le ofrezcan civilizaciones extranjeras, pero sin declinar ó abjurar las condiciones virtuales de la raza criolla, que no contravienen al principio de la fraternidad humana, juiciosamente aceptado y practicado.

»Debe presidir á su enseñanza un espíritu de justicia insospechable, dando por definitivamente juzgado aquello sobre que falló irrevocablemente la posteridad y ha sancionado el andar del tiempo y la conformidad de los maestros; no adelantando como aceptados por ella juicios, que pueden resultar temerarios, sobre hombres ó sucesos que no hayan merecido el veredicto incommovible de la conciencia pública.»

En el mismo número, prosigue el Sr. Rodríguez del Busto

su campaña (de que ya hablamos en el artículo anterior) sobre la canalización sudamericana, para «convencer especialmente á los hombres dirigentes de que la traza de mi plan de canalización de este continente es la única conveniente, la única que puede producir la verdadera transformación que está llamada á experimentar Sud-América, la única que la colocará rápidamente en la cúspide de todos los progresos modernos.»

Revista positiva dedica gran espacio, en los últimos números recibidos, á cuestiones literarias, particularmente á la del llamado *modernismo*. D. Francisco Medina contesta á la cuestión de si el modernismo procede del positivismo, y comienza consignando la necesidad de averiguar, ante todo, «qué piensan de la poesía los positivistas, y lo que los poetas modernistas piensan del positivismo».

«Lo primero, que es de importancia capital, queda claro en esta terminante declaración del fundador de la Escuela Preparatoria de México, y que aparta con su luz la existencia de toda duda: «La misión del poeta y del artista debe ser sobre todo precursora, debe guiar siempre por medio del sentimiento, y guiar forzosamente hacia adelante. Si ellos evocan recuerdos del pasado, debe ser siempre para mejorar el porvenir y no para aconsejar el retroceso.»

«Lo segundo, también de notoria importancia, queda definido en la declaración hecha por el primero de los *modernistas* americanos (Rubén Darío): «¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa ó de indio chorogota ó nagrandano? Pudiera ser, á despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos ó imposibles: qué queréis, YO DETESTO LA VIDA Y EL TIEMPO EN QUE ME TOCÓ NACER; y á un presidente de República no podré saludarlo en el idioma en que te cantaré á ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte—oro, seda, mármol—me acuerdo en sueños...—(Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas, en Palenke y Utallán,

en el indio legendario y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman.)»

Después de estas declaraciones, ¿cómo puede ser que el modernismo derive de las doctrinas positivas?

«Los *modernistas* no son precursores, esto es axiomático; ellos no buscan la verdad ni guían á los hombres á ningún fin; antes bien, se sustraen á los anhelos de los hombres y se encierran casi siempre en su *yo*; Darío, Lugones, Tablada, Dávalos, Nervo, etc., han sido y son poetas que yo llamo *personalistas*, es decir, poetas que escriben y pulimentan la frase para expresar lo que ellos piensan é imaginan, y no lo que sienten é imaginan los hombres de la vida contemporánea»...

«Y tan es así, que algunos *modernistas* de mucha cuenta han asentado como principio que la poesía no debe enseñar, que la poesía no debe ser *didáctica*, porque entonces deja de ser poesía, deja de cumplir la misión que le está encomendada; debe, según ellos, ser *indiferente* y vivir de la belleza pura, de la belleza no ungida por los besos de la diosa Minerva.»

Por todo lo cual, el Sr. Medina contesta negativamente la pregunta con que encabeza su artículo.

En el número de 23 de Abril de la misma revista se inserta un *Ensayo crítico*, de D. Atenodoro Monroy, premiado en los Juegos Florales de Puebla, sobre el *valor estético de las obras de la escuela decadentista*. El *Ensayo* es extenso, bien documentado; en él el autor, antes de emitir juicio, examina uno por uno los caracteres de la moderna escuela poética: derivación musical é idealista de su doctrina artística; forma simbólica, dando al símbolo un sentido muy diferente del que tuvo hasta ahora en literatura y que trasciende no sólo á las imágenes, sino á la acepción y valor de las palabras; libertad absoluta de combinaciones métricas y rimas, que produce, juntamente con la arbitraria significación de las palabras, á juicio del autor, «lo inarmónico de los versos, desapacible y feo, y lo ininteligible de las cláusulas, que apenas si tienen sentido en

LA BIBLIOTECA
DE LA UNIVERSIDAD
DE BUENOS AIRES
1908

muchas ocasiones, más que por lo alambicado de los conceptos, más que por la rara estructura y la sintaxis, por lo esotérico de las correspondencias y la rebuscada novedad de las expresiones»; y, por último, el refinamiento de los afectos é ideas que quiere expresar y que constituye su arte en cosa accesible tan sólo á unos cuantos escogidos. El Sr. Monroy sintetiza así su análisis de estos caracteres:

«No creo, pues, alejarme de la verdad al concretar en los siguientes términos la fórmula, ya que no es posible una verdadera definición del decadentismo: escuela poético-lírica de origen metafísico, en que se traduce un hondo y amargo mal-estar social de cansancio y decrepitud, por medio de símbolos oscuros é ininteligibles, expresiones rebuscadas ó alteradas caprichosamente en su significación, metros de calculadas disonancias ó virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas regresivas y fantaseos y alucinaciones personalísimos, propios sólo de la neurosis y el desequilibrio cerebral».

En punto al juicio estético, he aquí el que formula el autor:

«Fácil es, ante todo, notar que los orígenes de la escuela radican en una deplorable confusión. Se pretende que la poesía, arte esencialmente expresivo y representativo de realidades concretas, arte de imágenes y signos, la palabra, por cuyo medio aventaja á todas las demás artes, se convierta en puramente formal, de modo que el placer se produzca sólo por virtud de libres y caprichosas combinaciones de sonidos que, á semejanza de la música, sugieran vagamente los estados emotivos más que las ideas, y sólo por asociaciones y analogías indeterminadas lleguen á una expresión ó significación concreta, á un verdadero lenguaje.

»Pues bien: los decadentistas, adheridos á esa teoría trascendental ó docente que da á la música un carácter expresivo que no tiene, aspiran á hacer de la poesía, cuya naturaleza expresiva es riquísima y sin rival en todas las artes, una especie de música wagneriana que, reducida á sólo la armonía, y

cierta armonía *sui generis* de las palabras, se limite á sugerir, á evocar estados de conciencia emotivos, vagos y generales, prescindiendo de la expresión directa y determinada de las ideas, así como de toda realidad concreta y particular.»

Esto en cuanto á la forma. Por lo que respecta al fondo de la doctrina, el decadentismo, «so pretexto de expresar fenómenos de una vida superior... busca la degeneración y la muerte». ¿Por qué? se pregunta el Sr. Monroy. Y contesta:

«Porque como suprema condición para crear, esto es, para hacer vivir, anhela lo raro, lo que la multitud no puede percibir, y, «siendo un hecho *casi fisiológico*, se encuentra sólo en ciertos temperamentos *hiperestesiados*» ó, lo que es lo mismo, el desequilibrio y la neuropatía; pues estos preciosos términos, *hecho casi fisiológico é hiperestesia*, en rigor científico no significan más que la miseria nerviosa con toda una serie de estados que guían á la perturbación mental y á la locura.»

Todos estos juicios desfavorables que el Sr. Monroy emite, no le impiden reconocer que en los poetas decadentistas hay á menudo páginas de incontestable belleza. Sólo que «lo que hay que pueda subyugarnos, que nos embelesa, que real y verdaderamente produce en nosotros la emoción estética, es lo que, elevándose por encima de todo canon estrecho, de toda mira exclusivista, pertenece á la personalidad, al genio del poeta, y es, por lo tanto, tan ajeno del decadentismo como propio de todas las escuelas y de todos los tiempos; lo que, lleno de vida y de fuerza, se nos filtra en el alma, nos conmueve y nos deleita, mostrándose capaz de ayudar á la evolución y no á la disolución del organismo social; aquello, en fin, ante cuya saludable influencia, conforme á las muy repetidas palabras del Apóstol, «no habrá nunca gentil ni judío, romano ni bárbaro, sino espíritus cariñosamente unidos en un solo culto y un solo amor».

El autor cita, en prueba de esto, poesías de Mallarmé, Verlaine, Rubén Darío, Tablada y otros autores, así como, en demostración de anteriores informes, ha citado también trozos

de esos poetas y de Richepin, Ghil, Moréas, Lugones, Díaz, Dávalos, Nervo, Díaz Mirón y otros escritores mejicanos.

El *Estudio* termina por un ligero examen del decadentismo en Méjico. El Sr. Monroy, como el Sr. Medina, niega que proceda en poco ni en mucho del positivismo.

«El decadentismo en Méjico (dice) no viene más que del prurito de la novedad y de la imitación de los autores franceses, juntamente con la exageración con que se ha ansiado seguir el conceptualismo exuberante de Agustín F. Cuenca y las huellas luminosas de Gutiérrez Nájera, que con gracia exquisita y refinamiento incomparable supo seleccionar y asimilarse mucho y muy excelente de esos autores, sin mengua de su propio genio original.»

En el número de 21 de Mayo, el director de la Revista, D. Agustín Aragón, diserta sobre *la influencia social y moral de la lectura de novelas en la juventud*. A su parecer, el factor que más influye en la acción que la literatura ejerce sobre la vida es el lector, y no el libro. En cuanto á la juventud, las novelas pueden influir según su carácter y según el temperamento del que las lee.

«Los inclinados al suicidio hallarán la gota de agua que derrame el vaso en la lectura del *Werther*, de Goete. Los que consideran responsable á la sociedad de sus propias faltas, acogen el romanticismo con verdadero entusiasmo.

»Resumiré mi pensamiento: la lectura de las novelas en la juventud influye como elemento de sugestión; obra como causa determinante de tal ó cual impulso social y moral; solamente por una casualidad muy rara obrará como causa eficiente.

»El fin moral debe, á mi juicio, predominar en las novelas que se elijan para los jóvenes. Para declarar buena una novela, no sólo debe estar bien escrita y ha de producir en el crítico competente la impresión de una obra acabada, literariamente hablando, que es lo que constituye la parte externa de los libros, sino que han de considerarse en la novela sus

quilates en lo social y en lo moral, verdadera piedra de toque para juzgar de todas las obras de arte. Si el lector de una novela no pasa de exclamar:—¡Muy bien! ¡Admirable descripción! ¡Espléndida pintura de mujer!—y nada más, la novela nada vale. Puede considerarse como perdurable si, después de leída por los espíritus equilibrados, éstos sienten la necesidad de releerla, y si cada lectura les proporciona placer nuevo y placer de los que elevan el alma; y será la novela obra maestra del ingenio humano si contribuye á mejorarnos intelectual y moralmente.»

El número de Mayo de *Vida moderna* inserta un artículo de D. Daniel García Acevedo sobre *La enseñanza de la historia*. En la mayor parte de él, el autor no hace más que resumir algunos capítulos del conocido libro de Altamira.

D. Melitón González, explorador de América y autor del notable libro *El Gran Chaco argentino*, defiende su sistema de *Comunicación fluvial por el interior* de la América del Sur. Aunque el Amazonas es el río mayor del mundo, navegable en 5.000 kilómetros de su curso, no atrae al comercio por la uniformidad de producciones de la zona que atraviesa.

«No habiendo, de consiguiente, razón para cambio de productos, nada tiene que hacer allí el comercio, pues no halla utilidad en internarse á 5 ó 6.000 kilómetros del Océano para obtener los mismos que se dan á los 800 ó 1.000 de la costa oceánica.»

En cambio, sus afluentes y los otros ríos que no le son tributarios, recorren países de una gran variedad productiva, á los cuales importa establecer el cambio «sin tener que salir al Océano». América tiene interés en que este pensamiento se realice, «no en provecho de determinado Estado americano, sino en el interés de todos los que la forman. América tiene interés, no en que se construya únicamente la vía que desde el Estado del centro vaya á la costa fluvial ú oceánica, sino en que se abra la arteria central que tenga sus extremos ó salidas en el Océano y atraviere por el corazón de la América meridio-

nal, brindando sus servicios al pasar por el mayor número posible de Estados».

Por fortuna, el sistema hidrográfico de América se presta admirablemente á la comunicación interfluvial, y la idea ha repercutido ya en varias repúblicas. Muestra de ello es el siguiente acuerdo tomado en el Congreso Panamericano de Méjico:

«1.º Celebración de una conferencia geográfica fluvial entre los países ribereños, y que se reuniría en Río Janeiro dentro de un año.

2.º El gobierno de la República Argentina queda encargado de gestionar del gobierno del Brasil la adhesión y asentimiento necesarios.

3.º Se solicita á ambos gobiernos que gestionen las demás adhesiones de países ribereños.

4.º La conferencia mencionada funcionará con arreglo al siguiente programa, cuando no sea modificado de acuerdo entre los gobiernos brasilero y venezolano:

a) Organizar comisiones geográficas de exploración.

b) Formular los reglamentos para las diversas comisiones.

c) Establecer los presupuestos de gastos de los trabajos.

d) Fijar las cuotas proporcionales que correspondan á cada uno de los Gobiernos interesados.

e) Organizar la oficina internacional destinada á concentrar los datos de las exploraciones, y presentar á los gobiernos un proyecto general de comunicación entre las hoyas hidrográficas.

f) Estudiar todos los asuntos conexos al propósito anterior que se refieran á la rápida ejecución de la obra y las medidas que los gobiernos interesados deseen acordar particularmente ó en común para promover el bienestar de esas regiones.

Este convenio fue firmado por los delegados de Bolivia, República Argentina, Perú, Paraguay, Colombia, Uruguay y Ecuador.»

Los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales* (Buenos Aires), en su cuaderno correspondiente á Abril-Junio últimos, incluye dos trabajos interesantes para los lectores españoles. Titúlase uno *Tristezas y esperanzas*, y en él discute ampliamente el Dr. Ernesto Quesada, con motivo de la novela de Altamira *Reposo*, la lucha por la vida y el ideal del descanso. El Sr. Quesada es contrario á la concepción darwinista de la vida; pero creemos que el autor de *Reposo* no defiende esa concepción, ni la tiene tampoco por verdadera.

El otro trabajo es un estudio de D. Cástulo L. Furnes sobre *Enseñanza secundaria*, cuyo motivo es la reforma decretada últimamente, puesta en parangón con las conclusiones votadas en la primera reunión anual de profesores, que se celebró en Febrero último, por orden superior. Esta reunión no ha respondido á las esperanzas que en ella se habían puesto; de un lado, por faltas del personal docente; de otro, por la manera equivocada como se redactó el cuestionario.

Respecto de lo primero, «en la sesión de clausura, el señor inspector general señaló, como el acto más culminante y el más digno de la atención oficial, la circunstancia de que los profesores congregados habían hecho algo más hermoso que discutir sin egoísmos y sin otra mira que la de llegar á la verdad:—Han dado otro ejemplo, dijo, que les honra muchísimo más, cuando en este recinto, sin vacilaciones ni reticencias, con voz clara y vibrante han dicho: Nuestra es, en parte, la culpa, si la acción moral de los institutos de enseñanza no es bastante eficaz; nuestra es la culpa, porque no le dedicamos la atención preferente debida, porque no reina entre nosotros la solidaridad, la obra colectiva indispensable».

«Y como la confesión de parte releva de prueba (añade el autor, creo que generalizando demasiado), nada más lógico que llegar á la conclusión de que las causas á que se debe el deplorable estado actual de la enseñanza secundaria y normal en la república son directa é indirectamente imputables al personal docente y directivo, tal cual se ha sostenido en el

informe del señor inspector general, presentado en Julio del mismo año pasado.»

El cuestionario comprendía tres temas: en el primero, se preguntaba «si la acción del Colegio Nacional debe hacerse sentir sobre la *educación é instrucción moral* de la juventud, tan directa y expresamente como sobre su *educación intelectual* y su *instrucción general*». El autor cree que este tema debiera haberse formulado así: «¿qué medios de educación moral deben emplearse actualmente para hacer más eficaz la acción del Colegio Nacional y de las escuelas normales?» Las contestaciones dadas le parecen poco concluyentes.

El segundo tema era relativo á los exámenes. El Sr. Furnes cree que «carece de importancia intrínseca, porque la eficacia del sistema de exámenes y de clasificaciones no depende de su organización, sino del criterio con que se juzgan las pruebas.

»Si falta la apreciación consciente, iluminada por una inteligencia nutrida del espíritu de equidad, todos los sistemas son ineficaces, porque los reglamentos no suplen el buen criterio y, al contrario, algunas veces le estorban.

»Si él existiera, habría llegado la oportunidad de realizar ese *ideal* reconocido por la asamblea de profesores, consistente en la completa *supresión* de tales exámenes, y á cuyo respecto alguien había formulado este voto: «¡Ojalá pudiera verse realizado dentro de cien años!»

»Observaré, sin embargo, que ese ideal ya se realiza, en parte, con el sistema de clasificación diaria y la exoneración del examen para los alumnos distinguidos y sobresalientes.»

El tercer tema se formuló así: «¿Cómo puede establecerse la correlación de los estudios primarios con los secundarios y normales?» Lo cual equivale á comenzar afirmando que debe existir esa correlación. Respecto de las contestaciones dadas á esta pregunta, el inspector general dice en su informe que «tampoco es fácil hacer una síntesis exacta, ni mucho menos completa... Lo *único* que puede desprenderse, como opinión

predominante, es que tanto para *ingresar* al Colegio Nacional, como á la Escuela Normal, deben terminarse *previamente* los estudios *primarios* completos, pasando, *después* de hechos éstos, al primer año normal ó *secundario*».

La forma defectuosa de estar formulado el tema, hizo que la discusión versara sobre todos los grados de estudios, incluso los primarios, «no obstante tratarse de una reunión de profesores de enseñanza secundaria».

Además, esto entrañaba una previa cuestión constitucional, á saber: si corresponde ó no al Gobierno Nacional dictar planes de estudios primarios, ó es de atribución legal exclusiva de las provincias. El autor es contrario á que se arrebate este derecho á las provincias, aunque la conclusión de los profesores ha sido que «la Nación debe dictar planes de instrucción general (primaria y secundaria) y universitaria, correspondiendo á las provincias proveer á las cuestiones de orden puramente *administrativo*, que la asegure en cada una de ellas, en cumplimiento de la exigencia y del mandato constitucional».

El nuevo plan de segunda enseñanza no tiene menos defectos que el cuestionario y las contestaciones de la conferencia, á juicio del Sr. Furnes. El principal de ellos es que «divide la enseñanza secundaria» en dos ciclos, llamados: «instrucción general» y «*preparatoria* para la instrucción universitaria».

«Por expresa ley nacional (art. 67, inciso 16), la instrucción «*universitaria*» se ha independizado, quedando bajo la dirección inmediata de las Universidades, con sus respectivas Facultades.

»¿Por qué razón se va hoy á invadir sus atribuciones, sea cercenando sus estudios, sea dictando planes para ellas?»

El ministro, sin embargo, no ha hecho en esto más que proceder conforme á la opinión de las Facultades, que, interrogadas al efecto, informaron:

- a) Que la «instrucción secundaria», por su «naturaleza y

BIBLIOTECA NACIONAL DE LA REPUBLICA ARGENTINA

tendencia», es meramente «*preparatoria* de la superior universitaria»; es decir, sostiene su absorción íntegra en los estudios profesionales.

b) Que «era posible, dentro de ese concepto, una organización común», lo que contraría todos los argumentos favorables á la polifurcación y reducción.

c) Que «toca á las facultades determinar por sí, en virtud de *propia autoridad* fundada en la ley, cuáles han de ser los estudios que *exigen* para la admisión», lo que significa subordinar á su exclusivo criterio la confección de los planes de instrucción general que dictara el gobierno, en mira de satisfacerlos, y esto se afirma al propio tiempo de reconocer «la naturaleza esencialmente distinta de la instrucción superior».

d) Que «la instrucción *preparatoria* se caracteriza por la dirección... *intensiva* y no de extensión, de *profundidad relativa* y no de superficie...», precisamente para armonizarla con la «*especialidad* de las ciencias que cada Facultad cultiva»; lo cual resulta diametralmente opuesto á la prescripción constitucional que manda que esa instrucción sea *general*».

Ha comenzado á publicarse en San Salvador una nueva revista, titulada *Centro-América intelectual*. Sólo he recibido el número tercero, en el que debo señalar una serie de breves y substanciosas biografías de *Gobernantes de Honduras*, escrita por el conocido literato y lingüista Dr. Rómulo L. Durón, y un artículo del Sr. Barberena, sobre el origen de la colonia de Belize ó la Honduras británica.

Diferentes veces habían intentado los ingleses apoderarse de tierras americanas en el siglo XVIII. En 1783, el general D. Matías de Gálvez, trigésimosexto presidente de la Audiencia de Guatemala, los arrojó de la isla de Roatán.

«Los ingleses no se dieron por derrotados, y deseosos de dedicarse al lucrativo tráfico del palo de campeche y de otras maderas, se esparcieron por nuestras costas del Atlántico, secretamente protegidos por las autoridades inglesas. Las regiones próximas á la desembocadura del río Tinto y al cabo de

Gracias á Dios, fueron donde principalmente ubicaron sus establecimientos, á despecho de los españoles y de su soberano don Carlos III.»

Se trató de limitar sus avances por allí, y, al efecto, el rey envió las siguientes instrucciones al brigadier Estachería, sucesor del Gálvez:

1.º «Anuncia al rey, por medio de su secretario, la próxima remisión á Guatemala del tratado de paz (el de 1783), y ordena que si entre tanto no ha logrado sacar á los ingleses, al recibirlo comuniqué á éstos lo estipulado en dicha convención, para que se reduzcan al terreno que se les asigne, ó para que, si lo prefieren así, abandonen nuestro suelo. 2.º Que si los ingleses pretextan no poder irse por falta de medios, les facilite embarcaciones que los conduzcan á Jamaica. 3.º Que si cumplidos diez y ocho meses, á contar de la fecha en que se ratifique el tratado, no han salido los ingleses, que recurra á la fuerza armada para expelerlos ó aprisionarlos. Y 4.º Que persiga y extermine á los indios zambos y moscos, amigos y aliados de los ingleses».

Por el tratado de Versalles (art. 6.º) se concedió permiso á los ingleses para cortar maderas de tinte en cierta porción de las costas del Atlántico centro-americano (el distrito que se comprende entre los ríos Walix ó Bellese y río Hondo); pero á la vez se obligaba á concentrarse en este distrito, dentro del plazo de diez y ocho meses, á «todos los ingleses que puedan hallarse dispersos en cualesquiera otras partes, sea del continente español, ó sea de cualesquiera islas dependientes del sobredicho continente, y por cualquiera razón que fuere, sin excepción».

Comunicóse el tratado completo á Guatemala en 24 de Octubre de 1783, junto con un precioso mapa manuscrito de los terrenos designados en el citado art. 6.º

«Desgraciadamente (concluye el señor Barberena), los grandes acontecimientos europeos de los últimos años del siglo pasado, después las expediciones militares de Napoleón y la

emancipación de la mayor parte de las colonias españolas en nuestro continente, distrajeron la atención de la corte de Castilla, y los súbditos ingleses se establecieron cómodamente en el distrito. El *permiso* se convirtió poco á poco en derecho de propiedad sobre el suelo, derecho que no faltó gobierno centroamericano que lo reconociese. Así vino á ser un simple establecimiento para corte de madera, la colonia de Belize, ú Honduras inglesa».

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

Trabajos no coleccionados de D. Ramón de Mesonero Romanos (publicarlos sus hijos). — *Ideas é ideales*, por D. Adolfo Posada.

Muy frecuente va siendo el coleccionar en libros los artículos ú otros escritos breves primeramente publicados en periódicos. Convidan á ello la difusión y baratura de la imprenta, la aspiración natural, aunque no siempre justificada, del escritor, á dar perpetuidad á sus trabajos, y aun la esperanza de algún posible lucro, puesto que el libro es, al cabo, un producto industrial que está en el comercio de los hombres, y puede hallar quien quiera comprarle. Pero, hablando en términos generales, soy yo poco partidario de estas colecciones de artículos. En la mayoría de los casos hay exceso de optimismo en suponer que escritos que acaso cumplidamente respondieron á las exigencias de la información ó del comentario cotidiano de los periódicos, puedan conservar interés pasadas las circunstancias de la actualidad que les dió vida. Todo escrito periodístico, por su índole misma, tiene que atender mucho á lo temporal, á lo pasajero, que es lo que forma y define la actualidad en cada caso, y por lo mismo es raro que en trabajos tales corresponda la orientación del pensamiento y la manera de considerar las cosas á la permanencia que el libro pretende y á que aspira. Y así como en los periódicos disueñan los escritos puramente doctrinales y estaría fuera de lugar el discurrir acerca de los hechos de cada día *sub especie æterni*, coleccionar en el libro los comentarios pasajeros edificados

sobre la mudable actualidad es un exceso de aprovechamiento, empresa análoga á la de conservar para las generaciones futuras papeles de fumar, palillos de dientes ó cualesquiera otros objetos que, aun siendo muy útiles, no están destinados á tener más que brevísima duración. No es cuestión de mérito, sino de índole y duración natural de las cosas.

Comprendo que puede haber excepciones á esta que juzgo regla general; pero como en la presente crónica me he propuesto examinar dos libros compuestos de aquella clase de escritos á que me refiero, me ha parecido que no estaría de más indicar, á manera de preámbulo, las dudas que yo tengo acerca de la utilidad de estas colecciones. Al fin y al cabo, cada autor es muy dueño de aspirar ó no aspirar á la perpetuidad de los productos de su inteligencia, y de hacerlo, si efectivamente aspira á ello, en la forma que le venga en ganas; y por lo común, el perjuicio de tercero, si llega á producirse, será muy remoto y consistirá en aumentar la enorme cantidad de papel impreso, que hará en extremo pesada y enojosa la tarea de los investigadores del porvenir y les obligará probablemente á ejecutar en las bibliotecas y archivos prudentes escrutinios y selecciones, tal vez algo más rigurosos que el que hicieron de los libros de caballería de D. Quijote el cura y el barbero del inmortal Cervantes. Tras una época tan aficionada á coleccionar y conservar todo género de reliquias literarias é históricas, como es la actual, tiene que venir otra que ponga orden, cercene y reduzca tantos materiales, pues de lo contrario los hombres futuros no sabrían qué hacerse con tan inmensa copia de datos, y no habría medio de saber nada de nada dentro de los límites naturales de la existencia humana, perdiéndose la mayor parte del tiempo en desbrozar el terreno y enterarse de futesas y menudencias de muy corta importancia.

Digo que uno de los libros á que antes aludo es la nueva colección de escritos de D. Ramón de Mesonero Romanos, que con el título de *Trabajos no coleccionados* han publicado re-

cientemente los hijos del famoso escritor, y que á más del volumen puesto ya en circulación ha de tener otro, de cuyo contenido se da alguna anticipada noticia en el aviso preliminar del tomo que ha visto la luz pública. No se compondrá exclusivamente esta obra (hablo en futuro pensando en el segundo tomo) de artículos de periódico unidos y clasificados por materias, puesto que de ella han de formar parte, según anuncian los colectores, varios arreglos y refundiciones del teatro antiguo y del francés, en que se ejercitó la pluma de Mesonero, y que hasta ahora habían permanecido inéditos. Pero la mayor parte de los *Trabajos no coleccionados* que ahora coleccionan los hijos del famoso escritor, son escritos que vieron la luz en antiguas publicaciones y que han sido extraídos del *Semanario pintoresco*, del *Diario de Avisos*, de las *Cartas españolas*, del *Museo Universal* y de *La Ilustración*; es decir, de papeles desaparecidos unos hace mucho tiempo, que han sufrido otros grandes transformaciones, y cuyos números de entonces rara vez son hoy consultados y leídos, á no ser por exigencias de alguna investigación erudita.

Con todo, esta colección de escritos, muchos de los cuales periodísticos fueron por haberse escrito para periódicos y publicado en ellos, no puede considerarse como ociosa y hay que ver en ella uno de los casos de excepción á la regla general que senté al principio. Como tal excepción los considero por el interés histórico que ofrecen bajo dos distintos aspectos. Consiste el uno en que perteneciendo ya á la historia literaria la figura de D. Ramón de Mesonero Romanos, nos ayudan á conocerla; y el otro en que, aparte de esta consideración, muchos de los trabajos coleccionados encierran datos sobre la transformación del antiguo Madrid (artículos sobre mejoras urbanas y proyectos referentes á las mismas); otros sobre las costumbres privadas en la primera mitad del siglo (bosquejo de Madrid en 1820 y 21), y otros, en fin, nos presentan un período de la evolución de la crítica literaria (críticas de Mesonero acerca de diferentes obras).

Lo que antaño fue actualidad en estos escritos se ha transformado ya en interés histórico. Las *Escenas matritenses*, por ejemplo, pintan una sociedad que ha desaparecido, costumbres que han sufrido no pocas variaciones; mas sin embargo, interesan casi tanto como en la época en que sus lectores pudieron ver en ellas el reflejo fiel del mundo en que vivían. Esta permanencia del interés avalora el ingenio de Mesonero Romanos, y depende de que su sátira reposada y decorosa no personalizó, y sus pinturas trataron de fijar lo genérico dentro de la época; es decir, lo menos fugaz y pasajero de la actualidad, lo que puede subsistir como elemento histórico cuando aquélla es pasada, al revés de lo que acontece con lo individual, que para sobrevivir necesita ir unido á algo general y colectivo. Por eso la historia sólo conserva memoria de contados individuos que tuvieron alguna representación social, es decir colectiva, y olvida ó desconoce á los demás, aunque la llamada historia interna investigue y recoja las condiciones de vida de esa multitud anónima; pero lo hace sin personalizarlas en este ó el otro sujeto.

En los trabajos de Mesonero Romanos, sacados nuevamente á luz por sus hijos, están representados los varios aspectos de aquel ingenio y los asuntos diferentes en que se ejerció. Es desigual esta representación. Los artículos de costumbres sólo pueden ser considerados como meras muestras ó antecedentes de lo que produjo en este género el autor de *Las Escenas matritenses*, y son ciertamente muy inferiores á ellas. Las descripciones de monumentos de Madrid y de fuera de la Corte, sin ofrecer gran novedad, contienen curiosas noticias y se leen con agrado por su claro y sencillo estilo y su discreta y proporcionada erudición.

Los artículos de crítica literaria presentan también erudición sin pretensiones cuando la materia lo requiere, y siguen los dictados del buen sentido sin caer en la petulancia ni en el exceso de afectada superioridad que tan empachoso y cargante hacen este género de escritos, cuando la pluma de algún

D. Hermógenes los traza. Por cierto que dos de los artículos de esta clase, *Las novelitas francesas* (estas novelitas eran nada menos que las de Balzac y Jorge Sand) y *Poesías jocosas y satíricas de D. Juan Martínez Villergas*, permiten apreciar hoy á la distancia de más de medio siglo desde que tales artículos fueron escritos, los pasos de la *lenta pero continua* desaparición de la moral en la literatura. Lo que alarmaba á Mesonero Romanos en 1840 y 1842, podría ser considerado hoy como espejo de buenas costumbres, si se compara con la novísima literatura amoral ó inmoral (que en la mayoría de los casos viene á ser lo mismo). Séanme testigos las *Claudinas* de Willy.

Pero lo más importante del tomo son los escritos referentes á las reformas urbanas de Madrid y á la promoción de mejoras que en gran parte vemos hoy realizadas. El interés que ofrecen estos escritos no es literario, sino histórico y administrativo. Vemos surgir en ellos de entre el viejo caserío del Madrid antiguo la ciudad moderna que le ha ido en gran parte sustituyendo, dejando confinados sus restos en barrios plebeyos apartados de los nuevos centros vitales de la población; asistimos á la creación de servicios hoy familiares, como el correo interior, introducido primeramente por una empresa particular; hallamos noticia de sucesos olvidados, como la exposición industrial celebrada en Madrid en 1850, y que era la sexta de su clase intentada desde 1827; vemos propuesto el ensanche de la población (en el plan general de mejoras de Madrid) tal como ha ido con el tiempo realizándose, y observamos, en fin, la labor perseverante de un hombre que consagró buena parte de su tiempo y de su ingenio á la transformación urbana de Madrid. No sin cierta melancolía se lee esta parte del libro de Mesonero. Los edificios de que él hablaba con elogio como muestras del adelanto en la construcción y en el ornato de la villa son ya relativamente anticuados. La fuga del tiempo se aprecia aquí visiblemente, y todas aquellas novedades de su tiempo de que nos habla *El Curioso Parlante*, nos hacen el

efecto de las flores secas que alguna vez hallamos olvidadas entre las páginas de un libro.

Los artículos, opúsculos y proyectos de Mesonero permiten apreciar en conjunto esa gran transformación del Madrid de principios del siglo XIX, en que, á pesar de las mejoras introducidas por los primeros reyes de la dinastía de Borbón, subsistía mucho de la antigua corte de los Austrias, en la ciudad moderna que hoy habitamos. Para dar su justo valor á esta transformación hay que mirarla á distancia. Los escritos de Mesonero Romanos son un excelente guía para este examen, así como sus *Escenas matritenses* y demás cuadros de costumbres lo son también para observar otra transformación, aunque menos aparente y tangible, tan honda como aquélla: la de las costumbres privadas y la vida doméstica en Madrid, y aun pudiera decirse en la sociedad española. Indudablemente esta última transformación no puede ser objeto de tan favorable juicio como la primera. La vida de la sociedad española de la mitad del siglo XIX era más seria, tenía mayores elementos de salud y mayor caudal de esperanzas que la de ahora. Acaso en las poblaciones pequeñas sea menos sensible el cambio, pero en Madrid es grandísimo, y entre la vida parca y ordenada de aquella clase media de antaño, en cuyos estrados solían lucir modestas sillas de Vitoria, y la actual confusión de clases que obliga ó induce á las inferiores á simular una opulencia ú holgura que no tienen, media inmensa distancia. El quiero y no puedo, la vanidad, el lujo ó la aspiración á gozarlo, han traído un rebajamiento grande en las costumbres. Aparte de alguna mayor difusión en la cultura, en casi todos los órdenes de la vida nos hemos empequeñecido y rebajado.

El libro con que los hijos de *El Curioso Parlante* han querido contribuir á la conmemoración del centenario de su nacimiento (en tal ocasión y con tal fin se han publicado los *Trabajos no coleccionados* de que vengo hablando), producirá acaso el efecto de llamar la atención hacia la labor literaria de Mesonero Romanos, que hoy va camino de un innmerecido olvido.

El Curioso Parlante fue más apreciado de sus contemporáneos que de las nuevas generaciones, ordinario destino de los escritores que no son superiores á su época. Su vida de escritor fue por otra parte bastante larga, para que tuviese que pasar por variaciones grandes en el gusto del público. Hay que reconocerle, sin embargo, aparte de otros merecimientos, el de haber sido un iniciador. Como dice Hartzzenbusch en el prólogo de las *Escenas matritenses*, fueron éstas un género nuevo en su tiempo, y aun podría añadirse que con ellas, desarrollando el espíritu de observación y la pintura fiel y exacta de tipos y costumbres, preparó su autor el terreno á la novela, é introdujo en las descripciones literarias un sano y equilibrado realismo. Por otra parte, el mérito de la sátira social en los escritos de Mesonero es tanto mayor, cuanto que es la suya una sátira inocente y sin hiel, que no se encarniza con los sujetos en quienes se ejercita, ni traspasa los límites de la moderación y del decoro. Y es evidente que cuanto menos mordacidad hay en la sátira, mayor ingenio se necesita por hacerla amena y sabrosa.

*
* *

Ideas é ideales, de D. Adolfo Posada, es el otro libro de que me propongo decir algo en esta Crónica. Es una colección de artículos, por lo general muy breves, y en los cuales demuestra su autor notables dotes de exposición didáctica. Tratan casi todos ellos de asuntos complejos que se prestan á la discusión y ofrecen numerosos puntos de vista, y su mérito consiste, principalmente, en la manera de plantear en breves palabras el problema con claridad y precisión, y después de dar una noción general de él, sacar alguna consecuencia ó conclusión específica en que se concreta y define el pensamiento del expositor. No es fácil en escritos breves de vulgarización, acomodados á la índole de la prensa periódica, esta acertada combinación de lo abstracto y lo concreto, de lo general y lo particular. El hábito de enseñar puede ser de eficaz ayuda

para conseguirlo, y el Sr. Posada, que es un distinguido profesor de la Universidad de Oviedo, tenía sin duda mucho adelantado desde este punto de vista, para acertar en la empresa de vulgarización que sus artículos representan. La prensa tiene algo de docente, en particular en aquel género de trabajos á que pertenecen los coleccionados en el libro *Ideas é ideales*.

Cuestiones pedagógicas, morales, estéticas y de las llamadas por antonomasia sociales, forman los variados asuntos de esta numerosa serie de artículos. Los aspectos pedagógico y sociológico *extrictu sensu*, son los que predominan. Resultaría demasiado minuciosa una enumeración de los artículos contenidos en el libro del Sr. Posada; pero á varios de ellos he de dedicar algunas palabras, movido de lo sugestivo y atrayente de la materia.

El primero de los artículos que contiene el libro de Posada está consagrado á Ruskin. Con motivo de la publicación de varias traducciones españolas de obras del famoso estético inglés y de los diversos estudios sobre su personalidad y sus ideas, publicados en diversas épocas (Milsand, de la Sizeranne, Bardoux), el Sr. Posada, siguiendo la obra del último de los citados escritores, expone y comenta las observaciones que hace Bardoux sobre el aspecto moral de la labor y de la influencia de Ruskin. Indudablemente ese aspecto moral existe; pero al hablar de Ruskin y de la *religión de la belleza*, conviene hacer alguna reserva sobre los imitadores que han desnaturalizado y falseado su doctrina, sentando más ó menos explícitamente la pedantesca y absurda teoría de la superioridad de los valores estéticos sobre los morales; la doctrina del *beau geste*, de que lo bello tiene en sí un valor superior que lo justifica aunque sea inmoral y malo, y de que el fin supremo de la vida debe ser la producción y el gozo de belleza. Claro que Ruskin no es responsable de estos errores y extravagancias que, partiendo de la estética, suelen ir á parar á un término tan antiestético como el ridículo; pero bueno es tener en cuen-

ta las degeneraciones de que es susceptible el culto á la estética, para no sacarle de su propia esfera ni pretender hacerle imperar en otras en que sólo puede ser cosa subalterna.

Otro capítulo interesante de la obra del Sr. Posada es el que consagra al libro de W. James *Los ideales de la vida*. En este artículo hay una observación muy profunda y verdadera: no basta buscar el ideal; hay que sentirlo, hay que convertirlo en sustancia propia. Podría decirse en otra forma, ampliando algo el pensamiento, que los ideales no pueden crearse artificial y reflexivamente, ni basta para que tengan calor y vida que el individuo se proponga abrazarlos por elección deliberada de su inteligencia. En esto está la clave de la crisis moral contemporánea. La extinción ó debilitación de los ideales antiguos, que eran fruto de la historia y la tradición y estuvieron hechos carne en los hombres que los profesaron, ha dejado un vacío imposible de llenar de momento, porque los ideales no se improvisan con fuerza de obligar, aunque nuevas doctrinas puedan concebirlos con claridad y proponerlos. Tienen su período forzoso de gestación y crecimiento; no pueden prescindir del tiempo, aunque quieran los que los propongan.

También expone Posada en breves y claras palabras la doctrina de W. James acerca de la tolerancia. «Debemos ser tolerantes—dice—por respeto á lo íntimo de cada cual, porque nadie es capaz de sentir y pensar sino por sí solo, y porque la posición de todo hombre frente al mundo, frente á la realidad sensible, como frente á la ideal, es única: la suya.» Esta doctrina de la autonomía individual no es quizás el más fuerte argumento que puede invocarse en apoyo de la tolerancia, pues en el supuesto necesario de la vida social, aquélla tiene que limitarse en cuanto surja perjuicio de tercero ó mal mayor que el bien que esa autonomía en sí representa. La gran razón en favor de la tolerancia es que no somos infalibles, por lo cual la Iglesia, que se proclama infalible, está en su derecho declarándose intolerante. Mas no debe olvidarse

que, en la práctica de la vida, la tolerancia, más que producto de una doctrina que la justifique, es efecto de hábitos. La doctrina se busca acaso *à posteriori*, para dar la razón del hecho. Si este hecho (la tolerancia) no existiera, no bastaría la doctrina para engendrarle. Es asunto de sentimiento y suavidad de costumbres, más que consecuencia intelectual de una teoría.

En el artículo titulado *Una fundación universitaria* (se refiere á la fundación universitaria de Belleville) plantea el Sr. Posada, incidentalmente, una cuestión de sumo interés, guiándose por las reflexiones que hace el economista Carlos Gide en la introducción á un folleto consagrado á la citada fundación, que es por la cuenta una especie de Universidad popular. Gide hace notar la contradicción que existe entre los elogios que se tributan al trabajo manual y el hecho de que las clases elevadas de la sociedad, ó simplemente las clases más cultas, no busquen ni quieran compartir esas ocupaciones mecánicas que honran y ensalzan tanto en sus discursos.

Lo atribuye Gide á las condiciones del trabajo manual en la actualidad, y sin duda puede preverse que los adelantos futuros de la mecánica, haciendo más técnico y más intelectual esta clase de trabajo, y despojándole de alguna ó quizás de gran parte de las molestias y fatigas que supone, podrán ennoblecerlo grandemente en lo porvenir. Pero éste es uno de los puntos en que tiene que fallar forzosamente la igualdad. Nunca podrán tener igual estimación los diferentes trabajos y ocupaciones en que se invierta la actividad humana. Por mucho que se borren los linderos entre las clases, habrá siempre motivos de diferente apreciación de los trabajos, ya por la mayor ó menor utilidad que reporten á la sociedad, ya por las diversas condiciones de capacidad que exijan y la escasez ó abundancia de sujetos aptos para desempeñarlos. Una cosa es la dignidad moral de todo trabajo honrado y honradamente desempeñado, y otra muy distinta la diferente importancia y estimación que á cada clase de trabajo corresponda. Sin duda podrá haber clases de trabajo manual más importantes que

otras de trabajo intelectual que tengan frívolas y superfluas aplicaciones; pero, en general, el último tendrá siempre la superioridad directora.

De muchas otras cuestiones importantes trata el libro del Sr. Posada, y las anteriores referencias no tienen otro carácter que el de ejemplos encaminados á dar idea de su índole. Está escrito con facilidad y soltura, estimula á leer y pensar, y puede ser considerado, por tanto, como un excelente libro de vulgarización de conocimientos é ideas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—SOCIOLOGÍA: Una república de niños.—Las Hurdes.—ETNOGRAFÍA: Las nacionalidades en Austria-Hungría.—CRÍTICA LITERARIA: Las autoras retratadas por sí mismas.—HISTORIA: La envidia de Napoleón I.—CRIMINOLOGÍA: Entre presidiarios.—CIENCIAS SOCIALES: El intelectualismo.—IMPRESIONES Y NOTAS: El cristianismo unitario.—La Colomba de Mérimée.—La carta de dote.—La enseñanza comercial en Rusia.

SOCIOLOGÍA

UNA REPÚBLICA DE NIÑOS.—Es curiosísimo el ensayo de organización de una república de niños, hecho por el comerciante George, de Nueva York, y referido en la *Revue Bleue* por Enrique Bargy.

En 1887, George, que tenía entonces veintiún años, ocupaba sus ocios en tratar á los *golfos* de los barrios pobres. Interesándose por ellos, se llevó á treinta chicos durante el verano á una finca que tenía al Norte; y, habiéndole gustado el resultado, al año siguiente llevó doscientos, y entre ellos cincuenta muchachas. Los alojó en una gran tienda de campaña, y los propietarios de los alrededores les dieron víveres y vestidos. Pero al cabo de cuatro veranos George observó que aquella colonia de vacaciones era un desastre: la décima parte de los chicos tenía alarmada á la vecindad con sus correrías, travесuras y rapiñas, y los nueve décimos restantes no iban allí más que para mendigar. Era llevar al campo los dos grandes vicios de la ciudad: la vagabundería y la mendicidad, y George cortó por lo sano.

Al quinto año, en 1894, manifestó que no daría vestidos sino á cambio de jornales. El primer pilluelo que se ofreció á cavar fue silbado por sus compañeros; pero cuando éstos le vieron con traje nuevo al cabo de cinco días, todos le imitaron. Era el primer paso para quitar el hábito de la mendicidad á tales granujillas. Aquel mismo año, en vista de que los azotes con que castigaba á los rateros, jugadores y fumadores no daban resultado, tuvo la idea de hacer juzgar á los *golfos* por un jurado compuesto por ellos mismos, y el éxito fue completo. Habiéndose puesto malo cierto día el vigilante de los castigados, que lo eran á trabajos forzados, los chicos presentaron para reemplazarle á uno de ellos, que había sido jefe de la banda de pilletes más temible, los *¡The-oh!*, de Nueva York; y, aceptada la designación, se vió que los castigados á trabajos forzados trabajaban como nunca lo habían hecho.

Con el experimento del jurado y de la policía, George se animó en 1895 á organizar la república de niños, *George Junior Republic*. Hizo elegir un diputado por cada 12 electores y un senador por cada clase de la escuela profesional, y formó el Senado y el Congreso, reservándose tan sólo George el derecho de veto, y pensando en hacer permanente la república: veinte chicos se ofrecieron á quedarse; pero unos, reclamados por sus padres, y otros, arrepentidos, de los veinte sólo quedaron cinco. Dos ó tres años después todos sentían no haberse quedado. En el primer invierno, los cinco tuvieron que vivir con patatas y tomates. «Uno de nosotros—decía uno de ellos en su periódico, el *Diario Oficial de la República*—hacía de cocinero, y no tenía que devanarse los sesos para el *menú*: patatas y tomates por la mañana, tomates y patatas por la tarde, y puré de patatas con tomate por la noche.» Hoy las cosas han cambiado, y de aquellos pilletes tres son estudiantes en la Universidad, dos han sido presidentes de la república, y todos tienen buena colocación.

Los niños sienten la responsabilidad de las leyes que hacen, y se enorgullecen por ellas; la justicia, la policía y la dis-

ciplina están en sus manos. George no interviene en la administración de justicia; un día que abogó por el sobreseimiento de una causa, el juez—un niño—le dijo que estaba bien, pero que había que aplicar las leyes de la república y condenar al culpable. Es para ellos como un hermano mayor, y todos le llaman *¡Daddy!*, que es el nombre familiar que en América se da al padre. Allí no hay adultos para la vigilancia; la finca no tiene cerca, y por la noche, después del trabajo en la biblioteca, se ve á los condenados irse en fila, seguidos por un agente de su edad. El ensayo de George es concluyente, porque sus primeros colonos fueron vagabundos, y los demás han ido allí, en gran parte, desde la cárcel.

Económica y políticamente, el régimen está fundado en la independencia de los niños. Logrado el cambio del trabajo por vestidos, George, para acabar con la mendicidad, exigió el pago del alimento y de la habitación, para lo cual puso en circulación una moneda local, hecha de fichas de cartón, que repartía á los niños á cambio del trabajo, y que volvía á recibir á cambio de alimentos. Prohibida toda distribución gratuita de víveres, al que no quiere trabajar no se le obliga á que trabaje, pero ayuna. Luego la moneda de cartón ha sido reemplazada con otra de aluminio, con las armas de la república: una bandera y un hacha cruzadas y la divisa «Nada sin trabajo».

La mayor parte de los pagos se hacen, sin embargo, por cheques, lo que obliga á cada ciudadano á tener su cuenta corriente en el Banco de la república. Hay chicos sin un cuarto y *millonarios* que tienen 25 dollars en su cuenta corriente; hay *restaurants* baratos, sin manteles, y otros más caros. Hay dormitorios con cinco ó seis camas para los más pobres, cuartos con una cama en los hoteles, y hasta habitaciones para los más ricos en granjitas, donde se hace vida de familia. La única moneda que allí se admite es la local, y los chicos saben economizarla porque aprenden, ante todo, á ganarla; la responsabilidad que tienen de su fortuna les acostumbra al orden y á la vigilancia, y la libre elección que tienen de sus me-

dios de existencia desarrolla en ellos el espíritu de iniciativa y de ingeniosidad.

Un día Daddy sacó á subasta una linterna mágica; los muchachos ofrecieron por ella de 1,75 á 2,25 duros, pero Gilberto ofreció cinco duros y se quedó con ella; tuvo que dejar en prenda los vestidos, y en seguida notó que había hecho un mal negocio; se ofreció para hacer la cama del hostelero y darle una de sus galletas cada mañana si le cedía una habitación para el espectáculo; dividió los cristales de la linterna en tres series para tres representaciones; pero la venta de billetes no le dejó ganancia ninguna; entonces dijo que los billetes sólo daban derecho á la entrada, é hizo pagar 25 céntimos por asiento de primera fila, formada con sillas, y 15 por los de segunda, de cajas de jabón; con eso ganó un duro y se desempeñó. En aquella república, y en otras, las gentes hacen más caso de lo que les cuesta algo que de lo que no cuesta nada.

La república tiene un diario, en el que cada cual imprime lo que se le ocurre, sin que se corrija su puntuación ni su ortografía. Los chicos van á comer con la alegría de haber ganado lo que comen. Tienen la ilusión de bastarse á sí mismos, y tratan á George como un igual, sin comprender algunos que lo que George les da por su moneda de aluminio lo tiene él que comprar con moneda legal de los Estados Unidos. Es un Estado en miniatura y una lección de cosas viva.

La reforma de un pillete es obra de paciencia, que invierte de uno á tres años; apenas hay ciudadanos en la república que no se hayan salvado dos ó tres veces. Como no hay muros ni fuerza física que les impida huir, acaban por comprender que á la larga sus actos ilegales les perjudican, y dirigen su actividad en otro sentido; una vez convertidos, cuentan en el *Diario* sus escapatorias, sus fechorías y su arrepentimiento.

La república es el único penitenciario que se ha desembarazado de esos vicios secretos de las cárceles y presidios; allí esos vicios constituyen un crimen, y la vergüenza de ser condenado por sus iguales por semejante causa es tal, que el pri-

mero á quien se condenó quiso ahorcarse de desesperación; así se acabó con el vicio.

La vida en común de muchachos y muchachas no ofrece peligro alguno. Una chica que había sido rechazada de los colegios por sus escapatorias con los muchachos, es uno de los más nobles caracteres de la pequeña república. Y allí no sólo se trabaja, sino que se juega y la gente se divierte. Y el espíritu público es tan vivo, que los antiguos miembros de la G. J. R. continúan formando como una pequeña nación, y dondequiera que se encuentran se reconocen y organizan tertulias para cultivar sus relaciones. El ensayo de George es, en suma, un ensayo felicísimo de penitenciaría modelo y una lección viva de sociología práctica.

*
* *

LAS HURDES.—Formando triste y doloroso contraste con la republiquilla de Georges, tropezamos en la *Revista de Extremadura* con un artículo de Crotontilo, dedicado á las Hurdes, de tonos pesimistas y desconsoladores, inspirados en la realidad y sugerido por otro trabajo que Sánchez Asensio ha dedicado á los jurdanos en la *Revista católica de cuestiones sociales*.

Las Jurdes ó las Hurdes (con *h* aspirada) es una pequeña comarca situada en la provincia de Cáceres, en el límite de la de Salamanca, á la que también corresponde una pequeña parte del territorio jurdano. Allí están enclavadas las famosas Batuecas, valle en extremo fragoso y pintoresco; y todo cuanto á tan abandonado país se refiere es tan interesante, que desde el siglo xvii viene siendo objeto de especial estudio por nacionales y extranjeros.

Sánchez Asensio y Crotontilo, que conocen perfectamente el país, siendo el primero cacereño, y habiendo vivido el segundo en directo contacto con los hurdanos por su profesión de médico en la comarca, coinciden en que para rescatar de la mi-

sería aquel país y sus habitantes, no hay más que una solución: «la despoblación forzosa de las Jurdes del interior». La solución es brutal, pero aseguran que no hay otra, pues la que Sánchez Asensio propone de que vayan los frailes salesianos á colonizar aquel territorio, la encuentra Crotontilo ineficaz.

En las Hurdes hay que estudiar dos elementos: el terreno y el habitante. Si un sujeto—dice Crotontilo—se empeña por ceguera intelectual en establecerse donde no hay aire respirable, sino sólo gases mefíticos y pestilentes, será tratado, con razón, de loco ó imbecil, y lo primero que se nos ocurrirá si nos pide que le hagamos respirar un aire que no le mate, será aconsejarle que mude de vivienda, que se traslade á otra comarca más sana.

Eso es lo que ocurre en las Hurdes. ¿Quién clava á los pobres hurdanos en aquel estéril territorio? Allí ninguno espera obtener siquiera ni bienestar ni mejoras de ninguna clase. Su deseo es que nadie se acuerde de ellos, que nadie llegue á sus madrigueras, que se les deje sumidos en la modorra de su miseria y de su semisalvajismo.

Si siquiera hubiera el pretexto de la densidad de la población, se explicaría la repugnancia del hurdano á dejar sus lares por la dificultad de encontrar otros; pero Extremadura es precisamente la comarca menos poblada de Europa, y los jurdanos encontrarían en todas partes trabajo y porvenir. No hay pretexto para levantar la bandera de la compasión por los hurdanos, á quienes toda campaña de sentimentalismo, por noble y generosa que sea, más perjudica que aprovecha.

No toda la región hurdana padece el mismo mal. Hay que excluir los poblados de Nuñomoral, Caminomorisco, el Casar, Cabezo, Casares y Pinofranqueado, las cabeceras de los cinco municipios jurdanos, y algún otro pueblo con medios de vida y en vías de progreso. La región de que se trata es la del interior, la desparramada en miserables alquerías, en montañas peladas, que parecen trozos de tierra maldita, y donde el hombre vive á semejanza de las fieras, sin más estímulo

los que su egoísmo ni otro freno que su cansancio é impotencia. Esos miserables seres no tienen idea de la civilización; y si la tienen, la tienen tan equivocada, que hablan con horror de nuestras costumbres, declarando que su felicidad está allí, en las soledades espantosas de sus áridas montañas. Si algún hurdano, por casualidad, llega á la talla de soldado, irá al servicio, pero llorando siempre por su tierra; y apenas tiene la licencia, vuelve al mísero terruño en busca del hambre y del haz de helechos, sin que el contacto de unos años con el mundo culto le haya curado de su insensata nostalgia.

Es raro el hurdano que no ofrece alguno de los rasgos típicos de los degenerados: microcéfalos en abundancia, de cara asimétrica, hidrocéfalos, raquíuticos, toda la fauna humana de la más oprobiosa y triste inferioridad. Pasan como espectros, flacos, sucios, desnudos, indiferentes, sin otro empeño que el de volver pronto ricos á su choza; y la riqueza consiste en un saco de mendrugos y unos harapos que recogen mendigando por los pueblos extremeños y salmantinos de las cercanías. Los que no quieren ó no pueden salir, esperan á los otros, acechando todos los días su llegada desde los picos de las montañas, y cuando llegan todo es alborozo, entusiasmándose unos y otros con el relato de la peregrinación y de los festines á que han asistido en los tres meses de ausencia. Con los mendrugos pulverizados hacen una pasta que les sabe exquisita, y así pasan los rigores del invierno, guarecidos en sus nauseabundas chozas, que les parecen mejores que palacios.

No hay esperanza de mejora; allí no hay que pensar en que se llegue á vivir la vida normal de los países cultos; aquellos campos estériles no producen ni producirán nunca más que madroños. Hay que arrancar de aquella tierra ingrata á esos desgraciados y traerlos á la vida de la civilización, transportándolos. No hay más solución al problema de saneamiento de aquel territorio, que ir derechos «á la despoblación de las Hurdes del interior», procediendo, si es preciso, *manu militari*.

ETNOGRAFÍA

LAS NACIONALIDADES EN AUSTRIA-HUNGRÍA.—Escribiendo Luis Palma en 1876 sobre los resultados deficientes de los censos etnográficos llevados á cabo en Austria-Hungría, decía que sería importante averiguar la acción ejercida sobre la fusión de tantas estirpes y lenguas, por lo menos sobre las más incultas y esporádicas, por el tiempo, las lenguas más cultas, la autonomía administrativa y la libertad política. Este balance interesantísimo puede hacerse hoy—dice en la *Nuova Antologia* F. Salata—una vez conocidos los resultados del censo de 31 de Diciembre de 1900. El dato de las lenguas habladas se ha incluido con excelente resultado entre los del censo de Italia en 1861 y 1900, y los últimos de Alemania, Suiza, Bélgica é Irlanda; Austria exigió, entre las noticias reclamadas, la de la lengua usual (*Umgangssprache*), y Hungría la de la lengua materna ó la de la lengua usada en el país ó por el simple ciudadano. Claro es que los ejecutores del censo, no siempre son fieles á la misión que se les encomienda, y procuran disminuir los italianos del Trentino y del Tirol, los alemanes de Bohemia, los rutenos y rumenos de Polonia y Galizia y todas las estirpes no maggiaras en Hungría; pero teniendo en cuenta el hecho, podrá darse á las cifras su verdadero valor.

El balance que sigue se refiere especialmente al Austria, y comprende los censos de los tres últimos decenios, 1880, 1890 y 1900. Es de advertir que como lenguas usuales sólo pueden indicarse las nueve siguientes: alemana, checa (bohemio-morava-slovena), polaca, slovena, rutena, serbocroata, italiano-ladina, rumena y maggiar, ésta sólo en la Bucóvina; de modo que los griegos, por ejemplo, que habitan en las ciudades comerciales del Imperio, tienen que declarar como lengua usual una de las nueve citadas, y no la suya. He aquí los resultados:

DECLARARON usar la lengua	EN EL CENSO DEL AÑO					
	1880	TANTO %	1890	TANTO %	1900	TANTO %
Alemana.....	8.008.864	36,75	8.461.580	36,05	9.170.939	35,78
Tcheque.....	5.180.908	23,77	5.472.871	23,32	5.955.397	23,23
Polaca.....	3.238.534	14,86	3.719.232	15,84	4.259.152	16,62
Rutena.....	2.792.667	12,80	3.105.221	13,22	3.375.576	13,17
Slovena.....	1.140.804	5,23	1.176.672	5,01	1.192.780	4,68
Italiana.....	668.653	3,07	675.305	2,88	727.102	2,84
Serbocroata..	563.615	2,59	644.926	2,75	711.380	2,77
Rumena.....	190.799	0,88	209.110	0,89	230.963	0,90
Maggiar.....	9.887	0,05	8.139	0,04	9.516	0,04

El aumento percentual de la población indígena fue de 7,70 en el decenio 1880-90, y de 9,20 en el de 1890-1900. Las lenguas que tuvieron un número de cultivadores superior á este aumento fueron la polaca (14,52), la serbocroata (14,42) y la rumena (10,45); las otras lenguas, ó se mantuvieron en la misma proporción ó tuvieron un aumento inferior proporcionalmente al de la población. ¿Cuáles han sido las causas de este fenómeno? ¿Qué parte ha tenido en el aumento la asimilación de territorios ó de personas, y cómo ha influido en la disminución la natalidad y la mortalidad, la inmigración y la emigración?

El alemán ofrece el hecho extraño de haber crecido en las provincias donde los alemanes están en insignificante minoría, como Trieste, donde el aumento es de 25 por 100; Gorizia-Gradisca, en que llega á 60,7; en Istria, donde es de 19,8, y en Bucóvina y Dalmacia, donde es de 19,4 y de 13,8, cifras todas superiores á los aumentos percentuales de las poblaciones respectivas, mientras que en las provincias en que es el elemento dominante ha disminuído. El alemán ha ganado terreno en la Stiria y en la Carintia, á expensas de los slovenos; en el Tirol y Vorarlberg, á expensas de los italianos, y en Bohemia, á cos-

ta de los tcheques, en tanto que lo han perdido en las dos Austrias, especialmente en la inferior, cediendo á la infiltración tcheque; en Carniola, empujados por los slovenos; en Moravia, por los tcheques, y en Silesia, por los polacos.

Los tcheques han perdido en conjunto; los polacos han ganado bastante; los rutenos tienden á decrecer; los slovenos decrecen positivamente; los serbocroatas permanecen casi estacionarios con ligero aumento, y los italianos han disminuído, siquiera sea en insignificante proporción. Es bien extraño que los grupos italianos esporádicos, es decir, las colonias desparrramadas en las provincias alemanas ó eslavas del Imperio, han aumentado extraordinariamente, lo que no se explica sino por el interés de la administración en falsear los resultados que pueden estimar perjudiciales, rebajando las cifras en la Dalmacia y en la Istria, hechos censurados en pleno Parlamento por los diputados italianos. En cuanto á los maggiares, que en Austria sólo habitan en la Bucóvina, han sufrido una disminución de relativa importancia en el primer decenio, todavía no compensada con el ligero aumento del segundo.

En Hungría, según los resultados del censo de 31 de Diciembre de 1900, la población civil de lengua materna húngara ha crecido del 41,1 al 45,4 por 100; la población alemana ha bajado del 12,5 al 11 por 100; y los slovacos, rumenos, croatas y servios ha disminuído también en proporción semejante; los italianos están también en disminución, y los zíngaros, que eran 82.256 en 1860, han quedado reducidos á 61.658. Frente á estos resultados oficiales, se presentan otros particulares harto diferentes, como los de Pablo Balogh, que demuestra los progresos de los rumenos, slovacos y alemanes, que en los últimos cincuenta años han ganado á los húngaros 309 municipios.

Las conclusiones que de este estudio saca Salata son interesantes. Los alemanes hacen frente en Bohemia á la invasión tcheque y resisten victoriosamente la invasión slovena en Stiria y Carintia, retrocediendo ante rutenos y

techeques en Moravia y Silesia; los italianos contrarrestan la acción de la política germanófila en el Trentino y muestran enérgica fuerza de asimilación en Trieste y en Istria; los polacos de Galizia absorben cada vez más á los rutenos y á los alemanes; los croatas se sobreponen violentamente á los italianos en Dalmacia; los slovenos disminuyen dondequiera, y los maggiares, en fin, más bien pierden que ganan los títulos del dominio político que ejercen en los países de la corona húngara.

El fenómeno demográfico del exceso de nacimientos sobre las defunciones, ó viceversa, explica en parte algunos de estos resultados, como la inmigración explica otros. Trieste, por ejemplo, ha visto aumentar su población desde 157.466 habitantes á 178.599; pero en el aumento de 13,43 por 100 resultante, sólo el 2,71 por 100 es debido al movimiento natural de su población, y el 10,74 restante procede del movimiento migratorio. Importa, pues, para conservar la preponderancia donde se ha logrado, ó para llegar á tenerla donde todavía no existe, favorecer la emigración encauzándola sabiamente.

CRÍTICA LITERARIA

LAS AUTORAS RETRATADAS POR SÍ MISMAS.—Para saber cómo es una mujer autora—afirma en la *Revue Bleue* Carlota Chabrier Rieder,—basta leer sus novelas. La mujer es de tal modo subjetiva, que es incapaz de salir de sí misma. La heroína de su novela será siempre ella misma, con sus propias facciones y sus rasgos característicos.

¿Escribe una novela una jorobada? Pues su heroína no dejará de presentarse ligera y graciosamente inclinada; es un encanto más la joroba, aunque no se la llame así. Una coja presentará la suya con andar ondulante, con pasos vacilantes, que deben arrastrar á todos los corazones. Si en una obra de mujer se os presenta la protagonista «coronada por una cabellera

de oro», sabed que la autora tiene cabellos de zanahoria. Si posee un «perfil borbónico», jamás gran nariz afea un rostro bello, y es fortuna, porque la de la autora es formidable. Si es «esbelta y delgada como tierno álamo», ¡ojo con los codos de la novelista! Y si se adelanta majestuosa, una heroína «género Rubens, con formas opulentas», la autora entra en la categoría de las damas que ocupan dos asientos y que tienen el pecho bajo la barba.

La observación es infalible. Poco hace leía Carlota Chabrier una novela de una autora novel, para ella desconocida: «Diana tenía una tez de palidez mate, que se doraba á la luz artificial y que de día tomaba el tono de la cera...; era pequeña y delgada, un elfo, un silfo, más que una mujer. Sobre aquel cuerpo inmaterial, una cabeza de grandes y arrogantes facciones; una cabellera de color indeciso ornaba su frente sin recargarla; sonreía rara vez, y siempre con los labios semi-cerrados». Leída esta descripción, Carlota se ofreció á describir á la autora á un amigo que la conocía. Apuesto—decía—á que la señorita X es bajita, delgada, aplastada; la aridez de su pecho sólo tiene igual en la de sus caderas; por compensación debe tener gran cabeza, nariz enorme, cabellera escasa y malos dientes; padece del hígado y es miope.—El retrato era exactísimo, como sacado directamente del original.

La señorita de Scudery, famosa antecesora de todas las marisabidillas, ha sido la primera en prestar sus facciones á su heroína; era horriblemente fea, y tan negruzca que inspiraba repulsión. ¡No importa! Su protagonista hacía de la fealdad su principal atractivo. La señora de La Fayette, rubia, gruesa y blanca, no ha dejado de describir así á su heroína, la princesa de Cléveris. ¿Quién no reconocerá en la insoportable Corina, con su turbante, su chal, sus facciones romanas, su espesa armadura, su tez morena y sus negras pupilas, á la no menos insoportable señora Staël, con sus ridículos tocados, su piel negra, su gran nariz y sus ojos saltones? Jorge Sand, que decía de sí misma «el joven que soy», «un viejo como yo», á

pesar de sus pretensiones viriles, su pipa y sus levitas, no se ha librado de la inocente manía de idealizar su físico y de dotar con él á sus heroínas: todas tienen la tez morena, los cabellos negros y las facciones amplias, poco ó nada de vivacidad, pocos gestos y mirada vaga; se exceptúa Valentina, «rubia, blanca y fresca, admirablemente hermosa»; pero ésta no agradaba al primer golpe de vista.

¿Qué parisién no se ha encontrado con la señora Adam, antes la adorable pagana Julieta Lambert? Los que no la conocen, lean la descripción de sus heroínas, y podrán formarse una idea de ella: «Lucía tiene ojos de un obscuro verdoso; párpados de encorvadas pestañas velan su húmedo brillo; sus cabellos indisciplinados son de un rubio fluído; la nariz es movable y temblorosa; la boca, carnuda y entreabierta, da á sus heroínas «una expresión tierna y apasionada»; y dondequiera aparecen los hoyuelos en las mejillas, los ojos de agua marina y las bocas amorosas; á todas les parece la vida vacía sin el amor, sin perjuicio de sentir odios nacionales y el amor á la patria y á la bandera.

Las heroínas de la señorita María Ana de Bovet son más charlatanas todavía. De todas las autoras, ésta es la que se ha descrito con mayor empeño y prolijidad; sus libros no son otra cosa que el análisis de un carácter de mujer «muy particular y muy cultivado». Sus heroínas nunca son casadas, ¡uff! el matrimonio carece absolutamente de elegancia; pero tampoco son jóvenes; las jóvenes no pueden desempeñar un papel; sus heroínas son «canónigas», tipo personalísimo, con su moral especial, con «delicadezas exquisitas y repugnancias altaneras para todo lo que conviene á las faltas de gusto» y con soberbia indiferencia respecto á las que pueden ofender á la virtud; la idea de casarse con un hombre divorciado «ofenderá su sentimiento de la elegancia moral», mientras que la de tomarle por amante le parecerá muy distinguido. Una canóniga se preocupa, ante todo, de «no provocar los comentarios del Mundo» (con M). ¿Qué pensará el Mundo de la conducta de la canóni-

ga? ¿Qué dirá el Mundo si la canóniga toma por amante á Y en lugar de Z? La incontestable originalidad de Bovet es haber imaginado mujeres «á ciertas alturas sociales» que tienen amantes sin tener maridos; como no pueden engañar al marido, engañan al mundo.

¿Os gustaría conocer á la condesa de Martel? Pasad revista á las heroínas de Gyp: pequeña, pequeñita, delgada, pero exquisita en su gracilidad tenue, la mujer tipo de Gyp triunfa de las más esculturales beldades, que á su lado no son más que «hermosas pavas»; en cuanto ella aparece, todos los hombres la siguen, desde el jardinero hasta Monseñor, que la mira con el rabillo del ojo; ella pasa, va, viene, se desliza lo mismo que una barrena, y esa barrena es adorable, y todo el mundo adora esa barrena. La heroína de Gyp posee una salud imperturbable, ignora los nervios y los vapores, no se fatiga por nada y es capaz de escribir veinte ó treinta volúmenes sin cansarse; en cuanto á la moral... dejaremos la moral para otro día. Las heroínas de Gyp no son jóvenes; la edad para ser amada, según Gyp, fue, al principio, de treinta años; luego, treinta y cinco, cuarenta, cincuenta, y cada vez más seductora, y cada vez más irresistible. ¿Qué será cuando llegue á los sesenta?

¿Qué deducir de todo esto? Nada seguramente, sino que las mujeres autoras son deliciosas y que se las debe aconsejar que lo sigan siendo, pero que no escriban novelas, porque por más que haga el feminismo, las mujeres no tendrán nunca espíritu creador: no pueden generalizar ni concebir nada fuera de sus propias impresiones. Las novelas femeninas son inconsistentes, y las que pueden alabarse no pasan de ser buenas copias.

HISTORIA

LA ENVIDIA DE NAPOLEÓN I.—¿Ha sido envidioso Napoleón? Él se ha defendido y otros le han defendido de esa acusación. Su rango, su reputación, su prodigiosa suerte, le ponían, según

sus apologistas, de tal modo por encima de todos, que forzosamente debía ser inaccesible á la envidia. Canton, sin embargo, opina lo contrario en un artículo de *La Revue*, de París.

¡Napoleón envidioso! ¿De quién? «De todas las superioridades»—responde la señora Remusat en sus *Memorias*. Napoleón ha envidiado á todos los seres superiores presentes y pasados, sobre todo en el orden político y militar, y acaso en el orden intelectual y moral. Como jefe de Estado tiene en Francia dos rivales: San Luis y Enrique IV, populares ambos, uno por sus virtudes y otro por sus frases. Para Napoleón, «San Luis era un imbécil» y «Enrique IV un buen hombre que nunca hizo nada extraordinario». Parece como si le molestara el recuerdo de San Luis juzgando debajo de la encina, y el de Enrique IV con su gallina en el puchero; habla de ellos con desdén porque son populares, y si alaba á Luis XIV es porque «sólo él y yo hemos tenido ejércitos numerosos»; la comparación le es favorable, porque Luis XIV no mandó nunca sus ejércitos en persona, mientras que él era el verdadero generalísimo.

En cuanto á los grandes capitanes de la antigüedad, Alejandro, Aníbal, César, sería una torpeza negar su mérito, y Napoleón lo reconoce; pero por su modo de criticar sus campañas da á entender que se juzga superior á ellos. Después de decir de Alejandro que lo ha calculado todo con profundidad, ejecutado todo con audacia y conducido todo con acierto, declara que «no ve en él ninguna bella maniobra digna de un general, y que es un bravo soldado, un buen granadero» nada más. Después de haber dicho de Aníbal que es el más audaz y seguro de todos, añade que «la marcha de Collioure á Turín fue sencillísima, como la de un viajero», y que «no había ninguna dificultad en el paso de los Alpes». De César, en fin, afirma que si hubiera estado con él en Wagram, Turena y Condé lo habrían comprendido todo, pero César no; se estima superior á él como historiador, y le sorprende que se cite el hecho de que César durmiera la víspera de una batalla, no habiendo un

soldado ni un general que no hubiera repetido siete veces ese prodigio.

Por lo que hace á los modernos, Gustavo Adolfo tiene una reputación usurpada: «en diez y ocho años ha ganado una batalla, ha perdido otra y ha sido muerto en la tercera; ese es Gustavo, ¡un hombre asombroso!» Carlos XII, un Alejandro fallido, «es un hombre sin resultados»; el mariscal de Sajonia «no es un águila», y Federico II obra contra todas las reglas de la guerra, especialmente en Rosbach, y es muy inferior á Turena.

Este espíritu de envidia aparece en sus relaciones con sus generales. Se rodea de medianías y, absorbiendo su gloria, rechaza sus reveses. Los traslada con frecuencia de un punto á otro para que no fijen demasiado la atención y no puedan ser designados como los jefes de tal ó cual ejército, como cuando él lo fue del de Italia. A veces esta envidia puramente negativa toma forma violenta y denigrante. Hoche trataba de hacerse un partido, y ó se habría arreglado con él, ó él le habría aplastado; de Moreau confiesa que es el único que podía tener probabilidades contra él, pero critica su campaña de Alemania. Afirma que su alabada retirada fue una gran falta, y quita todo mérito á la batalla de Hohenlinden; de Massena reconoce también los talentos militares, pero se guarda bien de darle un título que recuerde ningún triunfo suyo; le hace duque de Rivoli y príncipe de Essling, nombres gloriosos para Napoleón, pero no le hace duque de Zurich, nombre que recuerda una gloria personal de Massena; y como si quisiera empañar el renombre de este general, le envía á Portugal sin medios suficientes para asegurarle el triunfo.

En otro orden de ideas, ¿no revelan envidia sus juicios sobre «la insolencia de los sacerdotes que se reservan la acción sobre la parte noble del hombre, conservando el alma y arrojando el cadáver»? ¿No hay envidia en su conducta para con la señora de Stael y Chateaubriand, los únicos genios literarios de su tiempo, á quienes destierra ó desatiende? ¿No la hay en

su odio á los ideólogos y en sus ironías brutales contra los imbéciles que creen en la libertad ó en la virtud?

Esta envidia de Napoleón es una de las formas agudas de su egoísmo; deriva de su misma naturaleza y ha crecido con el ejercicio del poder absoluto, exasperado por la guerra, por el deseo de sobrepujar, como dice lord Rosebery, «á los gloriosos muertos que le provocaban desde el fondo de la historia y le arrastraban siempre adelante». Por una puerilidad singular en este poderoso realista, quiere ser el primero en la opinión pública del presente y del porvenir; por eso, en Santa Elena sobre todo, no sólo se erige un pedestal á sí mismo, sino que trata de rebajar el pedestal de sus rivales.

CRIMINOLOGÍA

ENTRE PRESIDARIOS.—Emocionantes son los hechos recogidos por Augusto Courtois sobre la vida del presidio, donde él mismo ha pasado cinco años de trabajos forzados por haber firmado con otro nombre en un registro carcelario al encontrarse preso por un discurso de *meeting* estimado pecaminoso.

Llevados por el vagón-galera, donde no pueden moverse y donde reciben por todo alimento un poco de pan y queso con medio litro de agua por día, los forzados entran en la Rochella, y allí se les despoja de sus vestidos, recibiendo en su lugar unas camisas de tela grosera, unos pantalones y unas chaquetas grises, sucias y repugnantes, unos calcetines de lana y unos zapatos que dejan el talón descubierto, y con los que no se puede andar sino contrayendo fuertemente los dedos para sujetar el zapato; como la elección de estas prendas se hace apresuradamente, apenas á ninguno le sientan bien, y hay quien tiene los pantalones á media pierna y otros que los llevan arrastrando. Si se llega después de la sopa, no se come hasta el día siguiente, en el que, después de dormir sobre un

jergón con una manta para cada tres, se pasa á la isla de Re entre dos filas de curiosos.

Courtois permaneció seis meses en la isla; como anarquista peligroso, fue aislado en una celda, sujeto con una cadena por un pie, y durmiendo en unas tablas, hasta que logró que le dieran un jergón y una colcha; así pasó los dos primeros meses, siendo trasladado después á una celda más espaciosa, en compañía de otros cuatro anarquistas. Un mes antes del embarque para Cayena, los destinados á la travesía son separados de los demás y sometidos á un régimen más nutritivo para que puedan resistir las fatigas del viaje, permitiéndoseles, si tienen dinero, comprar víveres suplementarios y la ropa que quieran, siendo explotados indignamente por los contratistas. Una semana antes de la marcha, los forzados son visitados por la comisión sanitaria; visita puramente de forma, pues la comisión declara á todos sanos y en condiciones de soportar el viaje y el clima; Courtois vió á dos pobres viejos á quienes sus compañeros tuvieron que llevar ante la comisión, lo que no impidió que se les declarara «aptos para todos los trabajos»; uno murió en la travesía, y otro, poco después de llegar á las islas de la Salud.

La víspera de la marcha entregan á cada hombre una mochila de marino con una chaqueta y un pantalón de lana y dos pares de calcetines y un gorro de lana negra, dos pares de zapatos y una bolsa con hilo blanco y negro, agujas, dedal, cepillo de dientes y un escarpidor. A las cinco la gente se pone en movimiento, y á las seis se reúne el convoy en el patio; cada uno recibe como pan *media bola* de salvado y un trozo de queso con un vaso de vino, que se bebe en el acto, poniéndose en marcha entre dos filas de soldados; con los peligrosos aparte y á la cola, custodiados por soldados con bayoneta calada. Así se llega á los muelles; y si se tarda en el embarque por estar picado el mar, se tira á los forzados, con los sacos de ropa, del muelle á los botes, y si alguno se hiere, como es frecuente, el jefe se ríe del percance.

Los forzados ocupan en el entrepuente unas á modo de jaulas, que son los *bagnes*; el conjunto es semejante al de una casa de fieras. Al extremo hay un calabozo medianero con la caldera, donde un hombre apenas puede estar echado ni de pie; el que lo ocupa no puede resistir sus sufrimientos, y pide misericordia á las dos ó tres horas; pero si le sacan de allí es para meter á otro, constituyendo estos cambios una diversión para los guardachusma. El navío en que iba Courtois llevaba 120 prisioneros en el *bagne* de atrás y 220 en el de adelante, entre ellos 24 mujeres.

Los condenados están divididos en pelotones ó *platos*, de diez en diez; cada pelotón nombra su *jefe de plato*, encargado de ir á buscar los víveres á las horas de las comidas; éstas son cuatro: café, con 100 gramos de galletas, para el desayuno, á las cinco; pan, caldo y carne ó pescado, tocino ó conservas, según los días, para el almuerzo, á las diez; 25 centilitros de vino, á medio día; y legumbres secas, judías ó lentejas, á las cinco. El alimento es aceptable, relativamente sano y abundante.

Según el reglamento, cada forzado debe disfrutar de una hora de aire libre en el puente: se subía por grandes grupos, y no los dejaban más de media hora; si al bajar ó al subir algún forzado pasaba sin descubrirse ante los guardachusma, éstos le daban una bofetada ó un puntapié que le hacía rodar, obligándole á levantarse á patadas; si alguien protestaba, se le ponía el grillete y al calabozo con él. Si había conato de motín, la tripulación echaba mano de las mangas de vapor, que escaldaban á los revoltosos al primer intento de revuelta.

Al tercer día de viaje casi todos los forzados estaban desbalijados, sin que sus quejas dieran resultado alguno; pero la prueba más penosa era la de la falta de agua: á las tres de la tarde solía acabarse la ración del día, y era un verdadero tormento no poder beber hasta el día siguiente. El viaje dura de diez y siete á veinticinco días; desde el sexto, el navío entra en la zona tórrida, y el calor se hace insoportable, y los olores

más aún. Cuando se descubre tierra, la alegría de los forzados es inmensa, como si se tratara de su libertad.

En la Guyana hay dos inviernos, ó estaciones de lluvia, y dos veranos, ó estaciones de sequía; los días y las noches son iguales y sin crepúsculo, pasándose bruscamente de la sombra á la luz; el clima es molesto por el calor y el paludismo, y todo un mundo de insectos venenosos pulula por doquier: mosquitos, cuyas picadas atraviesan la mejor manta; pulgas penetrantes, que se introducen por los poros de la piel y allí crían; piojos de agutí, etc., sin hablar de murciélagos voraces, escorpiones, sapos enormes, serpientes variadas, murenas terribles que se arrollan en torno del cuerpo de los nadadores, paralizando sus movimientos; tiburones y caimanes feroces, etcétera. Allí el aire está envenenado: trabajar á ciertas horas expone á terribles calenturas y á la muerte; bañarse equivale á un suicidio, y hasta el descanso mismo es con frecuencia un sufrimiento.

Pasada lista, se manda á los hombres vaciar sus sacos y desnudarse enteramente; entonces se asiste á un verdadero saqueo, pues se confisca todo lo que no parece reglamentario; el registro se hace al aire libre y no lejos de las esposas é hijas de los vigilantes, que asisten á la sucia ceremonia en que los forzados se quedan sin otro vestido que un gorro. Vestidos de nuevo, se les forma por *paquetes* de cincuenta y se les sube á la meseta de la isla, repartiéndolos en las casetas que deben ocupar, especie de cuadras de 40 por 6 metros, con estrechas aberturas, y con dos barreños á los extremos, uno para el agua y otro para las deyecciones; esto y un farol colgado de la pared forma todo el mobiliario.

El primer día de llegada nadie piensa en dar de comer á los transportados, sin que se sepa quién se aprovecha de esta economía; por la noche se distribuyen hamacas, insuficientes para todos, y el que se queda sin ella duerme sobre las piedras del suelo, con su saco de almohada. El barreño de agua no contiene más que 30 litros, para cincuenta hombres atormen-

tados por la sed, y en seguida queda vacío, sufriendose lo indecible. La única distracción es fumar (¡cuando se puede!), y por tabaco se vende todo lo que se ha librado de la confiscación del registro: los calcetines, las servilletas y los pañuelos se cambian por algunos cigarrillos; un chaleco de franela vale un paquete de tabaco y medio librito de papel; el valor de las fajas de franela varía según la longitud, llegando á un paquete de tabaco, si es de tres metros.

Una campana avisa, á las cinco, la hora de levantarse. Los hombres se forman en pelotones y se les reparte en canteras que se dispersan por la isla; si hay enfermos, nadie se atreve á decirlo, á menos de estarse cayendo de fiebre ó de dolor, pues si se declara enfermo y al llegar la visita semanal del médico, éste dice que está bien, se le castiga con la pena de quince á sesenta días de celda, teniendo que dormir en tierra con grilletes, y sin más alimento que una ración de pan y un cuartillo de agua por día, y una sopa cada cuatro días.

Todos los víveres destinados al presidio son de la peor calidad; todo lo que rehusan las comisiones del ejército y de la marina es adquirido por la administración de penales: el tocino es rojizo, salado y rancio; las latas de carne no tienen más que carnes podridas intragables; las legumbres secas están llenas de gusanos; la carne fresca procede de animales éticos llevados de Venezuela, y el día en que hay carne, á los penados sólo les llega el vientre y los huesos, pues lo demás lo come el personal de servicio; la sopa de carne se hace con tripas, y á veces con tripas sin vaciar; las legumbres se sirven en agua templada, sin grasa y casi sin sal. Sólo la harina es aceptable, y el pan es por eso el único alimento de muchos penados, cada uno de los cuales recibe 750 gramos diarios.

Las enfermedades comienzan sus estragos desde el primer día: unos sucumben de insolación, otros sufren de disentería, y todos de lumbago y de fiebre, sin que se conceda nada á los enfermos hasta que el médico, en su visita semanal, no lo disponga. Y en tales condiciones comienzan los trabajos al cuar-

to día, siendo la jornada de nueve horas, de seis á diez de la mañana y de una á seis de la tarde. Los hombres se destinan á trabajos de desmontes y albañilería; hay, sin embargo, penados *plantones* que hacen el oficio de asistentes, cocineros, cocheros y criados de los jefes y empleados del penal, estando exentos de los trabajos de campo.

Son curiosas las infracciones de los reglamentos que allí se cometen, y que se castigan con *reprensión, pan seco, prisión, celda y calabozo*. Los condenados á prisión duermen en el suelo, con grilletes, de dos á sesenta días; los de celda, lo mismo, pero aislados, sin salir y sin comer más que pan seco tres días de cada cuatro; y los de calabozo están encerrados de cuatro á sesenta días, y duermen sobre unas tablas, con los dos pies sujetos por grilletes, que les inmovilizan. Las infracciones castigadas con algunas de estas penas son, entre otras muchas, las siguientes:

Por llegar tarde á la lista ó hablar, comer, escupir ó volver la cabeza en las filas, dos días de pan seco ó de prisión; por dar los buenos días á un camarada en el hospital ó en la enfermería, ocho días de prisión; por dar pan ó tabaco á un enfermo, quince días de celda; por dar tabaco ó escribir á un castigado, ó por escribir á un compañero de otra isla, sesenta días de celda; por escribir al Ministerio clandestinamente, de treinta á sesenta días de calabozo; por reclamar al director, sesenta días de calabozo; por reclamar á un inspector, noventa días de calabozo; andar descalzo por el pueblo (cuando hacía diez y ocho meses que la Administración no daba calzado), quince días de celda; recortar una chaqueta ó un pantalón, treinta días de celda; arreglarse un pantalón con tela de una camisa (haciendo un año que no se les daban vestidos), sesenta días de celda; hacer café, de quince á sesenta días de celda; coger una nuez de coco de las que se encuentran caídas por el suelo, sesenta días de celda; empujar á un vigilante ó tocarle con el dedo, muerte; saludar á un administrador, quince días de celda; dibujar vistas de las islas, sesenta días de calabozo.

Y así sucesivamente, sin citar tentativas de evasión ó de insubordinación, ni otros delitos.

El verdugo es escogido entre los forzados, y cobra 150 francos por cada ejecución. Los auxiliares de los vigilantes se escogen también entre los penados, dando la preferencia á los negros y á los árabes, cuya ferocidad, en cuanto tienen algo de mando, es harto conocida, y que por cualquier cosa apalean, abofetean y patean á los forzados, que los temen más que á los mismos guardachusma.

La Guyana no llegó á ser presidio sino después del golpe de Estado de 1851. El primer convoy llegó á las islas en Mayo de 1852. En los cuarenta y cinco años siguientes el total de forzados ha sido de 46.000, de los cuales han muerto ó desaparecido 39.000: los evadidos se cuentan entre los desaparecidos; pero como sólo el 2 por 100 de las tentativas de evasión tienen éxito, y las gracias, liberaciones definitivas y revisiones no llegan al 5 por 100 de las condenas, resulta que la proporción de los muertos y desaparecidos es el 84 por 100 de los presidiarios. La edad media de éstos es la de veintidós años.

CIENCIAS SOCIALES

EL INTELLECTUALISMO.—Inusitada y bárbara es la palabra—dice Raul de la Grasserie en *L'Humanité nouvelle*;—pero expresa perfectamente lo que significa, y es irremplazable. El público ha oído decir, asombrado, que al lado de las numerosas clases existentes ha nacido otra nueva: la de los intelectuales, que hacía gran ruido y que aspiraba á todo; luego, el grupo se ha ido definiendo, y es motivo de estudios y de observaciones.

La ocasión, según de la Grasserie, que dió lugar á que los intelectuales salieran de la obscuridad afirmando su existencia, fue el proceso Dreyfus. El militarismo amenazaba invadirlo todo, y se soñaba con las glorias de la revancha y con la

resurrección de Napoleón; y enfrente de esas aspiraciones cesaristas, frente á la plutocracia, que todo lo fía al poder del oro, y frente á la democracia misma quizá, surgió el intelectualismo, aliado del pueblo y defensor de la justicia.

La sociedad comprende dos capas superpuestas: la compuesta por los que viven de su trabajo manual, que necesitan ser dirigidos, y la formada por los que tienen fuerza mental capaz de gobernar. Si lo hacen en su provecho, la democracia se subleva; pero si obran en provecho de todos, la democracia reconoce la superioridad de los *mejores*, los *aristos*, la aristocracia. Es un error creer que las aristocracias hayan desaparecido; lo que hay es que á la aristocracia de la sangre y de la herencia, que es la aristocracia militar en definitiva, pues la nobleza no es más que el militarismo hereditario, ha sucedido la aristocracia del dinero, la plutocracia, y á ésta la aristocracia intelectual, el intelectualismo.

Esta aristocracia es más poderosa que las demás, y las domina; existe desde antiguo, pues las teocracias no han sido sino formas de este gobierno de los inteligentes; pero el intelectualismo se diferencia de las teocracias en que éstas necesitaban para afirmarse del poder que les prestaba el ejercicio de la religión, y los intelectuales no necesitan apelar á tal recurso. Y como este hecho de la emancipación de la ciencia es modernísimo, de ahí que el intelectualismo no haya aparecido hasta el presente, apoderándose, por la fuerza misma de las cosas, del dominio sobre las conciencias y sobre la sociedad.

El intelectualismo tiende por una parte á destruir ó reducir á su rival el militarismo, y por otra á dirigir la democracia, para la cual aparece como una clase directora nueva, una aristocracia mejor acondicionada. En cuanto á su lucha contra el elemento religioso, que es el que puede disputarla los dominios intelectuales, continúa siempre con más ó menos viveza.

Las causas próximas de la aparición del intelectualismo han consistido en el estado político que ofrecía el triunfo del militarismo, y en la necesidad de dar directores á la democracia. Los

que hicieron la Revolución fueron los tráfugos de la nobleza, desde Voltaire y Mirabeau hasta Robespierre. Ahora ha sido preciso reproducir el hecho invertido, y los intelectuales han salido de las filas de la democracia para formar la aristocracia intelectual.

Los efectos del intelectualismo han sido numerosos. El primero fue devolver á la democracia la dirección que parecía haber perdido, por el desaliento que la producía el conocimiento de sus defectos, que la hacía volver los ojos á todas partes en busca de un amo; los intelectuales la salvaron de este peligro. Otro efecto fue despojar al militarismo de su influencia, quitándole su aureola secular y su prestigio, acabando con la idolatría de la fuerza material. Como consecuencia de este desprestigio, ha venido la desaparición de la patriotería, no del patriotismo, transformada en el internacionalismo. Otro efecto también ha sido la fundación de una nueva aristocracia, absolutamente necesaria para el ejercicio de las facultades directivas, y que responde á la necesidad de ideal que todo hombre siente con mayor ó menor conciencia, y que el intelectualismo le proporciona, como antes se lo proporcionaban las teocracias. Por otra parte, el intelectualismo constituye una fuerza social nueva, y su resultado es precisamente formar una clase capaz de luchar si es preciso con las demás. Ya la ciencia se interpone entre el capital y el trabajo, y el dueño mismo se somete á su dirección.

No todo, sin embargo, es ventaja en el intelectualismo, que ofrece también sus vicios y sus inconvenientes. Como aristocracia, desdeña un poco á la democracia que pretende dirigir; y si este desdén se acentuara, el pueblo podría revolverse contra el nuevo poder y derrocarlo. Los sabios no dejan de tener su pedantería, y si este defecto se acentuara, sería insoportable en el ejercicio del poder. Otro vicio es el que se ha calificado con el nombre de mandarínismo. El mérito debe reconocerse siempre; pero si se falsea, la ficción del mérito y el favoritismo serían dos gravísimos peligros en una organización

política basada en la intelectualidad. Otro peligro, en fin, que puede presentar el intelectualismo es la absorción de la democracia; así se ve combatida la institución del jurado, sustituido por peritos; el sufragio universal, en el que al lado del número se quiere tener en cuenta el peso y calidad de los votos; el patriotismo fundido en el cosmopolitismo; la igualdad social negada por las desigualdades naturales, y tantas otras ideas é instituciones combatidas ó discutidas por lo menos.

¿Cuál es el porvenir del intelectualismo? Difícil es responder. Raul de la Grasserie cree que subsistirá y que el porvenir es suyo. El militarismo pierde cada vez más terreno, siendo cada vez menos profesional; la plutocracia sigue mandando, pero necesita el auxilio de la ciencia, y el socialismo la da profundos golpes; no queda más que una aristocracia posible, la intelectual; y como el elemento aristocrático es tan necesario en la sociedad como el democrático, la corona irá á la frente de los intelectuales, que no suprimirán la democracia, sino que la guiarán, suministrándola la luz que le falta, como la democracia dará al intelectualismo su fuerza numérica y sus masas.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL CRISTIANISMO UNITARIO.—Así se titula la religión fundada en América por Teodoro Parker, uno de los precursores de Tolstoi, á quien Bienstock dedica un interesante artículo en *La Grande Revue*. Esta religión no es otra cosa que una forma del arrianismo: rechaza la Trinidad, profesa la creencia en la unidad simple de Dios, y no ve en Jesucristo más que un doctor de la fe, el propagandista de la nueva doctrina concebida por un espíritu amplio y generoso; la Biblia es la historia de la revelación divina conforme se ha ido manifestando; y lejos de admitir la caída del hombre, el cristianismo unitario afirma resueltamente el progreso de la humanidad. Como precursores de la nueva doctrina, cita Bienstock á Arrio, Servet, Mil-

ton, Lowe y Newton, siendo Priestley el jefe del movimiento con Channing, teniendo por adeptos á Jefferson, Quincey, Longfellow, Lowell, Emerson y el mismo Parker, por último, que es quien ha dado forma definitiva á la nueva concepción religiosa.

*
* *

LA COLOMBA DE MÉRIMÉE.—La famosa heroína de la novela de Mérimée, *Colomba*, es un sér real, cuyas huellas ha encontrado en un reciente viaje á Córcega, hecho con fines lingüísticos, Max Kultner, según refiere la *Deutsche Rundschau*, de Berlín.

Colomba, nacida en Torzano, había vivido en Olmeto; había tenido un hijo y dos hijas, y uno de sus nietos se había casado con una rica inglesa; y otro, soltero, vive con otras dos hermanas, solteras también; puesto sobre la pista de esta familia, Kultner se presentó á los tres hermanos, y tuvo el gusto de oírles hablar de su abuela y de ver su escopeta, su cartuchera y las colchas hechas con sus vestidos de seda. Colomba había nacido en 1768, se había casado en 1795, y de sus cinco hermanos, uno había llegado á ser capitán en Inglaterra; otro, comandante en Francia, y otro, cónsul general de Francia en Italia; ella era la que había enseñado á sus nietos á manejar la escopeta. Mérimée había pedido la mano de su hija Catalina, y aunque se le había rechazado, había continuado sus relaciones con la familia, que conserva muchas cartas suyas.

Kultner refiere una anécdota que revela el carácter y el valor de aquella mujer: querida por todos, excelente madre, caritativa y generosa, la familia enemiga, que ocupaba una casa enfrente de la suya, se propuso elevarla un piso más; Colomba, que veía un peligro en aquella elevación, rogó al maestro de la obra que cesara en su trabajo; y como éste se negara, Colomba mandó á su familia de paseo, quedándose sola

con su hijo menor, sentándose con él en brazos á la puerta de su casa; al presentarse el maestro albañil para proseguir la obra, Colomba le disparó un tiro que le dejó exánime, y siguió tranquilamente arrullando á su hijo, asesinado poco después por sus enemigos.

*
* *

LA CARTA DE DOTE.—En Costa Rica—dice A. Alfaro en el *Boletín de las Escuelas*, de San José—siempre hubo gente que vistió de seda, se adornó con perlas y gastó para su particular servicio vajilla de plata; para convencerse de esta verdad basta leer las cartas dotales en que los antiguos suegros consignaban el capital con que ayudaban á sus hijas casaderas á llevar las cargas del matrimonio; algunos no podrían dar más que una bestia aperada, dos vacas, una hacha y un machete al hijo que salía del hogar paterno para formar una familia nueva; pero en cambio había otros, como el capitán García Ramiro Corajo, que en pleno siglo xx nos dejaría admirados con sus regalos de boda, y de seguro que no era el más acaudalado de su tiempo en la ciudad de Cartago.

Al casarse doña Juana de Vera y Sotomayor, hija del alcalde ordinario, en 1636, recibió su marido, don Gil de Alvarado Benavides, joyas y otros objetos por valor de tres mil pesos de entonces, un verdadero capital si se tiene en cuenta que las bestias caballares, de las cuales le entregaron doscientas, se valoraban á tres pesos cada una. La novia recibió de su padre, entre otras cosas: una esclava negra que le sirviese; un traje de seda, color de aceituna, adornado con pasamanería, que importaba trescientos pesos; una saya y jubón de seda negros, adornados á la manera del traje anterior: su importe era de ciento ochenta pesos; otro traje, igualmente de seda, color leonado, con flores amarillas, estimado en setenta pesos; cuatro trajes más de diferentes clases y precios; un collar de perlas, granate fino y cuentas de oro, de tres vueltas, valorado en noventa pesos; un pelícano de oro, con tres esmeraldas

y dos perlas, estimado en ochenta pesos; un collar de treinta y seis cuentas de oro; unas arracadas de perlas y esmeraldas; unos papagayos de oro, zarcillos, aritos, sortijas, de éstas una con cinco esmeraldas; prendedores de perlas, alfileres con esmeraldas, brazaletes de coral, brazaletes de granate verde con canutillos de plata, adornos para el peinado, etc. Además recibió, como era natural, ropas de cama, colchones, servicio de comedor y tocado, ropas de algodón, un cojín de terciopelo carmesí de Castilla, y otras menudencias que en la carta de dote se especifican.

Hoy los obsequios de boda no constituyen una obligación, y bien puede disponerse de ellos sin temor de que más tarde los hayan de reclamar: cada cual regala á sus amigos, «para ayudarles á sobrellevar las cargas del matrimonio», lo que mejor le parece; el que menos obligado se siente, contribuye con un ramo de flores, que embalsaman el aire del nuevo hogar durante los primeros días, y los redactores de periódicos dedican á la boda algunas frases de cariño.

*
* *

LA ENSEÑANZA COMERCIAL EN RUSIA. — Según *El Monitor de la Educación*, de Buenos Aires, existen en Rusia 87 establecimientos de enseñanza comercial, dependientes del Ministerio de Hacienda, 33 de los cuales son escuelas de Comercio, 25 escuelas comerciales, 11 clases comerciales y 22 cursos de ciencias comerciales. A estos centros de enseñanza concurren 12.043 alumnos, de los cuales 6.614 asisten á las escuelas de Comercio, y el resto á las demás instituciones. Casi todos estos establecimientos están sostenidos por sociedades ó por particulares.

Los gastos de las escuelas, sufragados por estas sociedades y particulares, ascienden á 1.300.000 rublos. Una escuela de Comercio con siete clases viene á costar, por término medio, 35.000 rublos anuales, aunque hay algunas cuyo presupuesto

no baja de 100.000 rublos. Una escuela comercial no cuesta más que 10.000 rublos, y el coste de un curso comercial ó de ciencias comerciales fluctúa entre 300 y 15.000 rublos.

Además de los establecimientos citados, existen clases de Comercio cuyos cursos son de dos años, y que dependen de 25 escuelas reales del Ministerio de Instrucción pública, de otras cuatro escuelas reales, sostenidas por iglesias extranjeras, y de tres escuelas reales privadas. También hay cursos de Comercio para mujeres, cerca de la casa de asistencia Demidoff, en San Petersburgo.

FERNANDO ARAUJO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Ana</i> (novela), por Enrique Sienkiewicz.....	5
<i>Mesonero Romanos, costumbrista</i> , por Camille Pitollet.....	38
<i>Para paisanos</i> .—Cosas de tropa, por Ignotus.....	54
<i>El «New Record Office»</i> , por el Conde de las Navas.....	72
<i>Valor de la conciencia y de la intervención reflexiva</i> , por P. Dorado.....	81
<i>Ernesto Renan</i> (á propósito de la erección de su estatua en Treguier), por Edmundo González-Blanco.....	123
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	145
<i>Crónica literaria</i> .—Trabajos no coleccionados de D. Ramón de Mesonero Romanos (publicanlos sus hijos).— <i>Ideas é ideales</i> (por D. Adolfo Posada), por E. Gómez de Baquero.....	167
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	178